

El dragón bajo la ciudad

David March Chulvi



Lectulandia

La historia mágica de la ciudad de Valencia. Cuenta la leyenda que mientras el murciélago del rey siga sobrevolando la ciudad, esta seguirá bajo su poder. Una fábula que tiene como escenario la noche y sus asombrosas criaturas. Jaume I y su gesta en la conquista de la ciudad. La historia de Valencia, sus puertas, sus túneles y sus murallas. Muchos han querido conquistar la ciudad de los valientes, pero muy pocos lo han conseguido y, tan solo, uno de ellos ha conocido al verdadero señor de la ciudad: el dragón. La historia y la magia se mezclan para contar la grandeza de un rey que, sin sangre ni batalla, alcanzó la gloria.

Lectulandia

David March Chulvi

El dragón bajo la ciudad

ePub r1.0

Kondobia 19.08.2019

Título original: *El dragón bajo la ciudad*
David March Chulvi, 2016

Editor digital: Kondogbia
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

El dragón bajo la ciudad

Personajes humanos

Personajes no humanos

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII

XXXIV

XXXV

XXXVI

Agradecimientos

Sobre el autor

Personajes humanos:

—**Rey Jaime I de Aragón**, monarca y conquistador cristiano.

—**Ramón de Berenguer**, Conde de Provenza, primo del monarca. Se hace pasar por un falso rey.

—**Guillermo de Montredó**, maestre Templario, encargado de la educación de Jaime y Ramón durante su estancia en el Castillo de Monzón.

—**Joven aprendiz de templario**. Terminará traicionando al rey y sirviendo a Ramón de Berenguer. Matará al jardinero real del emir y sufrirá un duro castigo por ello.

—**San Al Jadir**, el mata-dragones verde, el mentiroso, el hombre de tez morena y barba negra capaz de resucitar una y otra vez. Un santo enamorado de las murallas y portavoz de Dios.

—Don Amiel, **Arzobispo de Narbona**. Sirve en las filas del rey.

—**Don Blasco de Alagón**, mayordomo mayor del reino, leal consejero del monarca que pasó una temporada viviendo con los sarracenos en la ciudad de los valientes.

—**Don Artal**, hijo de Don Blasco, un soldado al que le gusta jugar a los dados.

—**Lugarteniente de la orden del Temple**. Parece tener un especial interés en la torre de Ali Bufat.

—**Zaida**, doncella mora que sirve en la corte de la reina.

—**Don Jimeno**, mesnadero del rey y leal consejero. Un caballero enamorado de la doncella mora.

—**Al Yusef**, médico real de la corte. Conspiró contra el emir anterior y ahora quiere vengarse del rey de Aragón, por haber raptado a su hija.

—**El hijo menor de Al Yusef**, un sarraceno muy diestro con el arco.

—**Violante de Hungría**, reina consorte.

—**El medio hombre**, antiguo jardinero del emir, capaz de controlar a las tortugas con el silbido de un hueso de albaricoque.

—**Régulo Edecón**. Rey de los Edetanos.

—**La hija y la mujer del Régulo Edecón**. Una joven y una anciana que protegen el espíritu del pueblo edetano bajo la forma de un algarrobo.

Personajes no humanos:

—**El murciélago**, señor de la ciudad de los valientes. La llave para entrar en su reino es una bandeja de plata.

—**El ciervo de cuernos de hielo**, señor de la ciudad de Albarracín. La llave para entrar en su reino es una campana de cristal.

—**El caballo plateado**, señor de la ciudad de Huesca.

—**El toro gris**, señor de la ciudad de Teruel.

—**La serpiente de dos metros**, señor de la ciudad de Montpellier que negoció con San Jorge.

—**El caballo del rey**, un equino un poco cobarde.

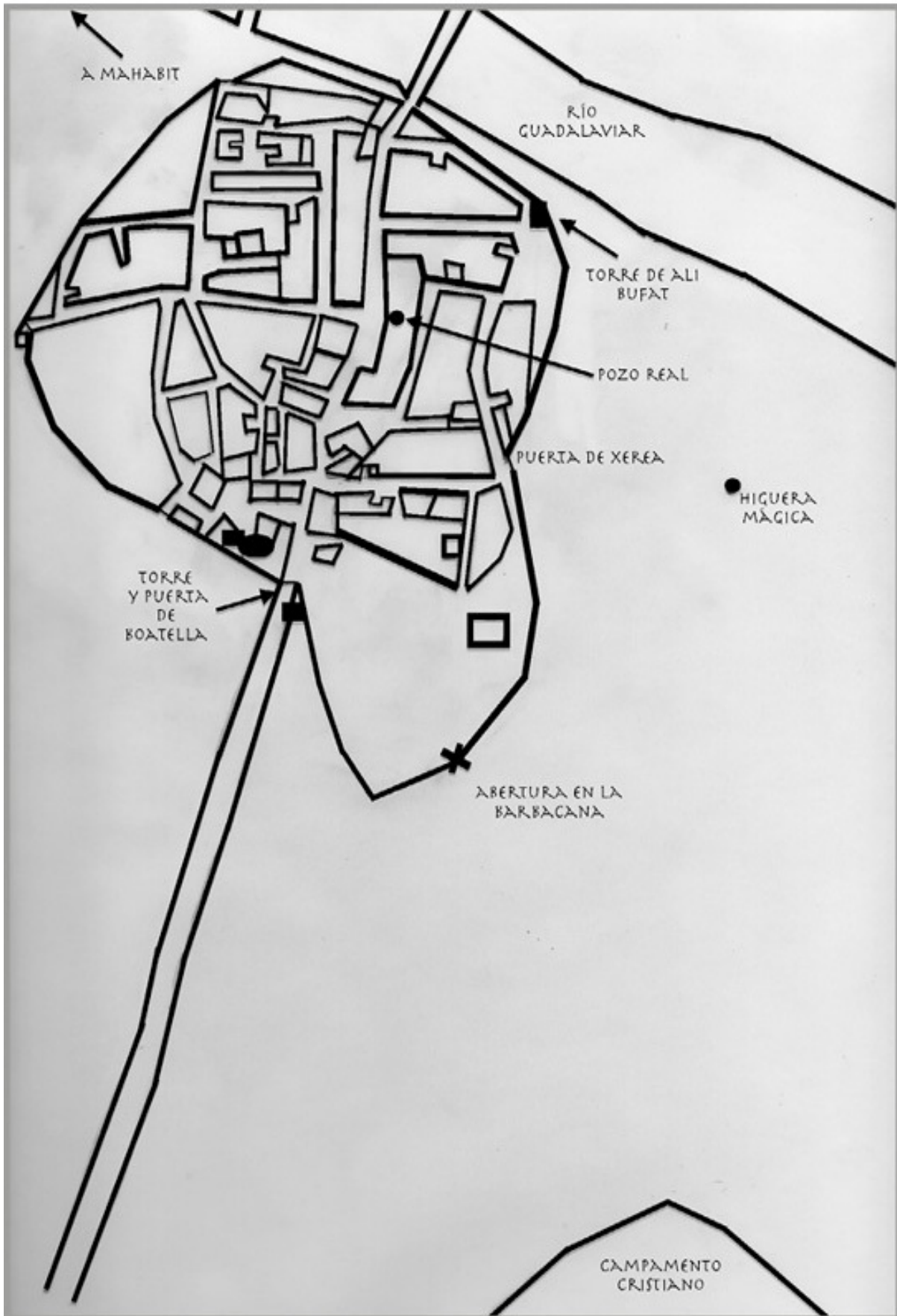
—**El halcón real**, un cazador al que nunca se le ha escapado ninguna presa.

—**La higuera mágica**, un árbol con un fruto muy desagradable que da acceso a las grutas bajo la ciudad.

—**La alicatena**, un ciempiés gigante que se alimenta de las pesadillas de los niños.

—**Guadalaviar**, un río con ciertos toques de nostalgia.

Mapa de la ciudad de los valientes



Muchos han querido hacerse con la ciudad de los valientes, pero muy pocos lo han conseguido. No todos son dignos de tal privilegio, y tan solo uno de ellos conoció al verdadero señor del lugar.

I

Una gota de brea cayó sobre el agua de la cisterna y el líquido prendió con una violenta llamarada. La estancia subterránea se despertó de las tinieblas y el pequeño Jaime se sorprendió de los animales que le rodeaban. Había un toro grisáceo, un león dorado, un caballo plateado, un ciervo con cuernos de hielo, un pequeño murciélago que colgaba de ellos, un oso pardo, una serpiente tan alta que llegaba hasta el techo, un águila de dos cabezas, un jabalí y un sinfín de criaturas que contemplaban en silencio el ritual de los hombres. El único humano que había entre ellos era un individuo de tez morena y barba poblada que vestía túnica verde con la cruz de San Jorge bordada en el pecho.

Jaime, junto a su primo Ramón Berenguer, y el maestro de la orden del Temple Guillermo de Montredó, habían descendido por los pasadizos subterráneos del castillo de Monzón hasta llegar a una caverna ocupada por una gran balsa de agua. También los acompañaba un aprendiz de caballero, que sujetaba la antorcha que los abrigaba de la oscuridad.

A Jaime los animales no le espantaban, pero a su primo sí, y el muchacho, asustado, dio un paso hacia atrás y tropezó con el pie del Maestro Templario; por fortuna, el joven aprendiz de caballero lo cogió al vuelo.

—No temáis —dijo el Maestro—, los animales no os harán daño.

El fuego imprimía mayor fiereza en los rostros de los animales pero la distancia que los separaba de ellos no los hacía peligrosos. La tranquila reacción de su Maestro les daba a entender que ya sabía de todo aquello.

En el bordillo elevado del aljibe se mostraban una serie de objetos situados frente a los animales. Jaime alzó con curiosidad la mirada pero tan solo llegó a descubrir una pequeña bandeja de plata junto a una campanita de cristal y una estrella escarchada.

—Ayudadles a subir —le dijo el Maestro al joven aprendiz—, y esta vez no acerquéis tanto la tea.

Los niños subieron un pequeño escalón de piedra y se asomaron al borde del aljibe. Unas pequeñas manchas de aceite ardían sobre la superficie del agua.

—Los cátaros construyeron esta cisterna hace más de cien años —dijo el Maestre Templario—, y en ella ocultaron un arma muy valiosa que tan solo un hombre de corazón puro podrá extraer.

En el fondo del estanque el brillo opaco de una espada llamó la atención de los niños.

—Aquel que lo haga —susurró el Maestre—, será el mejor rey de cuantos hayan gobernado.

Los niños se miraron extrañados porque sabían que los templarios nunca iban a poner algo tan valioso al alcance de cualquiera, ni de cualquier manera.

—¿Dónde está el truco? —preguntó Ramón—. ¿El agua está envenenada?

—¿Truco? —se sorprendió el Maestre—. Ninguno. Basta con ser puro de corazón y sacar la espada.

—¿Y si no se es? —insistió el niño.

—Si no se es, no se cogerá. ¿Queréis probar vos primero? —instigó el templario al callado Jaime. El muchacho acercó con cierto temor la mano a la superficie del agua y, cuando estaba a punto de sumergirla, uno de los animales interrumpió el momento:

—Esto es una estupidez —dijo el murciélago—, ningún hombre gobernará mis tierras por el hecho de coger una espada. Esa espada la puede coger cualquiera, basta con introducir la mano y llevársela.

—¿Y las llamas? —dijo el caballo plateado.

—Me sorprende vuestra ingenuidad, animales. ¿No veis lo burdo del truco? Hay tal cantidad de agua en el estanque que el fuego no le quemará. Quien coja la espada lo único que demuestra es no temer al fuego.

—¿No es de vuestro agrado el ritual? —dijo el Maestre—. Quien consiga la espada demostrará ser valiente.

—No tener miedo al fuego no te hace ser mejor rey —sentenció el animal—. Si no le importa quemarse por una simple espada, qué no le importará hacer con sus súbditos. ¿De qué le va a servir a su pueblo que no le tenga miedo al fuego? ¿Cruzará por medio de un incendio cuando sus ciudades ardan...? ¿No sería mejor que previniera los incendios?

—Será un rey que se sacrifique por su pueblo —dijo el toro grisáceo.

—¿Cogiendo una espada? —recriminó el murciélago—. La gente no vive de los sacrificios de los otros, sino de los propios.

—Estás muy equivocado —replicó el animal—. Además, ¿qué sacrificio se le puede pedir a un niño? ¿A un niño de, de...? ¿Cuántos años tenéis?

—Nueve —respondieron los dos a la vez.

—¿Nueve?! —exclamó el animal—. Una vez dejé que un muchacho de 15 años gobernara mi ciudad, y fue un auténtico desastre. Empezó su reinado guerreando con todo el que podía.

—Pero luego la hizo rica y próspera —apuntilló el caballo plateado.

—Sí, pero eso no basta para gobernar una ciudad. Los humanos no comen rubíes.

—El abuelo de los muchachos construyó la ciudad que domina en mis pastos —dijo el toro grisáceo—, y ahora veo conveniente que sea uno de sus nietos quien la gobierne.

—No hay sangre ni corona que legitimen a un rey.

—La elección sería del agrado de Dios —dijo el hombre de barba negra rompiendo su silencio.

—Si esto es cosa de Dios, ¿por qué no ha venido Él mismo a hacer la elección? ¿Dónde está? —dijo el murciélago dejando la pregunta en el aire—. Aquí nos tienes a todos, a todos los animales, a todos los señores de las tierras que los cristianos quieren conquistar y, sin embargo, su Dios no ha tenido la dignidad de aparecer.

—¿Qué proponéis que hagamos? —preguntó el hombre de barba tupida.

—Que la espada vuelva a donde pertenece; de hecho, no sé ni por qué permitimos que los hombres se la lleven. Deberíamos enterrarla bajo tierra durante más de cien años y así los hombres darían un respiro a nuestras tierras. Vosotros no sois valientes, ni precavidos —acusó el murciélago—, vosotros, animales, directamente os habéis puesto a los pies de los hombres. Les dimos las llaves de nuestras tierras para que se acercaran a nuestro conocimiento, pero el hombre solo sabe destruir.

—Sin embargo, fueron ellos los que levantaron nuestras ciudades... —replicó el caballo plateado.

—Porque les dejamos hacerlo.

—Os propongo un trato —interrumpió el Maestre Templario—: mi orden guardará y protegerá la espada hasta que el rey esté listo para blandirla; de hecho, será la propia espada la que busque al rey cuando esté preparado...

El pequeño Jaime se cansó de la discusión entre los animales y los hombres e introdujo el brazo rápidamente y sin apenas pensarlo. De un solo tirón extrajo la espada del agua.

Todos enmudecieron.

La hoja se manchó con el aceite de la balsa y ardió con un fuego muy intenso. El niño no sufrió ninguna quemadura, y todos miraron expectantes al murciélago.

—Haced lo que queráis —dijo mientras se acercaba al hombre de tez morena—, pero yo no aceptaré a un rey que no se lo haya ganado. Aquí tenéis vuestra insignia, San Al Jadir —le dijo mientras le devolvía una pequeña cruz latina con un extremo afilado—, y decidle a Dios que seré yo quien decida al gobernante de mi ciudad.

El murciélago agarró con sus pequeñas garras una de las asas de la bandeja de plata que yacía sobre el bordillo del aljibe y, con ella en su poder, desapareció volando por los oscuros pasadizos de la gruta.

La llama de la espada brilló con tanta intensidad en los ojos del joven monarca que este sintió cómo una gran responsabilidad comenzaba a crecer en su interior.

II

Atardece en la ciudad de los valientes.

Un cielo abierto y despejado remarca las facciones adultas del monarca. En su mirada se adivinan las batallas que ha vivido, la que ha ganado y las que ha perdido, y al fondo, la ciudad de los valientes resiste en su callado sitio.

Los golpes de espadas rechinan contra los escudos musulmanes. En una explanada cercana a las murallas los sarracenos disputan un torneo contra los cristianos de Narbona, bajo la atenta mirada de su monarca. Los soldados golpean las zonas más duras de las armaduras evitando los flancos desprotegidos que pudieran causar graves heridas o la muerte directa. La pelea no es una batalla en sí misma. Los cristianos no pretenden matar al moro, sino derrotarlo, o que este se dé por vencido para hacerse con sus monturas y sus armas como trofeo de la justa.

—Sus hombres luchan con valentía —dice el monarca, que vigila desde su montura—. Aunque los moros apenas atacan, y solo se defienden.

—Deben estar débiles, mi señor —dice el Arzobispo de Narbona, situado junto al rey—. Desde hace más de un mes no reciben ninguna caravana. Nuestros soldados han interceptado la llegada de tropas y suministros del sur.

—Lo sé, pero no es solo eso —dice el monarca—. El dirigente moro tiene alimento suficiente como para resistir unos meses más.

—Es la moral —interrumpe Don Blasco de Alagón. El primer mayordomo llega con su caballo y se coloca entre el rey y el Arzobispo—. Sin la ayuda de los tunecinos, saben que no tienen ninguna posibilidad de victoria.

—Quizás tengáis razón, Don Blasco, pero en mis campañas por Mallorca vi cómo los moros eran capaces de defenderse con uñas y dientes aunque estuvieran acabados.

—Bien poco me importa la moral del adversario —añade el Arzobispo de Narbona—, me fío más de los 600 hombres que he proporcionado a vuestra causa.

Escurriéndose entre los fornidos soldados que rodean al rey, y con la cabeza cubierta, una joven de rasgos árabes se acerca al monarca intentando no levantar sospechas. En sus manos sostiene un fardo de color azul que alza para salvar la distancia que la separa de él.

—¡Zaida! —se sorprende el monarca—. ¿Qué hacéis aquí? Este no es lugar para doncellas.

—Mi señor —responde la joven, acercándole el fardo al rey—, la reina os envía este regalo en señal de buena fortuna.

—La buena fortuna la han de tener mis hombres —bromea el rey cogiendo el regalo—, y la están teniendo, pero dadle igualmente las gracias a la reina. Volved al campamento. Este no es lugar seguro para doncellas.

La mora agacha la cabeza y obedece. Una vez que la muchacha se ha escabullido entre los soldados y está lejos de la mirada del rey, se detiene y se vuelve hacia el torneo. Busca entre los guerreros a uno que lucha sin casco. Es Don Jimeno, mesnadero del rey, cuyos rizos cabalgan al sol con cada estocada contra el enemigo. Un golpe fallido le hace caer, queda indefenso ante el ataque del adversario, y uno de los moros levanta su sable para descargarlo sobre la armadura. Zaida retiene la respiración por un momento, pero otro soldado, que por fortuna se interpone entre Don Jimeno y el moro, detiene la espada del sarraceno y le salva la vida al caballero. Ambos salen ilesos y dispuestos a seguir guerreando. Zaida suspira aliviada. La preocupación por Don Jimeno no le deja calmar los nervios, así que se marcha a las tiendas cristianas para alejar los malos pensamientos de su cabeza.

El monarca desenvuelve el pañuelo azulado y deja al descubierto el regalo.

—¿Qué es, mi señor? —pregunta sin ninguna discreción el lugarteniente de la orden del Temple, un hombre bajito de manos gruesas.

—Un racimo de uvas —dice el monarca mientras dibuja una leve sonrisa—. Antes de cada batalla, la reina me ofrece una fruta para darme buena suerte.

—¿Vamos a entrar en combate? —pregunta asustado el lugarteniente—. Nadie me había informado.

—No, tranquilo. La dama habrá creído que íbamos a pelear y por eso me envía el regalo. —El monarca divide el racimo de uvas en grupos más pequeños y se las ofrece a sus asistentes—. Tened, comedlo vosotros, disfrutad de mi buena suerte, que yo no tengo hambre.

—Muchas gracias, mi señor —desestima con amabilidad el lugarteniente templario—, pero dicen que quien con uvas sueña es porque va a actuar sin criterio.

—Esto no es un sueño, Berenguer —dice el monarca—. ¿Dónde habéis oído tal disparate?

—Es algo que se comenta entre los jóvenes de la orden, una tontería de superstición.

—¿La cual vos creéis?

—Me gusta prevenir en tiempos de guerra.

El rey no insiste y respeta el humilde rechazo del templario. Una vez ha repartido la fruta entre los ricohombres que lo asisten, agita el pañuelo para eliminar cualquier resto de piel y se lo guarda en un recoveco de la armadura.

—¡Majestad! —alerta el Arzobispo—. ¡Los musulmanes se escapan!

Viendo los sarracenos que su derrota va a ser inminente, fingen una rápida retirada para resguardarse tras las murallas de la ciudad y poner a salvo sus caballos y sus armas. El caballero Don Jimeno no acepta tal cobardía, porque es de ley que reciba los premios ganados, y corre tras los moriscos, acompañado por los hombres del de Narbona que galopan a su lado y gritan todos juntos: «¡Por San Jorge! ¡Hiramos! ¡Hiramos!».

Al llegar a la puerta de Xerea, los cristianos se dan cuenta de que han caído en la trampa de los musulmanes. Los sarracenos esperaban tras los gruesos portones de madera sujetando pesadas lanzas y armados con sables y escudos. Los más numerosos son los saeteros que, sentados en el suelo, tensan sus arcos con los pies para que sus flechas lleguen lo más lejos posible y con más fuerza. Una vez que los aragoneses han cruzado el portón de la ciudad y se encuentran dentro del recinto amurallado, les han salido por la retaguardia una horda de moros que se escondían entre las cañas del foso y les cortan la retirada.

—¡Ayudemos a mis hombres, señor! —ruega el Arzobispo de Narbona—. Ya se sabe que compañía que se desbanda en batalla pronto es vencida.

—¡Vamos! —El rey reacciona con rapidez y se dispone a cabalgar junto a sus hombres.

—¿Qué hacéis, majestad? —dice Don Blasco, agarrando con fuerza las riendas de su caballo—. ¡¿No veis que es una trampa?! —El caballero detiene el galope del rey.

—¡Eso ya lo sabemos, Don Blasco! —recrimina el Arzobispo de Narbona—, y mis hombres han caído en ella.

—Vuestros hombres son el señuelo, Arzobispo, y deberían retirarse lo antes posible.

—Mis hombres están a punto de cruzar las puertas de la ciudad mientras los vuestros se esconden en el campamento, ¿por qué deberían retirarse?

—Mis hombres protegen la retaguardia, que es tan importante como la avanzadilla —se defiende Don Blasco—, y allí vuestros hombres podrán curar las heridas que sin duda se causarán por este ataque improvisado. Los años deberían haceros más cauto, señor de Amiel, pero vuestra impaciencia nos llevará a mal fin y nos matará a todos.

—Solo sé dos maneras de entrar en una ciudad —impone enfadado el arzobispo—: o con la llave, o vertiendo la sangre del enemigo, y no veo que llevéis una ganzúa.

—Vos estáis vertiendo vuestra propia sangre.

—¡Basta los dos! —grita el monarca para detener la discusión.

—Majestad, el moro no puede atacarnos en campo abierto porque sabe que le venceremos, y por eso nos lleva a su territorio —trata de defenderse Don Blasco—. Conozco muy bien la manera de actuar de los sarracenos, y...

—No alardee tanto, Don Blasco —interrumpe el Arzobispo—. Conoció al antiguo dirigente de la ciudad, como lo conocimos todos, pero el que ahora ocupa la ciudad es el nieto del rey Lobo.

—¡Por eso mismo! ¡Y sus intenciones serán más oscuras!

—Mi señor —interrumpe el lugarteniente de la orden del Temple—, me jurasteis que tras la conquista recibiría la torre de Ali Bufat, así como la pequeña fortaleza y las casas que la rodean, y no sería justo que otros se llevaran tal premio por haber atacado antes.

—¿Vuestra orden no está contenta con todos los pueblos que el rey le ha dado? ¿Hasta dónde llega la codicia de los templarios? ¿Qué secretos tiene esa torre que tanto queréis? —dice el Arzobispo de Narbona con cierta ironía.

—¿Secretos? Ninguno. Pero por esa puerta entró el tan honrado caballero Rodrigo Díaz de Vivar, y una construcción tan noble ha de ser defendida con ímpetu. Su majestad ha dicho que no tenía intención de atacar la ciudad, y mis hombres no están preparados para la pelea.

—No soy león ni leopardo para que así me pongáis freno —se queja el rey a Don Blasco—, mas ya que tanto os empeñáis en que me detenga, me detendré, pero quiera Dios que no resulte en vuestro mal el haberme detenido.

—Quizás en la batalla haya un león tan bravo como vos —aconseja Don Blasco—, y vos no lleváis ni casco ni cota de malla que os proteja.

—¿Qué proponéis, pues?

—Retirar las tropas y seguir sitiando la ciudad.

—Su majestad ha de decidir —coacciona el Arzobispo—. Si participa personalmente en la pelea y lucha junto a mis hombres, os aseguro que mis tropas atacarán con bravura y nos haremos con la ciudad. Alardearán de esa moral de la que antes tanto hablaban.

Al monarca la situación le recuerda a la toma de la ciudad de Burriana. Allí también sitiaron la villa como ahora sitian la ciudad de los valientes, pero todos sus consejeros le instaron a abandonar la contienda, ya que era una empresa muy difícil. El único que le animó a seguir con el asedio fue Don Jimeno que, alabando su valor y su liderazgo, le dio confianza para hacerse con la ciudad. Algo parecido le ocurrió con la ciudad de Albarracín, con la excepción de que entonces era mucho más joven y sus partidarios no tuvieron ningún escrúpulo en traicionarle y abastecer a los que se encontraban sitiados. El monarca no quiere repetir situaciones fracasadas.

—Que los trabuquetes lancen cargas desde el campamento —sentencia el monarca.

—Pero majestad...

El rey no permite que le interrumpan.

—Enviad una ballesta de torno a la puerta de Boatella y que un contingente de 200 soldados ataque con flechas cubiertas con estopa.

—¿De qué les va a servir a mis hombres que atacemos otro flanco?

—Hará que el ejército sarraceno se divida.

—Majestad, la puerta de Boatella no es la más indicada para atacar, ya hablamos de ello, a unos metros se alza una torre que la defiende —aconseja el lugarteniente templario.

—Pero todos los moros se encuentran en la puerta de Xerea, ¿verdad? No sospecharán que atacaremos desde otro lado, por lo que apenas encontraremos resistencia y, con algo de suerte, incluso entraremos en la ciudad y los rodearemos.

Don Blasco no está convencido de las palabras del monarca, pero no sabe qué más decirle para disuadirlo, así que obedece sus órdenes y envía a unos cuantos soldados y a unos pocos ballesteros para atacar la puerta y la torre. Los cristianos confían en que nadie las está defendiendo, pero se equivocan estrepitosamente.

III

En una elevación del terreno, cercana a donde se está disputando la contienda, el hombre de tez morena y barba poblada observa los movimientos de los cristianos. Por un instante aparta la mirada de la batalla y se reclina hacia el suelo. Retira la tierra más superficial y deja al descubierto un pedazo de roca en la que se encuentra una media luna musulmana y una moneda romana fundida en la piedra. El hombre saca de entre sus ropajes la pequeña cruz latina cuya pata inferior acaba en una punta afilada, y la presiona contra la roca para ver si también se une, pero el intento no da fruto. El santo oye el rápido aleteo de un animal que se le acerca volando. Es un murciélago, y el animal ha salido de la ciudad aprovechando el comienzo de la caída del sol. No busca alimento, sino hablar con el hombre vestido con túnica verde y cruz de San Jorge bordada en el pecho. El animal se posa sobre sus manos y el hombre lo acerca a su oído para oír lo que tiene que decirle. Los siseos de la rata voladora son pequeños e imperceptibles, casi como un silbido, pero el hombre comprende las palabras del animal.

—¿De verdad? —dice extrañado—. ¿Él lo sabe? —El animal vuelve a sisear—. ¿Lo ha consentido? ¡Está bien! Si así lo queréis...

El hombre se pincha la yema del dedo índice con la cruz latina y deja que el animal beba de su sangre hasta quedar saciado. Lo lanza de nuevo al aire y este se dirige volando a la ciudad.

Desde la elevación en la que se encuentra, el hombre divisa el agujero que los aragoneses han abierto en la barbacana de la muralla. Lo abrieron varios días atrás, pero en él todavía permanece el mantelete de madera con el que los soldados se defendían de las flechas enemigas. Los cristianos estuvieron más de ocho días picando sobre la barrera que antecede al gran muro de hormigón y abrieron un agujero por el que perfectamente cabían dos hombres armados. Llenaron el foso con ramas y sarmiento para alcanzar la muralla, pero cuando comenzaron a picar sobre el hormigón, se dieron cuenta de que la piedra era demasiado resistente y solo consiguieron arañar la superficie. Demostraron que las paredes de la ciudad no eran inexpugnables, pero era como quebrar una roca con gotas de agua.

Contemplando las heridas recientes de aquel muro, el santo recuerda la primera vez que cargó contra las murallas de la ciudad de los valientes. Fue en una vida anterior a esta, antes de morir por última vez, de la cual ya han pasado más de cincuenta años. Servía como soldado en las filas del rey Alfonso II de Aragón, abuelo del actual monarca, y recuerda cómo se paralizó ante las murallas de la ciudad cuando el contingente militar se lanzó contra ellas.

Mientras sus compañeros trataban de conquistar la fortaleza, él admiraba la grandiosidad de sus muros.

Algunos pensaron que el miedo lo había paralizado, pero el mal que lo aquejaba era otro bien distinto. Desde los albores de la humanidad, aquel santo había visto infinidad de guerras y batallas, pero nunca unas murallas tan hermosas como las de la ciudad de los valientes.

Su robustez, su grandeza, su finura arquitectónica, su sinuosa silueta abrazando la ciudad, todo en ella era perfecto. Por primera vez en mucho tiempo San Al Jadir volvía a enamorarse.

Desnudó la piedra con su mirada y la liberó del sentido de la guerra y la batalla. Recorrió con la imaginación de sus manos el curvilíneo contorno de sus paredes, y sintió aquello mismo que la hacía grandiosa: su defensa; su ilimitada necesidad de proteger.

Los hombres odian las barreras tanto como las aman, porque las necesitan para hacerse grandes y superarlas.

En el fragor de aquella antigua batalla, la muralla se sintió extrañada de ver que el santo no peleaba y, en su lugar, no dejaba de mirarla. De tanto en tanto, el muro de la ciudad apartaba la vista de la contienda y espiaba de reojo para ver cómo el hombre acariciaba la aspereza de sus piedras. El gesto le resultó gracioso y tierno, y la muralla comenzó a sentir un extraño cosquilleo entre las juntas de sus pilares. Sonrió, como solo saben hacerlo las murallas, y por un instante sus miradas se cruzaron y compartieron la felicidad y el amor del momento. Pero como la guerra no entiende de romances y la muralla había bajado la guardia ensimismada en los ojos del hombre, recibió de lleno el impacto de los proyectiles cristianos. El golpe fue de tal magnitud que abrió en su costado una brecha tan profunda que a día de hoy aún se puede ver. El muro no estaba preparado para el ataque y la herida en sus paredes fue tan dolorosa como una estocada en el corazón. Gritó con un escalofriante estallar de piedras que caló en lo más hondo del hombre y este, viendo cómo su amada sufría, se giró hacia los de su bando y levantó los brazos para que detuvieran el ataque. Los cristianos no le hicieron ni el más mínimo caso y,

desde las almenas de la muralla, un joven e inexperto sarraceno acertó a herir al santo en la espalda. El hombre se giró y cayó de bruces, y desde el suelo miró al sarraceno que le había disparado; no lo hizo con tristeza, sino con alegría, pues aquel moro se había convertido en cupido moderno sin él darse cuenta. Su flecha no solo había atravesado el corazón del santo, sino que también había despertado en su interior un amor aún más intenso que el que había sentido en vida. Lo último que el santo iba a ver, antes de morir, era la grandeza de las murallas que tanto amaba, y el hombre murió con una sonrisa en la cara. A su vez, el sarraceno lo miró con ojos de tristeza que emanaban lágrimas amarillas, pues era la primera vez que mataba a un hombre y no le había gustado. Desde aquel momento, el sarraceno decidió que solo cogería las armas cuando fuera estrictamente necesario, y el resto de su vida lo emplearía en estudiar el noble arte de la medicina.

La muralla lloró por aquel que durante un instante la había amado, y se olvidó por completo de la batalla que se estaba librando entre los moros y los cristianos. Estos últimos aprovecharon el lamento de la muralla y entraron en la ciudad para hacer todo el mal que pudieran. Los muros de la ciudad se sintieron culpables de lo ocurrido y, desde aquel día, se prometieron que nunca más volverían a amar a un extranjero. Su amor sería exclusivo para aquellos a quienes protegía.

Han pasado más de sesenta años y el santo reencarnado se encuentra de nuevo frente a sus amadas murallas. El hombre ve la ciudad de los valientes como un corazón latente que se hace cada vez más grande. Los hombres se empeñan en encajonarla, pero ella siempre se las apaña para escapar.

Quizás los cristianos de hoy tengan más suerte.

IV

El dirigente moro se ha adelantado a la táctica del monarca y ha concentrado un gran número de sarracenos tras la puerta de Boatella. No ha querido ocupar la torre que la antecede para que el ejército cristiano no la viera como una amenaza, porque si los moros no atacan desde la torre, los cristianos la dejarán tranquila. Sin embargo, las órdenes del emir han sido desoídas por el médico real de la corte. Al Yusef se ha introducido en el torreón sin ser visto y está acompañado de sus ocho hijos varones. Piensa llevar a cabo una venganza personal contra el monarca cristiano, pero sus cálculos han fallado y el rey aragonés no se encuentra entre los soldados que atacan la torre. Los aragoneses gritan que se entreguen pacíficamente, pero los hijos del médico rechazan la petición y resisten en sus puestos. Los sarracenos que el emir musulmán ha colocado tras las murallas de la ciudad, a la espera de la entrada cristiana, no entienden las exigencias de los aragoneses porque, supuestamente, nadie debía ocupar la torre de Boatella. Los alaridos de guerra les desconciertan, pero ven más prudente seguir con el plan establecido y esperar a los enemigos dentro de la ciudad.

Los moros de la torre se defienden y lanzan piedras contra el ejército cristiano. Los aragoneses los acosan con una lluvia de saetas incendiarias y la torre no tarda en arder. Ante la violencia de los aragoneses, los musulmanes piden clemencia, pero como los atacantes ya les dieron una oportunidad y los sarracenos la rechazaron, los cristianos no ofrecen mayor misericordia que matarlos con sus flechas antes de que las llamas los envuelvan. Esta es la única resistencia que los cristianos encuentran ante la entrada de Boatella, y se disponen a golpear los gruesos portones con un ariete cubierto que han conseguido traer desde el campamento.

Los trabuquetes del ejército cristiano lanzan gruesos cantos rodados que estallan contra las murallas de la ciudad. Los gritos de guerra son silenciados por los silbidos de las cargas, y las rocas surcan el aire hasta estamparse contra las casas de los musulmanes. Mientras, en la puerta de Xerea, se entremezclan las puntas de las lanzas con los cuerpos de los soldados. Las gruesas mazas descargan todo su peso sobre las armaduras de los hombres y un grupo de moros, temerosos de la valentía de Don Jimeno, se escabullen

entre los callejones de la ciudad. Don Jimeno los persigue a corta distancia pero los árabes se conocen todos los recovecos de la capital. El caballero se pierde en un laberinto inhóspito de callejuelas y callejones sin salida y, al cruzar la judería y llegar a la puerta de Boatella por la parte interna de la ciudad, descubre una hueste de ballesteros y lanceros bien armados que esperan la entrada de los cristianos. Don Jimeno se esconde tras la esquina de una casa y espía cauteloso. Sabe que él no puede luchar contra una hueste entera de sarracenos, y desde luego los cristianos que se encuentran al otro lado de la puerta tampoco. El caballero trata de acercarse a la puerta por alguna de las callejuelas laterales y advertir así a sus compañeros, pero todas las salidas están ocupadas por los soldados musulmanes e incluso en los tejados de las casas se esconden los saeteros preparados para la emboscada. El crujir de la madera indica que la puerta está a punto de ceder.

El caballero se afana en volver sobre sus pasos y escabullirse por la puerta de Xerea. Lanza bastos y abiertos mandobles que apartan a los sarracenos pero no los hiere y, cuando consigue salir de la ciudad y volver a la posición en la que se encuentra el monarca, rápidamente le informa de la situación.

—Majestad —dice Don Jimeno mientras trata de recuperar la respiración—, enviad más tropas a la puerta de Boatella. Los moros esperan tras los portones dispuestos a realizar otra emboscada.

—Zaen se vale de la arquitectura de la ciudad —dice Don Blasco—. Nuestros hombres desconocen el terreno y serán una presa fácil.

Ni el plan del moro está saliendo como él esperaba, ni la táctica del monarca está dando resultado. La pelea es desorganizada y espontánea, sin una clara ventaja por parte de ninguno de los bandos.

El monarca sabe que ha de refrenar sus ansias de acabar con el infiel y retirar a sus hombres.

—Vos —le pide a un soldado de a pie—, prestadme vuestro capelo.

El soldado obedece y el monarca se ajusta el casco.

—¡Arzobispo! —ordena con ímpetu—, reagrupad a vuestros hombres y que vuelvan al campamento. Don Blasco, mande llamar a retirada.

—¿Qué pensáis hacer vos? —pregunta Don Blasco con sospecha.

—Yo traeré a los que atacan la torre.

A Don Blasco la idea no le gusta porque el rey se expone abiertamente al peligro, pero esta vez no puede hacer nada por detenerlo, porque el monarca ha galopado con rapidez hacia la pelea.

El sonido metálico de las trompetas restalla en el aire de la batalla. En la puerta de Boatella, los cristianos han conseguido cruzarla y se defienden de

los moros. El rey desenvaina su espada y se abre paso entre las cimitarras sarracenas para reagrupar a sus soldados.

Don Jimeno y el Arzobispo de Narbona hacen lo mismo con los hombres que se encuentran en el otro flanco de la ciudad, en la puerta de Xerea y, cuando todo el ejército cristiano está de camino a la retaguardia, el rey es el último en volver.

V

Antes de que la torre de Boatella sucumba por las llamas del incendio, el anciano Al Yusef, que resiste en lo más alto de la atalaya acompañado del único hijo que le queda, el más joven, siente cómo el suelo de madera se calienta bajo sus pies.

—Padre, deberíamos salir ya —advierte alarmado el muchacho—. La torre no tardará en derrumbarse y nos engullirá con ella.

—Sin gloria no hay descanso tras la muerte —dice el anciano—, sino deambular por el mundo como espectros sin honra. —Su mano aferra con temblorosa tensión la espada que lleva en el cinto. Es la misma espada que el joven Jaime sustrajo del aljibe y que ahora presenta un filo totalmente ennegrecido—. ¿Ves a aquel caballero de allí? —dice el sarraceno, señalando al monarca que vuelve al galope con sus hombres—, aquel que viste con saya roja y amarilla. Aquel fue quien raptó a tu hermana, mi única hija, y mancilló su virtud haciendo de ella una mujer deshonrosa. Ahora pretende hacer lo mismo con nuestra ciudad, pero tu brazo es joven y firme y, aunque muramos en esta corta batalla, tu flecha acertará a matarlo y así podremos irnos a la otra vida con nuestras deudas pagadas. Alá sabrá recompensarnos.

El joven no llega a los dieciocho años de edad y todavía no ha pensado en cosas como la muerte o la gloria, pero no tiene otra opción que obedecer a su padre y tensa la cuerda de su arco. Se concentra en la cabeza del monarca y templea los nervios, cierra un ojo, espera unos segundos, su mirada es precisa, su respiración se calma... con un simple gesto de su dedo, la flecha sale disparada.

El monarca vuelve la mirada para comprobar que ninguno de sus hombres ha sido capturado por el sarraceno. Los moros no pedirían rescate por los soldados de a pie, porque no vienen de familia rica y ninguno de ellos podría pagar una suma muy alta de dinero. Los sarracenos directamente los ejecutarían.

El monarca ve la mancha oscura del proyectil que se le acerca a toda velocidad. Apenas le da tiempo a reaccionar y la flecha le golpea directamente en la cabeza. El impacto es de tal magnitud que cae de su montura.

Sobre la polvorienta tierra del campo de batalla contempla un cielo azul marino manchado por el fuego naranja del atardecer. Su agitada respiración le retumba como un eco sordo dentro de la cabeza y la punta de la flecha, aunque le ha atravesado el casco y se ha introducido en su sien derecha, no ha llegado a matarlo.

Siente el hocico de su caballo, que le golpea en el hombro con cariño para que se levante. El monarca, poco a poco, recupera el sentido y se incorpora con dificultad para acariciar el morro negro del animal. Se extrae la saeta con un leve quejido y se libera de las correas del capelo. La sangre le chorrea por el ojo y no ve con claridad. De los recovecos de su vestimenta saca el paño azulado donde la reina envolvió el presente de la uva, y con el que se tapa la herida de la frente para impedir que la sangre le fluya por la cara. Intenta ponerse de pie, pero se siente mareado.

—¡Ahora! —grita de nuevo Al Yusef en lo alto de la torre—. ¡Ahora es el momento!

El médico instiga a su hijo a volver a disparar, pero el joven no se deja vencer por los nervios. Tensa la cuerda del arco y se concentra en la cabeza del monarca. Cierra un ojo, espera un segundo, dos, su mirada se vuelve precisa, su respiración se calma y, con un simple gesto de su dedo, la flecha sale disparada. Cuando el proyectil sale volando desde lo alto de la torre, el suelo bajo sus pies se derrumba y padre e hijo caen al vertiginoso vacío.

El monarca ve el brillo plateado que se le acerca a gran velocidad mientras la torre de Boatella se derrumba al fondo del paisaje. Cuando la flecha está a punto de alcanzarle la cabeza, un destello borroso le pasa a escasos centímetros e intercepta la ballesta.

El monarca no puede creer la suerte que ha tenido. No está muerto, y gira la mirada para ver la flecha clavada en la tierra. Allí descubre a su salvador, que es un pequeño murciélago, una rata voladora que ha cruzado en segundos la ciudad y se ha interpuesto entre la saeta y el monarca. Ha desviado la trayectoria del proyectil y ha quedado ensartado en el suelo. La sangre del animal se escurre por el astil de la flecha creando un pequeño charco mientras trata de mantenerse con vida batiendo las alas; pero sus aleteos poco a poco se vuelven más lentos.

Don Jimeno y el resto de soldados cubren al monarca con sus escudos. Le ayudan a ponerse en pie y, una vez fuera de las hostilidades moras, el monarca les grita a sus soldados:

—¡No hay herida tan profunda que una noche con una mujer no cure!

Los caballeros ríen y se relajan al ver que su rey está bien y lo llevan de vuelta al campamento entre vivas y Dios salve al rey de Aragón, pero, entre los vítores de la gente, el monarca aún mira hacia atrás sin que sus hombres se den cuenta y descubre al hombre de barba poblada que se arrodilla frente al animalillo muerto y lo libera de la flecha. Lo esconde con delicadeza entre sus manos y se aleja hacia la ciudad. El rey no sabría decir si aquel hombre es cristiano o moro, pero su presencia le resulta tremendamente familiar.

VI

El hombre de tez morena y barba negra se cruza un turbante para taparse la cruz roja que lleva bordada en el pecho y esconde al murciélago en la tela. Se mancha las ropas con el polvo del campo y aprovecha la resaca de la pelea para entrar en la ciudad por la puerta de Xerea como un soldado más, sin levantar sospechas. Cruza calles y callejuelas hasta introducirse en un granero medio derruido, donde las pocas reservas que los sarracenos guardan ya empiezan a ser inservibles.

El olor a trigo recalentado le golpea la nariz. El individuo coge uno de los candiles que cuelgan de la entrada y se dirige hacia el final del edificio. Allí encuentra unas viejas escaleras que llevan a lo alto de la torre, pero sus peldaños son viejos y están carcomidos, y la estructura entera tiembla con el liviano peso del intruso. El hombre mira hacia arriba y desconfía de aquella precaria construcción que se mantiene con mano temblorosa, y cuyos crujidos amenazan con derrumbarla. La caída sería mortal y el santo no quiere arriesgarse, así que busca otro acceso. Con los nudillos de la mano golpea la pared del fondo hasta que la piedra le devuelve un sonido hueco. Limpia el hollín que se ha acumulado en la pared por culpa de un antiguo incendio, y deja al descubierto una señal en forma de flecha de apunta hacia el techo. De la techumbre cuelga una soga que nace de un azulejo de cerámica, con la imagen en negro de un dragón, y el santo agarra la maroma dispuesto a tirar de ella. Pero se detiene... Si no se fiaba de las escaleras de madera, aún menos lo va a hacer de una cuerda atada en el techo. Vuelve a la piedra donde encontró la señal en forma de flecha y empuja con todas sus fuerzas. La piedra cede unos centímetros, a la vez que el techo comienza a agrietarse. El intruso descarga todo su peso sobre la losa hasta que cede y la piedra cae hacia delante arrastrando al hombre detrás. Instantáneamente, el techo se desprende con gran estrépito, aunque no llega a alcanzar al santo. El intruso se felicita por su astucia y su desconfianza y, al incorporarse, descubre otra flecha en el suelo que combina con la flecha de la lápida. Ambas parecen formar una flecha aún más larga de doble vértice que señala hacia delante, hacia unas sólidas escaleras de piedra que llevan a lo alto de la torre.

Al final de la escalera se abre una amplia estancia donde los murciélagos cuidan de sus crías. Algunos se han aventurado a buscar alimento por los cañaverales que rodean la ciudad, mientras que los más sabios y cautelosos prefieren esperar a que se ponga definitivamente el sol.

El individuo saca al animalillo medio muerto y lo sujeta con una mano. Con la pequeña cruz que presenta un saliente puntiagudo en su pata inferior, se pincha la yema del pulgar y aprieta con suavidad para que mane una gota de sangre, que deja caer dentro de la boca del animal. Espera unos segundos, pero el murciélago no reacciona. El hombre examina su alrededor en busca de una pista que no le sea visible, algo que no haya descubierto a simple vista, y finalmente descubre una tercera flecha de tres vértices dibujada en el suelo con pequeñas piezas de mosaico. Apunta hacia una de las esquinas de la sala cuyo rincón, entre el techo y las paredes, presenta un oscuridad antinatural. Ni la luz de la tarde, ni el candil del hombre, son capaces de mitigar su negrura, y sabe que hacia allí ha de dirigirse. Da un primer paso en esa dirección pero vuelve a sentir el crujido del suelo bajo sus pies. Mira los azulejos del mosaico y, entre las formas del dibujo, se disimula una grieta que discurre de una pared a la otra como una valla invisible que pretende cercar la esquina del techo.

—Creía que no le tenías miedo a la muerte —dice una voz que proviene de la oscuridad.

—Que nazca una y otra vez no significa que no le tenga miedo —dice el hombre—, es muy humano y respetable tenerlo, tú mismo lo dijiste.

—Sin embargo tu reyezuelo cristiano parece no tenerlo. Si no hubiera sido por uno de mis hijos, ahora mismo el muy insensato estaría muerto.

—Podrías haberlo evitado.

—Claro que podría haberlo evitado —se enorgullece la voz—, pero mis hijos son capaces de tomar sus propias decisiones... Sin embargo, no puedo decir lo mismo de las malas ideas que inculca vuestra sangre.

—Fueron ellos los que vinieron a mí —se defiende el hombre—. Yo no les obligué a nada.

—Y a nada puedes obligarles —sentencia autoritaria la voz—. Dime —ruega con suavidad—, ¿a qué has venido?

—A señalarte el acontecimiento. Tus hijos protegen al rey cristiano. Creo que es obvio que quieren que sea su caudillo.

—No corras tanto, santurrón —interrumpe la oscuridad—, unos pocos quieren un nuevo rey porque son jóvenes y les excita la emoción del cambio, pero el resto vemos más conveniente esperar.

—¿Esperar a qué? —dice el hombre—. Mira este lugar —señala la estancia en la que se encuentran—, la antigua residencia de los señores musulmanes convertida en un granero.

—Qué necios sois —ríe la voz—. Los hombres medís la grandeza de un pueblo por la altura de sus torres.

—¿Y cómo la mides tú?

—Por el bien que le han hecho a la tierra.

—A este pueblo ya no le queda grandeza ni bien que ofrecer... Ni siquiera son capaces de mantener sus edificios en pie.

—No te equivoques, San Al Jadir —advierte la voz—, este edificio no lo quemaron los moros, sino tus cristianos.

—¿Por qué dices «mis cristianos»? —pregunta molesto el hombre—. Sabes que no soy ni cristiano ni musulmán. Soy la voluntad de Dios, y Dios está repartiendo la tierra para que cada hombre reciba lo que le corresponde.

—¿Y quién es Dios para repartir lo que no es suyo? Da igual que tengáis cruces o medias lunas, porque ambas hieren igual. Ya estoy harto de tanta guerra.

—Yo mismo fui soldado en mi primera vida y sé que la pelea es algo intrínseco a los hombres, pero tú puedes impedir que eso ocurra. Habla con el rey cristiano y que él te convenza de su buen hacer.

—No tenemos nada de qué hablar.

El hombre, molesto por la tozudez de la voz, aprieta la boca enfurecido, dispuesto a soltar algún impropio, pero vuelve a sentir el movimiento del murciélago en sus manos y se le ocurre una idea.

—Si no hablas tú con él —sonríe el hombre ante su inminente victoria—, haré que el cristiano hable contigo.

El santo lanza al animal por la ventana pero, como el murciélago está todavía malherido, no es capaz de levantar el vuelo.

—¿Vas a dejarlo morir otra vez?

VII

El animal desciende a toda velocidad desde lo alto de la torre. Su cuerpo tiembla por la violencia del aire que le golpea y es incapaz de desplegar sus alas. Cuando está a punto de estrellarse contra el suelo, un leve cambio en la dirección del viento lo empuja hacia arriba y sale volando. Aletea con fuerza y cruza las murallas de la ciudad para adentrarse en el campamento cristiano.

El cuartel es numeroso y está formado por más de mil caballeros y sesenta mil infantes, que constituyen una ciudad entera de soldados. Las tiendas se diseminan entre los restos de un antiguo jardín musulmán que perteneció a un palacio ya olvidado.

En un pequeño montículo, situado en el centro del campamento, domina la jaima del monarca que sobresale del resto de tiendas. El murciélago bate con insistencia las alas para alcanzar la guarida del monarca pero, para desgracia de la rata voladora, los cristianos controlan tanto el aire como la tierra, y un cetrero real deja escapar a uno de los halcones del rey. La rapaz persigue al murciélago, que esquivo renqueante las tiendas de los soldados. Su entrenamiento en el laberinto de muros y casas que forman la ciudad de los valientes lo ha vuelto mucho más ágil y rápido que el halcón, el cual, como está más acostumbrado a altos vuelos, no alcanza a la rata voladora, que consigue resguardarse en los cañaverales que rodean la ciudad. Será mejor esperar a la noche.

El halcón se sorprende de la habilidad con la que el animal lo ha esquivado. No ha conocido en su vida ninguna presa que se le escapara. Aquel murciélago debe ser algo excepcional, objeto de su admiración, y el ave regresa al campamento cristiano sobrevolando los puestos de los mercaderes castellanos y aragoneses. Los muy rufianes han levantado pequeños comercios para sacarle su beneficio particular a la guerra. Algunos cuentan con porches y mostradores de madera que dan clase y distinción, mientras otros, los más humildes, ofrecen su mercancía en sábanas blancas extendidas en el suelo.

Especieros de Lérida y Montpellier recetan toda clase de remedios tanto para los soldados sanos como para los enfermos, que están igual de bien

cuidados que en un hospital de Barcelona. Algunos ungüentos son vendidos como milagrosos; otros, que tan solo son efectivos por tratarse de simples calmantes, son placebos de agua y alcohol que simplemente nublan el sentido, y eso es precisamente lo que busca Don Jimeno.

—Mis remedios vienen directamente de los mejores clérigos de Montpellier —vocea el vendedor con deliciosa persuasión—. Aquí encontrará todo lo que necesite: berro para la caída del pelo; azucena y tilo frito para las quemaduras de fuego; corteza de olmo hervida en leche; ajeno y menta para revitalizar a un toro...

—Lo que quiero es tumbar al toro.

—Entonces este brebaje, señor —dice el mercader mostrando un frasquito de líquido transparente—. Contiene todas las hierbas conocidas y por conocer, siendo algunas de ellas de países cuyos nombres no podemos pronunciar.

—¿Puedo fiarme de vos?

—Me ofendéis, caballero. Este medicamento contiene lúpulo, lavanda, melisa, valeriana, manzanilla... Si este licor no os hunde en el más placentero de los sueños, volved mañana y os devolveré el dinero.

—No lo digáis muy alto, mercader. Como pretendáis engañarme, yo mismo desmontaré vuestra tienda a patadas.

Cerca de donde se encuentran los mercaderes, algunos soldados se reúnen a escondidas de los nobles para jugar a los dados.

—No seáis tan duro con él —dice con mofa uno de los jugadores—, tienen que mentir para ganarse cuatro perras —ríe sin maldad.

—Don Artal —reconoce sin mucho entusiasmo el mesnadero—. ¿Así defendéis la retaguardia? Deberíais organizar a vuestros hombres y no apostar con ellos.

—¿Qué tiene de malo divertirse un poco?

—Nada —interviene Don Jimeno—, pero sabéis que el rey ha prohibido el juego y no creo que vuestro padre apruebe vuestro comportamiento. Las trifulcas entre perdedores y tramposos son una vergüenza para los cristianos.

—¿Me estáis llamando tramposo? —pregunta Don Artal con una sonrisa doblemente intencionada, a la que el mesnadero responde con una seriedad impávida—. Vos antes no erais así —dice el caballero—. Os dejabais el sueldo en una noche con tal de que hubiera bebida. Incluso no os importaba perder hasta el casco de vuestra armadura... Por cierto, aún lo conservo.

Don Artal y sus soldados ríen con insolencia, pero Don Jimeno no quiere seguir con la discusión.

El mesnadero finaliza la transacción con el mercader cristiano y descubre, junto a sus frascos, un pequeño espejo circular con el borde exquisitamente adornado.

—¿Cuánto queréis por él? —pregunta el mesnadero.

—12 dineros.

Don Jimeno cuenta las pocas monedas que le han quedado; con ellas no podrá pagar el costoso regalo, y de repente el juego de sus compañeros le resulta más atractivo.

VIII

La doncella mora deja al descubierto la herida en la cabeza del monarca y, con un paño húmedo, le limpia la sangre. La herida no es muy profunda pero sí alargada, y llega a ocupar parte de la ceja derecha. La doncella aplica un poco de alcohol a la manera en que lo hacen los curanderos árabes, y Jaime retiene un leve quejido de dolor en lo más profundo de su garganta. Mira de reojo a la reina, que afortunadamente no se ha enterado de los quejidos de su marido porque está concentrada en calentar la punta de la aguja con la que van a coserle la herida. La mora recoge el utensilio y junta las dos partes de la carne. Don Blasco, que observa la escena desde una esquina de la tienda, entrecierra los ojos para no ver la operación.

—¿No preferís un barbero? —le pregunta el caballero.

—La herida no es muy escandalosa —responde la reina—, y los dedos de Zaida son más delicados.

—¿Algún especiero? —insiste Don Blasco—. Hay buenos médicos en el campamento.

—Lo mismo valdría que se bebiera una botella de vino. Las drogas de esos matasanos avivan pero no curan, y lo único que saben hacer es ver las deposiciones en la orina del enfermo para decirnos lo que ya sabemos. No hace falta que el rey mee para saber que tiene una brecha en la cabeza.

Aunque la doncella mora no es experta en cirugía ni en prácticas medicinales, años de concienzuda educación domestica la han convertido en una virtuosa de la aguja. Viene de una familia de médicos árabes y ha visto el buen hacer de los cirujanos musulmanes, y lejos de achantarse ante tales situaciones, sabe muy bien cómo actuar.

La doncella mora aún no ha dado la primera puntada cuando Don Jimeno aparece en la tienda con el elixir en la mano.

—¡Ya era hora! —dice el monarca, mientras le arrebató el frasquito al mesnadero.

—Mi disculpas, majestad. Me encontré con el hijo de Don Blasco y... — el mesnadero piensa con cautela sus palabras y mira al caballero—... le felicitaba por lo bien que ha defendido el campamento.

—No hace falta que mienta, Don Jimeno —dice Don Blasco, quitándole seriedad al asunto—, sé perfectamente de qué pie cojea mi hijo, pero se agradecen las palabras.

El monarca vuelve a tumbarse en el camastro y la doncella se dispone a coser la herida.

—¡Espera! —interrumpe enérgicamente. Y el rey le pega un trago al elixir del mercader y casi lo deja vacío.

El alcohol del brebaje le golpea con fuerza la cabeza.

—¡¿Veis lo que os decía?! —recrimina la reina a Don Blasco.

El rey se recuesta en el camastro y la doncella mora comienza a coser la herida. El monarca aprieta los labios cada vez que la aguja le atraviesa la carne.

—Un centímetro más abajo y le hubiera atravesado la cabeza —dice Don Jimeno recorriendo la brecha que el proyectil ha dejado en el capelo del monarca—. Suerte que erraron con la segunda saeta.

—No erraron —se adelanta a decir el monarca—, sino que un murciélago interceptó la ballesta.

—¿Un murciélago? —pregunta extrañada la reina.

—Los moros de esta ciudad los utilizan para espantar a los mosquitos de los humedales —apuntilla Don Jimeno—, pero suelen salir al caer la noche.

La doncella empapa un algodón en agua tibia y limpia la sangre que se escapa de la herida.

—¿Conocéis la historia del murciélago de la ciudad? —interviene la mora.

—No. ¿De qué se trata? —pregunta el monarca.

—Dice la leyenda que, mientras el murciélago del rey de la ciudad siga sobrevolando sus casas, esta permanecerá bajo su dominio. —La mora se dispone a seguir cosiendo—. No sé si aquel animalillo pertenecía al rey sarraceno pero, sin duda, la providencia quiso ponerlo delante de vos para salvaros la vida.

—Cierto es que vino de muy lejos —dice Don Jimeno—, de dentro de la ciudad seguramente... Quizás vino para deciros que el reino musulmán toca a su fin.

Tanto las palabras de mesnadero como las de la doncella envalentonan el ánimo del rey.

—No creo en antiguas leyendas, Don Jimeno —dice el monarca—, pero el moro se siente débil y con miedo. Con una de sus torres derruida, y sin la ayuda del Sultán de Túnez ni las provisiones de los reinos del sur, son

vulnerables y mañana temprano atacaremos la ciudad. Decid a mis generales que se preparen para la batalla —se dirige a don Blasco—, pero a todos. No quiero que ninguno se quede en el campamento como guarnición de reserva.

—Señor —interrumpe el lugarteniente templario, que entra exaltado en la tienda—. Hemos recibido noticias de su primo, el conde de Provenza, y pide la presencia de su ejército frente a tropas enemigas de Francia.

—¿Cabalgar hacia la Provenza? ¿Ahora? Intolerable. No pienso levantar el campamento hasta que hayamos conquistado la ciudad. Enviadle 50 caballeros y que resista todo lo que pueda.

—Pero señor, las tropas son numerosas.

—Hasta que la ciudad de los valientes no esté en mis manos, no iré en auxilio de nadie.

—Muy bien, su majestad, así se hará.

—No os marchéis todavía —le dice al lugarteniente templario—, quiero que escuchéis esto: por la mañana, antes de la batalla, los nobles y los obispos se reunirán en consejo general para jurar sobre los santos evangelios. Cuando asaltemos la ciudad, nadie se volverá atrás ni se parará, salvo que reciba un golpe de muerte y, si no ocurre tal cosa, deberán seguir siempre hacia adelante. Quien haga lo contrario será tratado como un desleal. Que esta noche se enciendan muchas hogueras para que el sarraceno crea que nuestro contingente ha aumentado. Eso les hará creer que en cualquier momento podemos atacar. ¿Habéis entendido mis indicaciones?

Don Blasco y el lugarteniente asienten sin mucha convicción y salen de la tienda.

Una vez cosida la herida, el monarca se sienta sobre el camastro y las dos damas le vendan la cabeza. Una le sujeta una gasa de algodón sobre el ojo magullado para que lo mantenga cerrado mientras que la otra le envuelve la cabeza.

—¿Queréis que devuelva el capelo al soldado que os lo prestó? —pregunta Don Jimeno.

—No, dadle uno nuevo.

—Está bien. Llevaré este a la armería para que lo reparen.

—No —se adelanta a contestar la reina—, dejadlo ahí, al lado del yelmo de su armadura. Su presencia nos recordará lo cerca que ha estado de la muerte.

El monarca trata de disimular el desagrado que le producen las palabras de su mujer, pero nadie se atreve a contradecirla. Don Jimeno deja el capelo

magullado que, en contraste con el robusto yelmo de la armadura, parece un ridículo casco.

—Por favor, Don Jimeno —la reina le ofrece a Zaida el paño azulado manchado con la sangre del monarca—, acompañad a Zaida a limpiar el pañuelo. Me gustaría hablar a solas con su majestad.

El caballero acompaña a la doncella fuera de la tienda y los monarcas se quedan a solas, mientras la reina termina de vendar la cabeza de su esposo. Se respira un silencio incómodo que Jaime no se atreve a romper.

—Habéis tenido mucha suerte —dice Violante con un tono severo.

—Ha sido algo más que suerte.

El silencio se vuelve menos espeso y Jaime se envalentona a preguntar:

—¿Sabías que el moro nos tendería una trampa? —pregunta con cierta sospecha.

—Por supuesto que no —responde con total normalidad su mujer—. ¿Me acusáis de algo?

—¿Me enviasteis una fruta como señal de buena suerte para antes de la batalla, cuando sabíais que no pensábamos guerrear?

—No sabía lo que podía ocurrir —se defiende la reina—, pero yo también hablo con Don Blasco de vez en cuando y le pido consejo. Él estuvo exiliado en la ciudad y ha combatido con los moros. Sabe muy bien cómo actúan los sarracenos.

—¿Conspiráis a mis espaldas?

—No digáis tonterías. Don Blasco os guarda un gran aprecio y lo sabéis. No me dijo nada que no os dijera a vos antes, pero desoísteis sus consejos. Yo sabía que, si el moro os incitaba a la pelea, seríais el primero en combatirlo porque está en vuestro temperamento salir a guerrear. Por eso os mandé la fruta como señal de buena suerte y como advertencia para que tuvierais buen criterio, pero ya veo que me equivoqué —dice la reina mientras aprieta con excesivo ímpetu justo en la herida del rey, al cual se le escapa una mínima lágrima de dolor—. Tendría que haberos enviado el yelmo en vez de la fruta, pero confié en que Don Blasco os disuadiría antes de entrar en batalla. —La reina termina el vendaje y se lava las manos en una palangana con agua—. No digo que las palabras de Zaida no sean ciertas —sigue hablando la mujer—, pero en mi tierra el murciélago significa otra cosa y es señal de prudencia, de sosiego, y quizás lo que quiso deciros es que esperéis la llegada de otros soldados que aún están por venir, como las tropas inglesas y las italianas, incluso los caballeros húngaros de mi padre.

—¿Insinuáis que no podría conquistar la ciudad solo con mis hombres?

—Sabéis que algunos no son leales del todo, no como Don Jimeno o Don Blasco, sino que tienen sus propios intereses, y si la ciudad sigue en manos de los sarracenos, otros aragoneses tienen la posibilidad de hacerse con tan preciado botín, y para ellos valéis más muerto que vivo.

—Nuestro linaje siempre ha tenido la divisa de vencer o morir, y mi padre y mi abuelo ansiaron con todas sus fuerzas la ciudad de los valientes. Yo solo he de alargar la mano y cogerla, nadie me va a cortar las alas.

—La valentía no consiste en lanzarse al vacío sin miedo, eso es insensatez, y la insensatez siempre arrastra a la muerte. La valentía es mantenerse firme a pesar de los golpes que recibes. Tal vez el murciélago os haya salvado de los moros, pero ¿habrá otro animal que os salve de los vuestros? —la pregunta queda suspendida en el aire a la espera de una respuesta—. Más nos vale que el emir de esta ciudad tenga muchos murciélagos para salvaros la vida, y que todos estén dispuestos a darla por vos.

De repente aparece un escudero muy alarmado que se asoma por la abertura de la tienda.

—¡Majestad, vuestro caballo se ha escapado!

—¿Y quién lo ha dejado suelto?

—Nadie, mi señor, estaba atado, pero... —el escudero no sabe cómo responder.

—¿A qué esperáis? —grita impaciente el monarca—. ¡Buscadlo!

El escudero se sobresalta ante la agresividad desmedida del rey y sale rápidamente de la tienda para obedecer sus órdenes. El monarca se vuelve a la reina para seguir con la conversación.

—¿Sabéis cómo eligieron mi nombre? —dice el rey mientras toma otro trago del elixir del mercader.

—Desde luego que no...

La reina se acerca al monarca y le arrebató el frasquito de licor.

—Mi madre encendió doce cirios en una iglesia, y a cada uno le puso el nombre de un apóstol. El cirio que más durara sería el que decidiría mi nombre, así que perfectamente podría haberme llamado Pedro, Juan o Judas, pero fue Jaime el cirio que más duró.

—¿Qué queréis decirme? —pregunta la reina mientras deja el frasquito junto al capelo agujereado.

—Que ya es hora de que los demás dejen de conducir mi vida y aún menos mi reino.

IX

Don Jimeno y la doncella mora se aventuran entre los barracones que el ejército cristiano ha construido para los soldados. Antes de que la mora pueda abandonar el campamento, el caballero la agarra con lujuria y la arrincona contra una de las paredes. El campamento es grande y nadie se fija en ellos. Zaida no se resiste, y Don Jimeno acerca su cara a la de ella sin apartar la mirada de sus grandes ojos esmeralda. El rubor de sus mejillas contrasta con el color pardo de su piel. El mesnadero le rodea la cintura para acercarla, y sus cuerpos están tan íntimamente conectados que es imposible no besarse. La mora siente el calor del caballero sobre sus carnosos labios casi morados, y no puede hacer otra cosa que dejarse besar. Le agrada, pero es demasiado peligroso y, con dulzura, apoya sus manos de seda sobre el pecho de metal para apartar al caballero sin maldad. Don Jimeno deja de besarla, pero no la suelta.

—No hay cristiana ni sarracena que pueda competir con tu belleza.

—¡Callad! —obliga la doncella—. ¡Van a oíros!

—No me importa —replica Don Jimeno mientras se acerca a besarla—. Que hablen las paredes si quieren, que nada malo dirán de nosotros.

—Sabéis que no soy digna de vos —dice ella mientras se aparta—. Un noble caballero no puede juntarse con una simple doncella. Nos separan demasiadas cosas.

—Y sin embargo servimos al mismo señor...

—Vos sois dueño de un castillo, yo no tengo dote con que resarciros.

—Ojalá tuviera un castillo con que agasajarte, pero mi única posesión es una torre y unos cuantos hombres, y lo daría todo con tal de recibir un beso tuyo en mi lecho de muerte. No quiero más dote que tus labios.

—Nuestro amor sería visto como una vergüenza.

—Lo que es una vergüenza es que hables así de nosotros. Me han tachado de licencioso y aventurero, y puede que tengan razón, pero por primera vez en mi vida tengo claro lo que quiero.

—Soy una infiel y ningún cristiano aprobaría con buenos ojos nuestro romance. Ni siquiera el propio Dios lo haría, y ahora necesitamos más que nunca su favor.

—¿Crees que alguno de los que están aquí lucha en nombre de Dios?

—Nuestro rey sí, y a él he de rendirle obediencia.

Don Jimeno no dice nada ante las palabras de Zaida, pero le vence un impulso frustrado de lujuria y la agarra con violencia por los brazos. Acerca su rostro para hablarle con los dientes apretados, y ella siente la respiración acelerada del caballero.

—Por lo que dices, bien podría forzarte aquí mismo y a nadie le importaría...

La mujer no se defiende, pero le planta cara al caballero mirándole fijamente a los ojos:

—Tenéis razón —dice tensa—, nadie os retaría a duelo para limpiar mi honra...

—Te equivocas —interrumpe el caballero—. Yo mismo me retaría si pudiera. Me castigaría por mis actos y acabaría con aquel que osara ponerte la mano encima.

El viento tiñe la tarde con un olor agridulce.

—¿Hueles...? —pregunta el caballero—. La amargura de los limones no te deja oler la dulzura de los naranjos y, sin embargo, están todos plantados en el mismo jardín.

La tensión entre la pareja se relaja y el caballero la suelta para cogerle con ternura la mano. Le besa el dorso en señal de señorío. Le da la vuelta y le besa la palma en señal de amor.

—Yo sé lo que quiero y cómo lo quiero, pero a ti te puede más el miedo que te han inculcado. —El caballero extrae el pequeño espejo circular que le compró al mercader cristiano y se lo ofrece a la doncella—. Es para que veas la belleza y la hermosura que los demás vemos en ti.

El espejo le devuelve a Zaida una mirada que no es capaz de soportar.

—No todos ven lo mismo —dice, y le devuelve el presente. La mora se escabulle de los brazos del caballero y se acerca, cabizbaja y pensativa, a la acequia más cercana, donde se arrodilla frente al agua y sumerge la tela ensangrentada.

Sus temores le invaden la cabeza: «¿Yo, con un caballero? ¿Una mora a la que todos los cristianos miran por encima del hombro? Una sirviente, una vasalla...». El agua se ve enturbiada por la sangre del pañuelo. «Pero... ¿Por qué no? Podría ser, ¿quién me lo impide...?». Rápidamente la doncella se contesta a sí misma y se dice que «no», que «por supuesto que no puede ser, serían el hazmerreír de todos los caballeros» y aleja las falsas ilusiones de su cabeza.

Un crujido entre las cañas saca a la muchacha de sus cavilaciones. Una sombra fugaz se escurre entre las plantas, pero no ha llegado a discernir qué es cuando, de repente, a sus espaldas siente una extraña presencia que se acerca con gran velocidad. Se gira y se encuentra de lleno con el portentoso caballo del rey, que relincha y levanta las dos patas delanteras. La doncella se asusta y deja caer el pañuelo, que se aleja con el agua de la acequia. Zaida sigue arrodillada y la altura del animal le parece monstruosa, amenazadora, y se siente vulnerable ante las fuertes pezuñas del equino.

Don Jimeno ha visto cómo el animal se desbocaba y corre en auxilio de la doncella, pero el percherón cocea el aire e impide que nadie se acerque por detrás.

—No te muevas —advierde el caballero—. Está asustado pero, si tú no te asustas, él no te atacará... Acércate despacio y háblale con dulzura.

La muchacha se acerca con pasos cortos, pero el caballo agita la cabeza y relincha excitado.

—Cúbrete la cara y que vea que no eres una amenaza. No le mires fijamente a los ojos.

La mora se tapa la cara con la mano y trata de acercarse. El animal, más confiado, reconoce el olor de la doncella.

—Acarícialo el cuello con suavidad, con presencia, que note que estás aquí para protegerlo.

Zaida pasa la mano sobre la dureza de sus músculos y el caballo comienza a relajarse.

—Muéstrale la palma —insiste el caballero mientras se va acercando poco a poco—. Dile que no le vas a hacer daño —la mora acaricia la frente plana y dura del animal, acompañando la acción con palabras dulces y suaves—, descubre qué es lo que le asusta.

El caballo mira y dirige las orejas hacia el cañaveral, pero la mora no ve ninguna amenaza.

—Es el caballo del rey —dice Don Jimeno—. Es joven y está asustado. Todavía no se ha acostumbrado a la guerra. Será mejor que lo devuelva al campamento.

El caballero se acerca al animal y lo coge por las riendas para alejarse en silencio.

La doncella agacha apenada la mirada y descubre el espejo que el caballero quería regalarle. Debió caérsele cuando fue a socorrer a la mora y el cristal se ha partido por la mitad. Zaida recoge el presente y vuelve al campamento.

X

Don Jimeno llega a la tienda del monarca y ata el animal a un poste de madera. Le palmea con cariño el lomo, para que se sienta tranquilo y seguro, y el rey sale a recibirlo.

—¡Majestad! —dice don Jimeno, alarmado—. Estáis malherido, deberíais descansar.

—Por descansar se pierden muchas ventajas, Don Jimeno —dice el rey mientras aprieta con ternura las orejas del caballo—, estoy bien, no os preocupéis. —El rey examina las riendas que atan al animal—. ¡Qué extraño! —se dice—, las cuerdas no han sido cortadas ni roídas...

—Quizás se soltó él solo —observa el mesnadero.

—O quizás no le hicieron un buen nudo —se queja el monarca por la incompetencia de sus escuderos—. ¿Dónde lo encontrasteis?

—Cerca de los cañaverales. Creo que le asustan los animales que se esconden entre los juncos.

Un griterío cercano hace que el caballo relinche y se agite nervioso.

—A lo mejor es otro tipo de animal el que le asusta. ¿Qué ocurre allí? —pregunta el rey.

—No lo sé, mi señor, acerquémonos.

Un grupo de soldados mira a lo alto de una jaima mientras hablan y ríen entre ellos. Cuando aparece el rey, todos callan súbitamente e hincan la rodilla en el suelo. En el centro del grupo hay un joven soldado, que todavía no se ha percatado de la aparición del monarca y trata de alcanzar lo alto de la tienda estirando el brazo y poniéndose de puntillas. Blande una espada corta para incrementar su altura, a la vez que da pequeños y ridículos saltitos.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunta el monarca.

El soldado se arrodilla rápidamente al oír la voz del rey, pero este le ordena levantarse.

—¡No me gusta hablar con el cogote de la gente!

El soldado y el resto de compañeros se incorporan.

—Intentaba quitar un nido de mi tienda —dice el soldado señalando a lo alto de la tela.

El monarca descubre un gurrño de tierra seca donde asoman dos picos hambrientos.

—Es un nido de gorrión —dice el monarca—, habrás espantado a la madre.

—Así es, señor. Trataba de deshacerme de las crías.

—No lo hagas —sentencia el rey para sorpresa de todos—. Es un honor que un ser inferior te confíe su protección, porque significa que eres un hombre calmado y de buen corazón.

—Pero majestad, tienen hambre y no dejan de piar.

—Haz lo que haría su madre.

—¿El qué?

—Darles de comer.

—¿Cómo? —pregunta extrañado el soldado.

—No lo sé, pero las aves no amamantan, ¿verdad? Toda una suerte para los pajarillos.

Los soldados ríen ante el comentario del rey.

—Además —dice el monarca mientras se aleja—, con una lanza ya te habrías deshecho de los polluelos y no lo has hecho. No creo que seas tan estúpido... ¿o sí?

Los soldados ríen aún más si cabe, pero el soldado, lejos de achantarse por las burlas de sus compañeros, corre en busca de algo de comida para calmar los estómagos de sus polluelos.

XI

Zaida regresa al campamento cristiano por donde los soldados aragoneses juegan a los dados. Se cubre la cabeza para no ser descubierta, pero no puede evitar las miradas de sospecha de los mercaderes castellanos, que la miran con recelo. La doncella esconde el espejo que Don Jimeno le regaló bajo la manga de su vestido y camina deprisa hacia la tienda de la reina.

—¿Qué escondéis ahí? —le intercepta el mercader que le vendió el espejo al caballero aragonés.

—Nada que os incumba —defiende la doncella.

La insolencia de la muchacha enfurece al especiero, que la coge del brazo y le sube la manga con violencia.

—¡Este espejo no es tuyo!

Los curiosos se arremolinan alrededor de la pareja para saber qué ocurre y se forma un pequeño tumulto por el que cruza Don Artal para poner orden.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunta molesto.

—Un ladrona, mi señor.

Don Artal descubre la cabeza de Zaida y, para sorpresa de todos, es mora.

—¡Una sarracena! —grita alguien entre el gentío.

—¡Una espía de la ciudad!

—¡Avisad al rey!

Zaida trata de zafarse mientras el tumulto la acosa. Don Artal aparta a los exaltados para agarrarla con fuerza.

—La llevaremos ante el rey —dice para calmar a la muchedumbre—, pero antes la castigaremos como es debido.

El caballero la fuerza a ponerse de rodillas y uno de sus soldados le estira los brazos. Zaida trata de deshacerse de sus agresores, pero no puede hacer nada contra la fuerza de los cristianos.

Don Artal levanta la espada para cortarle las manos.

—Bajad esa espada ahora mismo —ordena la reina.

La soberana ha llegado escoltada por dos soldados montados a caballo y la altura de la dama sobre el corcel sobrecoge a los asistentes. Estos enmudecen y rápidamente se arrodillan.

—Si le tocáis un solo pelo, yo misma me encargaré de cortaros las manos.

Don Artal no duda en bajar el arma, aunque lo hace de manera lenta y pausada, a la vez que ordena a sus soldados que dejen libre a la doncella mora. Zaida se resguarda junto a los soldados de la reina.

—¿Alguien puede decirme de qué se le acusa?

—Ha robado un espejo —dice Don Artal.

—¿Habéis visto cómo lo hacía?

El caballero tarda en responder porque no se esperaba esa pregunta por parte de la reina, aunque finalmente se ve obligado a negar con la cabeza.

—Si me permitís, señora —se adelanta a decir el especiero con exagerada humildad—. Hace apenas una hora que yo mismo le vendí ese espejo a un caballero, y no hay duda de que la sarracena le ha atacado y se lo ha robado.

—¿Creéis que una doncella como ella podría vencer a un soldado cristiano? —dice incrédula la reina—. Hace un momento le ibais a cortar las manos y no podía defenderse.

—No, mi señora, por supuesto que no, pero las mujeres se valen de muchos ardides para engañar a los hombres.

—¿La estáis acusando de ser mujer?

El especiero se da cuenta del error que ha cometido al apelar a la feminidad de la acusada frente a una mujer como la reina que les está juzgando.

—También la podéis juzgar de sarracena —reitera la soberana—, pero ella no pudo elegir dónde nacer, y mayor delito que nacer donde uno no quiere, es que los hombres se engañen los unos a los otros para lucrarse sin escrúpulos.

Los presentes no saben exactamente a qué se refiere la reina, pero todo el que anda cerca es soldado o mercader, por lo que todos saben que, en algún momento de sus vidas, han realizado algún negocio poco honesto.

—¿Alguno vendéis este brebaje? —pregunta la reina, levantando el frasquito de alcohol que le ha robado al rey.

El especiero levanta tímidamente la cabeza y asiente.

—Así que, además de vender mercancía defectuosa —señala el espejo roto—, engañáis a vuestros clientes con elixires milagrosos. En este momento no sé si juzgaros a vos o a la doncella, o a Don Artal, por haberse tomado la justicia por su cuenta.

Los hombres agachan la cabeza como niños a los que regañan.

—Lo mejor es preguntar a la acusada, ¿no creéis...? ¿Es vuestro este espejo, Zaida?

Al decir el nombre de la mora, todos los atacantes se ponen en alerta. Saben que una mora llamada Zaida sirve en la corte de la soberana, pero ninguno ha sido capaz de identificarla con la supuesta ladrona. Ahora temen el severo castigo de la reina.

—No, nunca acepté tal presente —contesta la doncella—, y con mucho gusto se lo devolveré a su legítimo propietario.

La mora cede el espejo al mercader, que alarga las manos para recibirlo.

—¡Un momento! —detiene la reina—, habéis dicho que ese espejo se lo vendisteis a un caballero, así que no es vuestro. —Las certeras palabras de la reina descolocan al especiero, que retira las manos desconcertado—. No os preocupéis, mercader —dice con toda normalidad—, yo misma lo guardaré hasta que aparezca su legítimo dueño; mientras tanto, podéis seguir vendiendo vuestro fraudulento elixir —la reina le lanza el frasquito, donde queda un poco de líquido transparente—. Aún podéis rellenarlo y vendérselo a algún borracho. Y a vos, Don Artal —el caballero da un respingo y se pone en alerta—, que no vuelva a veros levantar la espada a menos que sea para defenderos de un enemigo.

La reina cruza el campamento con la cabeza bien alta porque ha impartido justicia sabiamente y se siente orgullosa de ello. Se deleita observando el borde del espejo, que presenta dos tiras de metal entrelazadas que enmarcan el cristal circular y, aunque una de ellas ya comienza a ponerse herrumbrosa, la otra tira sigue intacta.

—Es un bonito presente —le dice a Zaida—, el metal es bueno y está exquisitamente forjado.

—Sí, pero está roto.

—¿Y qué? —replica la reina—, aún puedes mirarte.

—Siento haberla puesto en esta situación, no era mi intención, majestad —trata de disculparse la doncella.

—Olvídalo. Tenía ganas de darles una buena reprimenda a ese hatajo de sinvergüenzas. —La reina le devuelve el espejo a la mora—. Eso sí —apuntilla—, dile a tu pretendiente que no te regale cosas rotas —la mora contiene la risa—. ¡Es tan poco apropiado!

XII

Desde las propias almenas los sarracenos ven como la torre de Boatella ha quedado reducida a cenizas. Todo el que hubiera dentro de ella ha sido consumido por la llamas. No vale la pena dejar la protección de la ciudad para encontrar cadáveres calcinados, pero no todo está muerto bajo las piedras y, apenas sin hacer ruido, unos cascotes se desprenden de un montón de escombros y dejan al descubierto el cuerpo del hijo menor de Al Yusef. El joven tose enérgicamente para expulsar el polvo que ha inhalado durante la caída, y se siente dolorido, magullado, pero está vivo, aunque su arco se ha partido por la mitad. Oye un débil lamento que proviene del fondo de la estancia y, bajo una gran viga de madera, descubre el cuerpo maltrecho de su padre que lucha por sobrevivir. El joven se afana en liberarlo, pero los escombros pesan demasiado y no puede moverlos. El anciano, con lágrimas en los ojos, ve los cuerpos muertos de sus hijos.

—Déjalo estar —dice Al Yusef—, he llevado a mi familia a la muerte, no merezco seguir viviendo, pero tú has salvado su honor y deberás vivir con la cabeza bien alta. —El anciano saca la espada de filo negro y se la entrega a su hijo—: Cógela. Ahora es tuya. Se la arrebaté a los cristianos cuando raptaron a tu hermana y, cuando la empuñé por primera vez, se me fue todo el perdón que había en mi alma. La llamé misericordia, pero tú llámala derrota, porque con ella se irán todas tus desdichas.

El joven rodea la mano con la que el anciano sujeta la espada y siente cómo la sangre de su padre se vuelve cada vez más fría. El anciano muere, y el sarraceno deja escapar una lágrima para, a continuación, templar los nervios. Le cierra los ojos a su padre y se cuelga la espada a la cintura. Empuja con todas sus fuerzas los cascotes que engullen a su padre pero no consigue liberarlo. Vuelve a empujar, pero el resultado es el mismo, y se siente cansado, frustrado, sin otra solución que recostarse al lado del cadáver de su padre.

En el silencio de la destrucción se oye un silbido lejano que viene acompañado de unos leves crujidos que se le acercan. Piensa que alguno de sus hermanos ha sobrevivido a la caída y mira a su alrededor, pero el sonido procede de otro lugar, del suelo, y ve cómo una horda de tortugas se acercan a

paso lento pero constante para rodear el cuerpo muerto de su padre. La imagen le resulta extraña pero le sobrecoge. Los reptiles no vienen amenazando sino calmados, por lo que el joven se quita de en medio y observa detenidamente sus acciones. Los animales escalan los escombros y colocan sus caparazones bajo la viga que aprisiona al anciano. Estiran sus patitas todas a la vez y consiguen levantar el madero mientras otras tiran de la ropa del sarraceno muerto hasta sacarlo de debajo de los escombros. Lo colocan con ingenio sobre sus caparazones y lo arrastran fuera de la torre. Se adentran por los campos que circundan la ciudad como una procesión a ras de suelo y el hijo de Al Yusef los sigue a corta distancia.

Los animales llegan a un gran olivo bajo el que se ha cavado un profundo hoyo. El joven reconoce el lugar: son los campos que el rey Zaen les otorgó cuando derrotaron al antiguo emir musulmán. Las tortugas depositan el cadáver y el joven le gira la cabeza para que mire hacia la meca. Los animales comienzan a cubrirlo de tierra con sus torpes patitas y el sarraceno se arrodilla en el suelo para rezar con mucha devoción. Primero le da las gracias a Alá por haberle salvado la vida; luego le ruega a la divinidad que acoja a sus hermanos y a su padre en su reino celestial y, por último, clama justicia.

—¡Era un buen hombre! —dice de repente una voz que surge tras el árbol.

Ante la misteriosa aparición el joven sale de su duelo y se gira rápidamente.

—¿Quién sois? —dice, empuñando la espada—. Mostraos a la luz.

El hombre se adelanta unos pasos y se deja ver a la luz de la luna. Es el santo que viste túnica verde y cruz de San Jorge bordada en el pecho.

—Como veis, no voy armado —dice levantando los brazos—, soy un viejo amigo de vuestro padre y me gustaría despedirme de él.

—Mi padre no tenía amigos de vuestra edad. Era muy anciano.

—No os engañéis, muchacho, soy más viejo de lo que parece, pero la amistad no entiende de edades.

—No tenía ningún amigo cristiano —insiste el sarraceno—, aunque vos... —dice con duda.

—Hace mucho tiempo que dejé de ser cristiano... Ahora sirvo al único y verdadero Dios.

—¡Que por tu bien espero que sea Alá!

—Él no tiene nombre, pero lo llamaré Alá si así te sientes más tranquilo. Sus misteriosas palabras confunden al sarraceno.

—¿De dónde sois? —pregunta el joven.

—De la tierra de los dos mares, de Capadocia, de Grecia, de Francia... vengo de muchos sitios.

—¿Y de qué conocíais a mi padre?

—Fue él quien me mató.

La sorpresa del sarraceno hace que dé un paso hacia atrás, y el individuo aprovecha para bajar los brazos y arrodillarse frente a la tumba de su amigo.

—No te asustes... He muerto y he renacido infinidad de veces. Tu padre me mató en una vida anterior, cuando acompañaba a los hombres de Alfonso II en una escaramuza contra la ciudad. Tu padre era un joven de veinte años y yo un anciano de cincuenta. El maldito estaba tan asustado que no dejaba de temblar. Tu padre tenía la misma puntería que tú, y acertó de lleno para matarme.

—¿Eres un fantasma? —pregunta de repente el sarraceno.

—¡Por supuesto que no! —exclama ofendido el hombre—. Estoy aquí y ahora, contigo, y he venido para advertirte de que tu padre era un hombre muy tozudo. Le dije una y mil veces que se olvidara de la estratagema de la torre porque de nada le iba a servir, y ahora es una pena que tengamos que lamentar su muerte, pero con él deben terminar sus ansias de venganza. Es algo que pertenece al pasado y tú no debes cargar con ello. Vengo a disuadirte de matar al rey cristiano, porque ello no te devolverá ni a tu padre ni a tu hermana, y no recuperarás la honra que tu padre decía haber perdido.

—El rey cristiano ha muerto. Yo mismo lo abatí con una saeta —dice con total convicción el sarraceno.

Ante el desconocimiento del muchacho, el hombre se plantea si decirle la verdad o no.

—Si el rey no hubiera muerto, ¿qué harías?

—Terminar lo que mi padre empezó. Me dijo antes de morir que, sin gloria, no hay descanso tras la muerte.

—Eso no es cierto.

—Pero mi padre lo creía.

—No me agrada tener que decirte la verdad pero no quiero convencerte con un engaño. El rey cristiano no ha muerto.

El joven recibe las palabras del santo como un puñal clavado en el pecho. Antes de que pueda decir nada, el santo se adelanta y sigue hablando:

—Déjame que te cuente una historia. Cuando los musulmanes quisieron hacerse con la ciudad de los valientes por primera vez, el general moro Tariq mandó a un emisario para parlamentar con el rey visigodo Agrescio. El mensajero fue recibido con una flecha lanzada desde las murallas y el hecho

ofendió tanto al general sarraceno que emprendió un ataque violento y sanguinario contra la ciudad, a pesar de la fuerte defensa de los asediados. La breve contienda se saldó con numerosas víctimas por ambos bandos y entre ellas se encontraban muchos amigos y conocidos del general... Imagínate si los visigodos hubieran llegado a herir al mensajero, o a matarlo, imagínate lo violenta que hubiera sido la respuesta. Pero esta confrontación no sirvió para nada. La ciudad resistió y tan solo se rindió cuando se quedó sin alimentos, y los visigodos se entregaron pacíficamente y sin condiciones. Si el general moro hubiera sido un poco más paciente y no hubiera actuado tan «en caliente», no tendría que haber lamentado la muerte de nadie.

—Mi padre decía que descendíamos directamente del General Tariq, pero nunca me contó esa historia. —El relato conmueve al muchacho, pero el hombre ve en sus ojos otro tipo de convencimiento, uno que desea con arraigo la venganza—. No permitiré que la muerte de mi padre haya sido en vano.

—Está bien —se convence el santo—, si lo vas a hacer, te ayudaré. Más vale que muera un solo hombre que no cientos. El arma ya la tienes.

El joven levanta la espada, cuya hoja negra reluce con un brillo siniestro a la luz de la luna.

—¿Qué mejor arma para matar al rey cristiano que su propia espada? Pero tú solo no podrás. Acércate a la alquería de Mahabit y allí encontrarás una casa de dos pisos. En el segundo nivel te recibirán dos mujeres que custodian un algarrobo y que son la hija y la mujer del régulo Edecón. Protegen el recuerdo del pueblo edetano bajo la forma de ese árbol. Diles que vas de mi parte y ellas te darán hombres. Diles que conoces a San Al Jadir, el mata-dragones verde, y te darán todo lo que necesitas. Pero escucha: cuando lleguéis al campamento cristiano, escondeos entre los árboles y esperad a que el último murciélago alce el vuelo.

—No os entiendo.

—Lo entenderás. Si atacáis antes o después de que el animal salga volando, vuestra empresa fracasará.

El santo se despide de él agachando la cabeza y el joven hace lo propio con un saludo musulmán. El sarraceno se pone en marcha hacia la alquería de Mahabit y las tortugas terminan de enterrar el cuerpo de su padre.

San Al Jadir agita una de las ramas del olivo para que el árbol lllore aceitunas verdes. Los frutos caen como lágrimas perladas sobre la tumba de su amigo. Esta es la manera en que la tierra se despide de un hombre que veló por la grandeza de su pueblo y cuyo único pecado fue desear la venganza.

XIII

Cae la noche y el campamento duerme.

La luna baña con su luz de plata los escudos y las armas. Las bestias yacen tranquilas en sus rediles mientras sueñan con extensas praderas de hierba; y el rey, que no consigue conciliar el sueño, da vueltas y vueltas en su camastro. El brebaje del especiero le calmó durante la operación, pero sus efectos pasaron rápidamente.

Le preocupan las palabras de su mujer porque puede que tenga razón, puede que la próxima vez no haya un animal para salvarle, pero las cavilaciones del monarca se ven interrumpidas por un aleteo furtivo que entra y sale rápido de la tienda. El rey se incorpora con presteza pero no consigue descubrir al intruso. Otea la estancia. Todo sigue en calma. Y se levanta para darle un último trago al elixir de agua y alcohol que el mercader anunciaba como milagroso, pero el frasco no aparece por ningún sitio. Recuerda que la reina lo dejó junto a su yelmo, pero ni el casco ni el frasco están, y el monarca sale enfurecido de la tienda.

—¡Juro a Dios que quien haya robado mi yelmo no vivirá para contarlo! —grita a la oscuridad, pero la respuesta a su injuria es el simple canto de los grillos.

El campamento parece muerto en vez de dormido. El único animal que permanece despierto es el caballo del rey. El animal sigue ligado al poste de madera pero el halcón que pretendía cazar al murciélago desata al percherón con su pico. El equino se acerca al monarca para recibir sus caricias. El caballo cabecea una y otra vez excitado hasta que el rey se percata de la intención del animal. Le está señalando hacia arriba, hacia lo alto de la tienda, donde su reluciente casco corona el vértice puntiagudo de la jaima. Encima de él hay un murciélago que bate frenético las alas y que trata de llevarse el yelmo volando, pero el casco le pesa demasiado y el halcón le ayuda a levantar el vuelo.

Cuando la rata voladora se alinea entre el monarca y la luna, según el punto de vista del rey, el animal cruza el astro circular y deja que la luz de la luna lo empape y lo convierta en metal. Con esa nueva naturaleza adquirida,

el murciélago sostiene con mayor facilidad el casco y corta el aire con unas finas alas de acero.

El rey monta su caballo y cabalga tras el murciélago. El monarca puede seguirlo fácilmente porque el animal brilla por la luz de la luna al incidir sobre su cuerpo de metal. El animal se posa sobre la copa de una higuera y espera a que el rey baje de su montura. Jaime escala el árbol con sumo cuidado para no espantar al animal pero, cuando está a punto de saltar sobre él, el murciélago es más rápido y se escapa volando. El monarca resbala y cae del árbol. Una de las ramas de la higuera se enrolla alrededor de su tobillo y lo sostiene en el aire antes de alcanzar el suelo. El rey no sabe si maldecir su suerte o darle gracias al árbol, pero antes de que pueda decidirse, el relincho del caballo lo avisa de un peligro mayor. El monarca mira hacia las murallas de la ciudad y ve unas luces verdosas que atraviesan la barbacana. No sabe lo que son pero, a medida que se acercan a él, consigue distinguir las figuras translúcidas de hombres y mujeres que murieron. La mayoría son antiguos soldados romanos que van vestidos con ropajes militares. Muestran caras tristes y lánguidas por las batallas que vivieron y perdieron. Miles de espectros salen de las murallas en todas direcciones con los cuerpos mutilados y quemados, las piernas y los brazos aserrados, estocadas en el pecho y en la espalda, las caras deformadas y llenas de heridas abiertas, cráneos aplastados y ojos mutilados. No todos son romanos, llega a vislumbrar el monarca, algunos presentan trajes propios de las tribus bárbaras del norte e incluso algunos son moros y cristianos. El caballo huye corriendo y deja a su amo colgado del árbol pero, gracias a la distancia que lo separa del suelo, los espíritus no se percatan de su presencia y pasan de largo; todos menos uno, uno que se sorprende de ver al monarca vivo y levanta su traslucido brazo para introducirlo en la cabeza del rey. El árbol se percata de la intención del fantasma y tensa sus ramas para alzar al monarca.

—¡Deberíais estar muerto! —grita enfurecido el espectro de Al Yusef—. ¡Mi hijo os mató!

—Si osáis hacerme daño, sabed que Dios os castigará —dice el rey.

—¿Castigar? No hay mayor castigo que el que te arrebaten a una hija de las manos. ¿Fue vuestro Dios quien os dijo que os la llevarais?

—Me confundís con otra persona, fantasma. Yo soy el rey de Aragón, de Mallorca, conde de Barcelona y señor de Montpellier, nunca entablé lance alguno con vos, ni me llevé a vuestra hija.

—Habéis matado a tantos moros que ya ni os acordáis de mí. Fue justo aquí, bajo esta misma higuera. Mientras yo recogía frutos con mi hija, vos

aparecisteis con una cuadrilla de seis hombres...

—¡Os equivocáis, espectro!

—Si tanto os empeñáis en olvidar, yo mismo me encargaré de que recordéis. —El espectro se acerca a la higuera y coloca su mano sobre el tronco liso y frío del árbol—. Soy Al Yusef, médico real de la corte, hechicero de la torre de Ali Bufat. Yo te planté y yo te di tu poder. Te ordeno que bajes al hombre que retienes. —El moro espera, pero el árbol no obedece, así que insiste con mayor ímpetu—: Soy Al Yusef, médico real de la corte, hechicero de la torre de Ali Bufat, sanador de la orden de Esculapio. Yo te planté y te di tu poder, solo yo decido quien puede bajar de tus ramas y te ordeno que dejes a este hombre. —El árbol sigue sin obedecer y el moro vuelve a insistir—: Soy Al Yusef, médico real de la corte...

—Ya no eres quien dices ser —se adelanta a interrumpir el árbol—. Estás muerto, y ahora obedezco los designios del señor de esta tierra, cuyo poder es mayor que el de cualquier brujo humano. Este hombre no pretendía robar mi fruto y no lo retengo por ser un ladrón, sino para protegerlo de los espíritus que abandonan la ciudad. No tienes ningún derecho sobre él.

El moro no puede creer las palabras del árbol. No quiere creerlas. Intenta golpearlo encarecidamente y pretende escalar su tronco, pero su condición de fantasma lo traiciona y, al ser incorpóreo, atraviesa la higuera sin llegar a subir por ella. Se arrodilla frente al árbol e intenta llorar, pero no llora porque los fantasmas no tienen lágrimas con qué hacerlo. Su hondo pesar se deja ver en la triste energía que desprende y ablanda el ánimo del monarca.

—Bájame —dice el rey, para sorpresa del árbol—. Si solo quiere hacerme recordar, no podrá hacerme mucho daño. No me arrepiento de nada ni tengo nada que esconder, pues no soy el culpable de su desdicha.

—Tu propuesta choca con la orden de mi señor —dice el árbol, pensativo—, pero si eres tú el que quiere exponerse al peligro, no seré yo quien te lo impida. Como muy bien ha dicho el moro, fue él quien me plantó y me dio mi poder, y aún le guardo un cierto respeto. Pero para que quede claro: te bajo porque tú mismo me lo has pedido, y de testigos están la luna y la noche.

—Creo que seré capaz de soportar un simple recuerdo —dice el aragonés—. Bájame ya.

La rama que agarra al monarca desciende hasta la altura del moro y este agradece la valentía del rey. Introduce su mano incorpórea por la sien del monarca y Jaime siente un leve dolor que le hace cerrar su único ojo, porque el otro lo tiene tapado. El moro escarba entre los recovecos de su cerebro para

encontrar aquel recuerdo que hable del rapto de su hija, pero el recuerdo no está por ninguna parte.

—¿Os convencéis ya? —dice el rey—. Vuestra magia no es rival para la fe de los cristianos. Nunca rapté a vuestra hija ni tengo recuerdos que lo confirmen.

—Eso ya lo veremos —dice el espectro, que no acepta la derrota—, os dije que recordaríais, y recordaréis.

El espectro extrae de su propia cabeza el recuerdo de su hija y lo introduce en la mente del rey. El monarca trata de contener el dolor, pero le es imposible y lanza un grito de tormento que desgarrar la noche.

XIV

El hijo menor de Al Yusef se dirige hacia la alquería de Mahabit cuando el viento le trae un grito escalofriante. Se gira, busca su origen y ve cómo a lo lejos, en la muralla de la ciudad, unas luces verdosas la atraviesan. Al principio son un siniestro fulgor que se mueve lentamente pero, a medida que se acercan, y cada vez lo hacen más rápido, el joven llega a distinguir las caras y los cuerpos deformados de los espectros que la forman. Planta los pies en el suelo y empuña la espada de su padre.

—Con eso no cortarás ni el aire —dice un hombre que aparece tras el joven.

El extraño personaje tiene el cuerpo medio enterrado en el suelo y su carne muestra una mezcla entre costra negra y piel roja. El sarraceno deduce que un fuego lo abrasó.

—No le tengo miedo a la muerte —dice el joven.

—Ni ellos tampoco, ¿no ves que ya están muertos? —El medio hombre avanza por la tierra enterrado de cintura hacia abajo, como si lo hiciera a través de un fluido—. Y si dices que no le tienes miedo a la muerte, es que eres realmente estúpido, así que ten cierta cordura y sígueme —el medio hombre se sumerge por completo bajo tierra y el sarraceno ve cómo avanza por la tierra removida que deja su cabeza. El joven duda pero, cuando los espectros andan ya demasiado cerca, sale corriendo. Mira hacia atrás porque lo están alcanzando pero, de repente, no puede avanzar más, porque se encuentra de lleno con el río Guadalaviar. Con las piernas y las manos temblorosas, los espera con el arma por delante y, cuando los tiene ya al alcance, lanza una estocada al aire que atraviesa a los fantasmas sin mayor consecuencia. La mano del medio hombre surge desde la tierra y lo agarra por la pierna. Tira de él hasta que cae sin remedio al interior del río seco y, por suerte, el hilo de agua de su lecho no lo ahogará, pero el barro de su ladera lo envuelve en cada traspies. Los espectros miran al muchacho desde lo alto de la orilla.

—Tienen miedo del río —le dice el medio hombre, ante la mirada incrédula del joven—: este es un riachuelo con muy mala leche y enseguida pierde la paciencia. Los fantasmas no se atreverán a bajar.

—¿Qué quieren de mí?

—No lo sé. Pregúntales, aunque dudo que te contesten. Sus cuerpos han quedado tan destrozados que no son capaces de comunicarse.

El joven examina las extremidades retorcidas que asoman por debajo de las túnicas de los fantasmas. Tienen las caras aplastadas y las mandíbulas ladeadas. Las gotas de sangre de sus rostros son simples manchas de luz verdosa.

—Los reconozco —dice asombrado—, ¡son mis hermanos!

—¡Jum! —ríe el medio hombre—. Por muy lejos que uno corra, los fantasmas siempre te alcanzan, ¿verdad?

—Diles que se marchen.

—¿Yo? Eres tú quien los ha traído. Solo tú puedes hacer que se vayan.

—¿Cómo?

—Déjalos marchar.

—¡Fuera! ¡Marchaos! —grita el joven, a la vez que desvía la mirada. No puede soportar la visión de tanta fealdad.

—¡Cómo van a marcharse si no han muerto con dignidad! —azuja el medio hombre—. Han muerto sin ningún motivo, y por ninguna razón. Para que entren en el reino de los cielos, tienes que vengar sus muertes.

—Na... na... da... —comienza a articular uno de los fantasmas—. Na, na, da nof defol... —sigue diciendo otro espectro—, na, na, da nof defol-verá la fi-da —terminan por sentenciar todos juntos.

El joven trata de descifrar las palabras de sus hermanos muertos y cree comprenderlas.

—Tienen razón... —dice, agachando la cabeza—. Aunque mate al rey cristiano, ellos seguirán muertos, ¿verdad? Nada les devolverá la vida, ni el honor a mi familia.

—Con esta espada seguro que no —se mofa el medio hombre—, con ella no cortarás ni el agua.

El joven cae en la cuenta de que no tiene el arma. Debió perderla cuando cayó por el terraplén y la descubre en las manos del medio hombre.

—¡Devuélvemela! —ordena enérgicamente—. ¡Esa espada es mía!

—No es verdad, tú no te la has ganado. Era de tu padre, y antes que a él perteneció al rey cristiano, lo que convierte a tu padre en un ladrón de espadas.

—Mi padre no fue ningún ladrón.

—¿Qué más te da? Está muerto y nadie puede decir lo contrario. Las crónicas futuras lo recordarán como un ladrón de espadas y tú serás el hijo del

ladrón.

—Eso es mentira. Yo soy el hijo de Al Yusef...

—... médico real de la corte —interrumpe el hombrecillo—. ¿Es necesario que digas el apodo y el oficio de tu padre para que te conozcan? ¿Aún no te has ganado un nombre propio?

El joven vive un momento de lucidez y deja de lado su enfado. El medio hombre parece conocer el oficio de su padre sin que él haya dicho nada.

—¿Quién eres? —pregunta con cierto interés.

—¿Yo? —ríe con ironía—. Un humilde sirviente al que un cristiano enterró de cintura para abajo. —El joven no sabe qué decir ante las terribles palabras del medio hombre—. ¿Quieres matar al rey de Aragón? —continúa—. Bien. Pero primero tendrás que afilar esta espada, porque está roma y ha perdido todo su poder.

—Servirá para ensartarlo —dice el joven mientras se acerca al medio hombre.

—Tampoco —contesta y, con un movimiento rápido, le clava la espada en el pecho. El sarraceno se queda paralizado, aunque no le duele. Le impresiona y se le entrecorta la respiración, y por un instante, se le cruzan mil imágenes de guerras. El medio hombre extrae lentamente la espada del pecho—. ¿Lo ves? Ya no mata. —El joven comprueba que sigue vivo y no sangra, la espada no le ha provocado ninguna herida y las imágenes que ha visto solo se han producido en su cabeza—. Conozco muy bien esta espada —dice mientras contempla el filo del arma—, ha pasado por muchas manos y ha acumulado mucho poder, pero para que vuelva a funcionar tienes que afilarla. No te servirá cualquier piedra que encuentres, porque una espada excepcional necesita de una piedra excepcional. Acompáñame y te mostraré cómo hacerlo.

—¿Por qué me ayudas? —pregunta el joven.

—Porque el noble que me convirtió en esta masa informe de carne fue dueño de esta misma espada. Ya es hora de que alguien pague por sus pecados.

El medio hombre siente algo extraño en el ambiente. Una suave brisa de levante silba entre las grietas de las cañas y mece los troncos, produciendo un siniestro crujir. Nubes negras de tormenta comienzan a ocultar las estrellas y el medio hombre espera que la lluvia les permita llegar a Mahabit.

XV

Una mañana de aplastante calor, Al Yusef recogía frutos de la higuera plantada fuera de las murallas de la ciudad. La propia sombra del árbol daba frescor suficiente para tolerar la recogida, y el moro, que se servía de una caña larga para recoger los frutos con una suave torsión de muñeca, arrancaba los higos sin dañar el árbol. Su hija Zaida, de doce años, escalaba con agilidad las gruesas ramas más complicadas para conseguir los higos más escondidos.

—Ten cuidado —advirtió su padre—, no vayas a resbalar y caer.

La niña arrancó un fruto maduro y se lo llevó a la boca; apenas lo había masticado, sintió un desagradable sabor que le hizo escupir el higo.

—No están dulces —dijo la niña mientras seguía escupiendo.

—Claro que no —rio Al Yusef—. Este es un árbol mágico. El muy canalla nos hace creer que sus higos son dulces, pero en verdad no lo son.

—¿Y qué sentido tiene eso?

—Son frutos mágicos —dijo con cierto misterio el médico real—, capaces de sanar hasta al hombre más malherido y, quien sea capaz de superar el mal trago de comerlos, recibirá de ellos todos sus beneficios.

Desde lo alto de la higuera la niña divisó a un grupo de siete caballeros que salían de la puerta de Ibn-Sajar. Vestían ropas cristianas y el primero de ellos llevaba una saya de rayas rojas y amarillas.

—¡Padre! —señaló la joven—. ¡Se acercan caballos!

Los jinetes cabalgaban directos hacia donde ellos se encontraban. El sarraceno, esperándose lo peor, no tenía más remedio que proteger a su hija.

—No la dejes bajar —le susurró a la higuera— solo yo decidiré cuando liberarla.

La muchacha intentó bajar del árbol pero las ramas más cercanas la ocultaron entre la frondosidad de las hojas.

—¡Sarraceno! —gritó el cristiano que encabezaba a los jinetes—. ¿Eres tú el médico del rey?

—Así es —respondió con amabilidad Al Yusef—, ¿en qué puedo ayudaros?

—Vengo a cobrar los tributos que se me deben.

Viendo el moro que su amabilidad no iba a disuadir a los cristianos, blandió la caña como si fuera una lanza.

—No os debemos nada, aragonés. Y bien haríais en abandonar nuestras tierras.

—El trato que hice con vuestro emir me da derecho a vuestros bienes. Como rey de Aragón que soy, los tomaré a la fuerza si hace falta.

—A nuestro emir le queda muy poco tiempo en el trono. Desde Onda vienen los partidarios del Rey Lobo para derrocarlo.

—No nos da miedo vuestro nuevo emir —dijo el falso rey, desmontando del caballo—, tenemos derecho de guiada por vuestras tierras, y cogeremos lo que nos plazca.

Con un rápido movimiento de espada, el cristiano cortó la caña del sarraceno por la mitad e hirió al moro en la cara. El falso rey lo amenazó con la espada para que no se levantara y este, cubriéndose la herida con la mano, recorrió con la mirada el filo negro del acero hasta guardar en su memoria hasta el más ínfimo detalle del cristiano.

El recuerdo del sarraceno se diluye entre las manos del espectro, pero aún le da tiempo a recordar la inquietante mancha dorada que marcaba el iris derecho del falso rey.

XVI

El monarca gritaba todavía colgado de la higuera:

—No fui yo quien os atacó, sino mi primo, el conde de Provenza. Fue él el que os engañó y se hizo pasar por mi persona, pero yo no tuve nada que ver.

El fantasma no se convence de las palabras del monarca y pide al árbol que le descubra el ojo derecho, en el que todavía lleva la venda que le puso la reina. La higuera deja al descubierto la herida del monarca, pero esta se ha hinchado tanto que no le permite abrir el ojo.

—Cúrale —ordena el espectro, y el árbol desarrolla unas pequeñas raíces a partir de la rama que sujeta al monarca, que se insertan por la carne del tobillo produciendo un dolor insoportable. El rey no puede hacer nada por evitarlo y siente cómo la savia del árbol viaja por las venas de su pierna. Le atraviesa el cuerpo entero y se aloja en su cabeza para hacer que la hinchazón de la cara remita. El rey ya puede abrir los dos ojos, y el moro se convence de que aquel individuo no fue quien le atacó, porque no presentan ninguna mancha distintiva en el iris.

—Quizás no mataste a mi hija —dice el sarraceno desilusionado—, pero has causado muchas desdichas a los hombres de esta tierra, y espero que tus sueños te lo recuerden cada noche.

—¡Esperad! —lo retiene el monarca—. Vuestra hija no está muerta. Sirve en mi corte como doncella de la reina.

El fantasma sabe que servir en la corte de un rey es una vida muy buena y algo que él nunca le hubiera podido dar a su hija pero, sobre todo, está viva, su hija sigue viva, y eso le llena de una gran alegría que le hace desaparecer.

Sin la presencia del fantasma, el rey siente unos golpecitos cariñosos que lo abordan por detrás. Es el percherón, que ha decidido volver con su amo.

—¿Ahora vienes, cobarde? —recrimina cariñosamente el monarca—. ¡Anda! ¡Acércate y ayúdame a bajar! —pero antes de que el rey pueda agarrarse al lomo del caballo, el árbol lo deja caer sin ningún miramiento. El golpe contra el suelo es insignificante, pero el monarca se queja porque ha caído sobre la brecha que le dejó la saeta. Se palpa la zona y se sorprende del milagro que la savia ha obrado en su frente. La herida no sangra ni la carne le

tira, puede abrir perfectamente los dos ojos, y parpadea rápidamente para acostumbrarse a la normalidad de su visión recuperada.

Cuando trata de levantarse, el rey descubre sobre el tronco del árbol una cicatriz vertical de unos 10 centímetros de largo. La línea atraviesa la corteza de la higuera y finaliza en un ángulo abierto que señala hacia las raíces. Es una flecha que el monarca recorre con la yema de los dedos. Puede que sea un simple antojo de la naturaleza, una anomalía que ha adquirido la forma de una señal, pero el monarca igualmente se arrodilla y escarba con las manos las raíces de la higuera.

—No eres de mi agrado, aragonés —interrumpe el árbol—, pero si quieres gobernar la ciudad de los valientes, primero tendrás que ganarte el favor del río —el viento sopla lo justo para que las hojas del árbol señalen en aquella dirección—. Sin él, no tendrías nada que conquistar.

El monarca deja de arañar la tierra y vislumbra el destello plateado del murciélago sobre las cañas del río. El animal todavía lleva el casco entre sus patas y el rey, sin pensárselo dos veces, monta el percherón y galopa hacia él.

XVII

Mientras el joven sarraceno camina por el lecho del río seco, los espectros de sus ocho hermanos lo siguen desde lo alto de la orilla. Junto a él, y medio enterrado bajo tierra, le sigue el medio hombre.

—Si sois un fantasma —pregunta el joven—, ¿por qué no le tenéis miedo al río?

—No soy un fantasma, soy un mártir, que es una clase muy distinta de muerto.

El hombrecillo se acerca a una de las paredes del río, donde un endeble albaricoquero inserta su cepa en la tierra. Las violentas riadas han dejado al descubierto sus raíces y el árbol se agarra con ahínco a las rocas más profundas. El medio hombre busca entre los frutos del suelo alguno que no muestre las manchas provocadas por el sol de verano, pero la mayoría están blandos y marrones.

—¿Conocíais a mi padre? —pregunta el joven.

—Sí, pero él a mí no. —El medio hombre encuentra un albaricoque de piel naranja y aterciopelada—. Tu padre pertenecía a la élite de hombres que conspiró contra el rey. Yo era un simple sirviente, un yannan, un jardinero que se encargaba de los parques reales.

—Mi padre nunca fue un traidor —se defiende el joven sarraceno.

—Con el emir actual no, pero con el anterior sí. —El medio hombre sopla sobre el albaricoque para limpiar la tierra que lo mancha—. Tu padre no soportaba la idea de que nuestro emir fuera vasallo de los cristianos, ni de que profesara su misma fe, así que buscó apoyo en otros dirigentes, en los partidarios del nieto del rey Lobo que vivían en Onda. Si quieres creer que tu padre era un hombre decente y honrado, créelo, toda persona tiene derecho a ocultar parte de su vida.

—¿Y qué escondéis vos? —dice el sarraceno.

Ante la impertinencia de su pregunta, el medio hombre se gira y lo mira con seriedad, y sin decir nada muerde el fruto para hacerse con el hueso de su interior.

—¿Qué hicisteis para que os enterraran y os quemaran vivo? —insiste el joven—. ¿A quién traicionasteis?

—Tú mata al rey cristiano y todos estaremos en paz —dice el medio hombre mientras frota enérgicamente el hueso del albaricoque contra una piedra. Sopla sobre el hueso para dejar al descubierto un pequeño orificio y, con una ramita del suelo, vacía el interior del hueso.

—Podría haberlo matado, ¿sabes? —dice el joven sarraceno—, pero la primera vez fallé porque no entendía las razones de mi padre, dudé, no veía qué sentido tenía matar al rey de los cristianos.

—¿Ahora las entiendes?

El sarraceno tarda en responder.

—No lo sé, pero cuando vi la tranquilidad con la que mi padre moría al saber que su honra había sido limpiada, me sentí tranquilo y aliviado, pero cuando me enteré de que el rey cristiano no había muerto, creció en mí una extraña sensación de frustración que no sabría explicar.

—Eso es impotencia, y solo se cura con la venganza.

Se detienen frente a una piedra circular de molino que se incrusta verticalmente en la pared del río. Una vara atraviesa el agujero central de la piedra, en cuyos extremos hay atadas dos cuerdas que se unen a una vara más pequeña a modo de tiro de arrastre. El medio hombre utiliza el hueso de albaricoque para silbar a través de su agujero, produciendo el mismo sonido que el joven oyó cuando se encontraba bajo los escombros de la torre de Boatella, y las tortugas no tardan en aparecer y agarrar la pequeña vara con sus bocas. Empujan todas a la vez y extraen la rueda de la roca. Avanzan con lentitud pero con la suficiente fuerza como para hacer que la rueda gire suavemente.

El joven sarraceno descubre una serie de grabados directamente picados sobre la piedra que narran el suplicio de un hombre: primero, el mártir aparece clavado en una cruz en forma de X; después, es flagelado y lanzado a un campo rodeado de animales muertos y, por último, es arrojado al río con esa misma piedra atada al cuello hasta que muere ahogado.

—¿Este fue tu martirio? —pregunta el joven.

—No, fue el de un cristiano.

El joven se sorprende de las palabras del medio hombre. Las considera blasfemas.

—¡Un cristiano! ¡Utilizas el martirio de un cristiano para afilar la espada de mi padre! ¡¿Qué desfachatez es esta?! Su falso dios no es digno de afilar nuestras armas.

—Esta guerra no es entre su dios y el nuestro —dice el medio hombre—, esta guerra es entre sus hombres y los nuestros, y cualquier cosa nos vale para

derrotarlos.

El joven considera que el medio hombre tiene razón. ¿Qué más da un dios que otro, con tal de vengar la muerte de su padre?

El sarraceno coloca la espada negra sobre la parte curva de la piedra y, al primer contacto, el acero se enciende con una intensa llamarada.

—Mantenla sobre la piedra —insiste el medio hombre, y el joven obedece.

La espada se afila con chispas azules mientras las tortugas siguen arrastrando la rueda, y el medio hombre siente una gota de agua golpeándole la cara. Mira al cielo. Amenaza lluvia. Deben darse prisa para llegar a Mahabit.

XVIII

El tramo que separa la higuera del torrente es tan largo que el murciélago consigue escabullirse entre la espesura de los juncos antes de que llegue el monarca.

El rey desmonta del caballo pero no se atreve a descender la ribera y otea desde lo alto de la orilla. No encuentra al animal y, por el rabillo del ojo, se percata de lo cerca que está de las murallas de la ciudad. En su cabalgada desde la higuera ha ido a parar a ese punto en el que las murallas giran y casi se unen con el río, y en cuyo vértice se encuentra la puerta de Ibn-Sajar. «¡Qué imprudente he sido!», se dice y, aunque las almenas y las torres permanecen desiertas, las puertas de madera se abren con un leve chirriar y dejan escapar una siniestra luz amarilla. El monarca se esconde rápidamente detrás de un conjunto de cañas para que no lo descubran, pero no percibe la verdadera amenaza.

Un insecto de proporciones sorprendentes cruza con sigilo la puerta y se escurre entre las cañas. Es una especie de ciempiés gigante que parece no tener fin, y cuya anchura es como la de un hombre adulto. Con sus más de cien patitas, se desliza a ras de suelo como una serpiente sinuosa.

—¡Cristiano... —dice la criatura con una voz crujiente—, qué necio has sido al abandonar el campamento!

Al escuchar la voz que proviene del movimiento de los juncos, el monarca se pone en guardia.

—Ningún derecho tienes sobre esta tierra, y a nadie tendré que rendir cuentas si te como. —El animal lo rodea—. Soy la alicatena, la comedora de miedos, la que mata en sueños. Tu pueblo todavía no me conoce pero los moros cuentan historias terroríficas sobre mí, y todas son ciertas.

Las largas antenas del animal pasan rozando cerca del monarca y el rey coge una caña seca para utilizarla como espada, pero la alicatena es precavida y sabe mantener la distancia.

—Entro por la noche en las habitaciones de los niños y les muerdo los tobillos. Mi veneno les provoca terribles pesadillas que les hacen gritar en sueños y sudar de terror, se revuelven en sus camas mientras sueñan que huyen de los cristianos y de sus cabalgadas mortales, sueñan que huyen del

rey de Aragón y de sus súbditos, que vienen a capturarlos. —El monarca blande la caña para espantar al animal—. ¡Niño, pórtate bien, que viene la alicatena y te morderá el pie! —ríe la criatura—. Me pregunto a qué sabrán los miedos de un rey.

La alimaña se descubre y alza parte de su cuerpo, que se hace tan alta como el rey. El monarca intenta ensartarla pero la alicatena esquiva todos sus ataques. La criatura ataca y el rey se defiende, pero este no siente cómo las patitas del animal le suben por la espalda. La alicatena le ha engañado. Su parte delantera es igual que la trasera y, mientras le distrae por delante con lo que sería la parte final de su cuerpo, la boca de la criatura queda detrás del monarca y le muerde el cuello con dos dientes curvos y afilados. Al rey no le da tiempo a reaccionar y siente cómo el veneno del animal fluye de los agujones a su cuerpo. Se siente abatido, somnoliento y, finalmente, se queda profundamente dormido y cae rodando por la pendiente embarrada del río. La alicatena desciende sinuosa la ribera y rodea el cuerpo del monarca, dispuesta a comérselo.

—Detente, alicatena —dice la potente voz del río.

—¿Qué quieres? —pregunta el ciempiés con cierta molestia—. Es mi presa.

—Pero ahora es mía —se mantiene el río.

—¿Para qué lo quieres?

—No es de tu incumbencia.

Las palabras del río aumentan la curiosidad de la criatura, que analiza el aire en busca de sus miedos.

—¿Qué te asusta, río? —pregunta la alicatena—. ¿Desaparecer...? Sí... es eso, ¿verdad? Lo veo en las pequeñas crestas de tus olas. ¿Qué sabes? ¿Qué has visto en tu fluir hacia el futuro?

—Vuelve a la oscuridad de tus calles, alicatena —corta tajante el río—, o sufrirás la ira de mis aguas.

La alicatena sabe que el río es poderoso y, aunque ahora es un débil riachuelo que tan solo consigue enfangar la tierra, está empezando a llover y en pocos segundos podría convertirse en una violenta riada.

—Quédatelo —dice con soberbia la alicatena—. De todas maneras ya está muerto.

—Yo decido quién vive y quién muere en mis aguas.

La alimaña se escurre entre las cañas del río hasta volver a las murallas de la ciudad, donde encontrará los pequeños miedos de los niños que, aunque no

tan sustanciosos como los de un rey, serán unas pesadillas intensificadas gracias a los relámpagos de la inminente tormenta.

El murciélago ha visto la escena con el casco del rey todavía entre sus garras, y sale de su escondite.

—Duérmete, ciudad —ordena el río—, y mantén a tus monstruos guardados.

La leve cortina de lluvia cae sobre las casas como una sábana azul de suavidad, y la siniestra luz amarilla que emanaba de la puerta de Ibn-Sajar se apaga. Los portones se cierran con un profundo bostezo y la ciudad sueña momentos del pasado.

XIX

El sol del mediodía sustituyó al de la mañana. El calor se hizo palpable y las tortuguitas de los jardines se resguardaron bajo las hojas de los albaricoqueros. El medio hombre (ahora hombre entero) avanzaba de rodillas buscando los escondites de los animales para depositarles los restos de verduras y hortalizas que los cocineros de palacio habían considerado poco atractivos, pero que para los animales eran todo un manjar, siendo además que ese día les acompañaba el plato con fruta fresca, que era un gesto de agradecer en un día tan caluroso como aquel. Las tortuguitas alargaban sus cuellos para dar minúsculos bocaditos a los jugosos trozos de sandía y, aunque los animales no saben decir gracias, ni mostrar ningún tipo de agradecimiento, el medio hombre sabía que el detalle les había gustado.

Poco más había que hacer aquel día en el jardín, porque el suelo se mostraba levantado y lleno de hoyos a la espera de recibir nuevos árboles que acompañarían a los seis albaricoqueros ya plantados. Sus troncos viejos y gruesos se retorcían sobre sí mismos en una difícil contorsión por alcanzar la luz y custodiaban un profundo pozo que no parecía tener fin. El médico real había ordenado cerrar aquel jardín con muros y remodelar su sistema de riego para una mejora en la higiene pública que beneficiara tanto al palacio como a la ciudad, y aunque el medio hombre sabía que aquella reforma era totalmente innecesaria, entre él y el médico real había tantos intermediarios que nunca tuvo oportunidad de preguntar el porqué de tan caprichosa intervención. Independientemente de los detalles artísticos o ecológicos del proyecto, al médico real lo que más le importaba era proteger el pozo que dominaba el centro del jardín, y del que algunos decían que llegaba hasta las mismísimas entrañas de la ciudad.

Cuando el medio hombre se levantó para buscar otros lugares en donde las tortuguitas se hubieran podido esconder, el sol del mediodía lo deslumbró con tanta fuerza que apenas distinguió a los siete cristianos que lo rodeaban. Uno de ellos vestía las ropas propias de un rey: era Ramón Berenguer V, conde de Provenza y falso monarca de Aragón, y aunque aún no lo había amenazado con su siniestra espada de filo negro, la simple presencia de los soldados aterró al medio hombre, que dejó caer el cuenco con el alimento.

Ajenas a las tensiones que se estaban produciendo entre los hombres, las tortuguitas salieron de sus escondites para hacerse con el succulento manjar.

—¡Caballeros! Mi señor ahora no se encuentra en palacio —dijo el medio hombre, tratando de disuadir a los cristianos.

—Lo sabemos —interrumpió el falso rey—, pero no lo buscamos a él, sino al jardinero real.

El medio hombre miró con tensión a los siete cristianos y tragó saliva:

—¿En qué puedo ayudaros?

—Las arcas de vuestro emir están vacías y nos consta que no se llevó ninguna riqueza con él.

—No os entiendo —dijo nervioso el medio hombre.

—¿No crees —preguntó amenazante el falso rey— que el mejor lugar para esconder un tesoro sería bajo tierra?

Cuando el jardinero vio la mancha amarilla en el ojo del falso rey, un sudor frío le recorrió toda la espalda. No supo qué contestar y Ramón Berenguer hizo una señal a uno de sus secuaces, que le propinó un golpe tan fuerte al jardinero real en la cabeza que lo dejó medio inconsciente.

El medio hombre despertó conmocionado y enterrado de cintura para abajo, rodeado con una pira de leños. Trató de liberarse, pero le habían atado las manos a la espalda. Dos de los cristianos se asomaban por el agujero del pozo mientras portaban antorchas encendidas. Uno de ellos, el que vestía túnica blanca con una cruz templaria en el pecho, la dejó caer, y la tea iluminó las paredes de piedra hasta que la oscuridad se la tragó por completo.

—No se ve el final —dijo el templario—. ¡Esto lleva al mismísimo infierno!

—¿Cómo podemos acceder? —preguntó el falso rey.

—No se puede —dijo el jardinero con temor—. Es un divertimento, un simple pozo de los deseos. Las gentes le echan monedas de vez en cuando para que se cumplan sus deseos, pero no se puede bajar por él.

Ramón Berenguer amenazó al jardinero real con la espada negra.

—¿Tantos años sirviendo al emir musulmán, y no sabes dónde escondió su tesoro? No os creo, quemadlo.

—¡No! ¡No! ¡Piedad! —rogó el medio hombre—. ¡Hablaré! Os contaré todo lo que sé. El emir no ha ocultado el tesoro, sino el médico real. Cada noche se lleva una joya de las arcas reales y la saca de la ciudad, pero nadie sabe dónde la esconde. Es él quien ha ordenado remodelar el jardín y construir un muro alrededor del pozo.

Los cristianos intercambiaron miradas de sospecha mientras el conde Berenguer se mesaba la barba.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Vive cerca de la puerta de Xerea, pero tiene una estancia reservada en lo alto de la torre de Ali Bufat.

El medio hombre esperó que la sinceridad de sus palabras facilitaran la misericordia del falso rey, pero este tardaba mucho en soltar su veredicto y seguía mesándose la barba con un aire pensativo.

—No sé nada más, lo juro —imploró el jardinero.

Ramón Berenguer se dirigió al cristiano que todavía portaba la antorcha encendida.

—Quemadlo... —le dijo sin mayor ceremonia. Todos quedaron quietos y se miraron los unos a los otros. Nadie quería llevar a cabo tan desagradable sentencia—. ¿Creíais que lo rodeábamos de leños por simple diversión? ¡Venga, quemadlo!

El jardinero imploraba clemencia mientras los cristianos seguían sin actuar pero, en un arrebato de violencia desmedida, el templario le arrebató la tea a su compañero. El jardinero contempló cómo su ejecutor se acercaba amenazante y aprovechó para guardar en su memoria todas las facciones de aquel individuo que le iba a quitar la vida.

—Volveré del mismísimo infierno para castigarte —fueron las últimas palabras del medio hombre.

El templario dejó caer la antorcha sobre la pira de maderos, que ardió en una llamarada violenta. Los cristianos montaron sus caballos y se marcharon. Las llamas consumieron al medio hombre entre gritos de dolor y súplica que asustaron a las pobres tortuguitas. Estas, a la velocidad a la que sus cortas patitas les permitían, se acercaron a la hoguera para salvar la mano que les daba de comer. Procurando que las partes más expuestas de su cuerpo no se quemaran, las tortuguitas mordían las ramas por aquellas zonas que todavía no ardían y las arrastraban lejos del jardinero, pero su lentitud también era su maldición y, aunque la intención de las tortugas era buena, la velocidad a la que retiraban el fuego no era suficiente, y el medio hombre pereció de todas maneras.

XX

Las tortugas siguen tirando de la rueda de molino mientras el hijo menor de Al Yusef afila la espada. Cada vez que las gruesas gotas de lluvia caen sobre el arma, se crean pequeñas explosiones de vapor que golpean la cara del muchacho. La precipitación ya no es una simple manta de calabobos, sino que se ha convertido en una importante tormenta que inunda el lecho del río. Las pobres tortuguitas tiran de la piedra sumergidas bajo el agua y, de tanto en tanto, asoman la cabeza y cogen un poco de aire.

—¡Aguanta! —grita el medio hombre entre el ruido de la lluvia—. Ya casi está afilada.

Un trueno ensordecedor quiebra el cielo y asusta al joven sarraceno. Este tropieza con el barro y la espada cae al agua. El arma se apaga, pero el joven es capaz de recuperarla antes de la que corriente se la lleve.

—¡Fuera de mis aguas! —ruge el río.

—No tenemos tiempo —maldice el medio hombre—. Ponte delante de las tortugas y empuña la espada. Cuando yo te avise, descárgala contra todo lo que venga.

El joven espera en guardia y concentrado. No sabe de qué defenderse, y lo único que ve es la lluvia caer con fuerza. De repente, el lecho y las paredes del río se agitan con un rugido estremecedor, y a lo lejos se acerca una tromba inmensa de agua que se lleva por delante todo lo que encuentra. El muchacho tiembla de miedo, pero se mantiene firme en su posición.

—¡Aferra la espada con fuerza! —grita el medio hombre para hacerse oír entre el ruido de la lluvia.

La tromba de agua está cada vez más cerca y dispuesta a engullirlos en un mar de mortales desperdicios.

—¡No retrocedas! —insiste el medio hombre.

—¡He dicho —ruge con furia el torrente— que fuera de mis aguas!

—¡Ahora!

El joven levanta la espada y arremete contra el río. Lo divide en dos poderosas olas que se desbordan por las orillas. El agua rodea al joven y al medio hombre sin llegar a tocarlos, y la lluvia se suaviza devolviendo la

calma a la noche. El joven respira fatigado tras el esfuerzo, ya que, aunque solo ha sido una estocada, la potencia del adversario lo ha dejado exhausto.

—¿Qué ha pasado? —pregunta el sarraceno.

—Lo has herido, pero no tardará en recomponerse.

Las tortuguitas sueltan el arrastre de la piedra y nadan hasta alcanzar la orilla. El joven sarraceno se percata de que los fantasmas de sus hermanos han desaparecido.

—¿Dónde están?

—Siguen ahí —dice el medio hombre—, pero el agua los ha vuelto invisibles. Mejor, así no nos distraerán.

El sirviente azuza al joven para que lance estocadas cortas contra la pared de agua que los rodea, y abrirse así paso a través del líquido.

—Si dejáis la espada en mi lecho, la sepultaré bajo mis aguas —dice el río—, y vosotros podréis vivir vuestras cortas vidas.

—No estás en posición de negociar —amenaza el medio hombre—, con esta espada podría acabar contigo.

El río fluye hacia el pasado y llega al momento en que el medio hombre estaba enterrado de cintura para abajo y rodeado por las llamas de la pira. El agua de entonces rebosa por los canales del jardín y abraza las ramas secas, impidiendo que estas prendan. En el presente, el cuerpo del medio hombre se regenera y su carne arrugada se vuelve tersa, saludable, recupera el color de la sangre corriendo por sus venas y sus manos, sus brazos y sus músculos ya no son una masa informe de carne quemada. Vuelve a sentir el latido de su corazón y la humedad en sus ojos. Siente el aire recorriendo sus pulmones y le agrada.

—¡No! —grita de repente el medio hombre—, aunque cures mis heridas, el mal ya está hecho. —El jardinero real le arrebató la espada al joven sarraceno y vuelve a partir la pared de agua por la mitad—. Si de verdad quieres ayudarnos —le grita al río mientras recupera su condición de mártir chamuscado—, haz que los cristianos no rapten a la hija del médico.

—Eso no puedo hacerlo —se lamenta el río.

—Entonces no me sirves para nada.

El medio hombre le cede la espada al joven y le dice que se abra camino a través del líquido. El sarraceno lanza estocadas como si lo hiciera a través de la maleza, y el agua se aparta para cederles el paso.

—Esta espada acabará con todos nosotros —dice el río mientras su voz se aleja—, no digáis que no os lo advertí.

Las palabras del río despiertan la curiosidad del joven sarraceno.

—¿Qué ha querido decir? —pregunta.

—No lo sé —contesta enfadado el medio hombre—, cada uno ve en esa espada lo que quiere ver.

El joven sarraceno mira la hoja negra del arma que, a pesar de haber sido afilada a conciencia, no le devuelve ningún reflejo. Como una chispa que enciende un fuego, al joven se le cruza por la cabeza una conclusión tremendamente clara.

—Por tu culpa raptaron a mi hermana —acusa el sarraceno.

—¿Y? ¿Qué piensas hacer? —pregunta el medio hombre—. ¿Matarme? Adelante, ya estoy muerto.

—No... —responde el joven—, quiero daros las gracias. —El medio hombre trata de disimular su sorpresa—. Habéis renunciado a vuestro cuerpo por el honor de mi familia, y os estaré eternamente agradecido.

La seriedad del medio hombre se mantiene intacta a pesar de las palabras del sarraceno.

—De todas maneras, seguiría enterrado de cintura para abajo —contesta el medio hombre—. No me hubiera servido para nada recuperar mi cuerpo.

La contestación del sirviente es lógica, pero en el tono de sus palabras se adivina la verdadera razón de sus actos, que es la que el joven sarraceno ha dicho.

—No te distraigas —dice el medio hombre—, ya hemos llegado.

Tras dos estocadas cortas sobre el agua, se abre ante ellos un amplio espacio junto al margen derecho del río, donde un antiguo molino muestra su noria de madera suspendida en el aire.

—La alquería de Mahabit —dice el medio hombre—. A partir de aquí tienes que continuar tú solo. Al otro lado del río moran espíritus diferentes que no me permiten entrar en su mundo. Suerte. Te veré cuando hayas matado al rey cristiano.

Dicho esto, el medio hombre se hunde en la tierra hasta desaparecer por completo, y el joven sarraceno asciende la pendiente del río.

Cuentan que cuando El Cid llegó a la ciudad de los valientes la encontró vacía de tesoros y riquezas. Los exaltados que depusieron al emir musulmán Al-Qadir también usurparon las arcas reales y se llevaron todos los tesoros que pudieron. Encontraron incluso riquezas que se remontaban a los primeros gobernadores musulmanes. Decidieron esconderlas en un lugar que no conociera nadie para protegerlo de las manos cristianas, pero la existencia de un tesoro perdido llegó a oídos de Jaime y de su primo Ramón cuando estaban en el castillo de Monzón. Las leyendas templarias impulsaron la imaginación de los niños, pero mientras que para el monarca aragonés la leyenda se quedaba en eso, una simple historia del pasado, para Ramón Berenguer supuso el empuje definitivo para costearse un ejército que defendiera su derecho a la corona. La búsqueda fue más complicada de lo que esperaba, pero todas las pistas le llevaron a la torre de Ali Bufat.

La puerta que daba acceso a la cámara superior del torreón se encontraba cerrada con llave. Los cristianos que acompañaban al falso rey Ramón Berenguer no dudaron en echarla abajo de una sola patada.

Como en aquel punto la muralla se encontraba, y todavía se encuentra, tan cerca del río, los sarracenos no la consideraban vulnerable y, por lo tanto, no estaba fuertemente defendida. El ataque desde aquel flanco era impensable, además de que todavía quedaban diez años para la gran ofensiva aragonesa.

La estancia era pequeña, pero estaba a rebosar de pergaminos y papeles que colgaban de las estanterías. Los secuaces del falso rey buscaron pistas que les condujeran al gran tesoro musulmán, pero todos los documentos estaban escritos en una algarabía que no entendían.

—¡Tú! —ordenó el conde a uno de sus secuaces—. Tú fuiste trujamán durante la guerra, ¿verdad? ¿Hablas sarraceno?

—¿Yo...? —se extrañó el cristiano—. Lo siento, mi señor, pero no sé leer árabe. Solo intervenía en transacciones económicas e iba traduciendo según lo que me parecía.

—¡Serás maldito...! —gritó enfurecido el falso rey, a la vez que le lanzaba un pergamino enrollado.

—Aquí hay textos que los cristianos ni siquiera han visto —dijo el templario mientras recogía el documento y le echaba un vistazo por encima—. Son documentos que nunca han sido traducidos por nuestros monjes.

—¿Pero nos son de utilidad?

—Puede —dijo el templario—. En la orden tenemos judíos que nos hacen de intérpretes. Quizás ellos encuentren algo relevante.

—No podemos ir y volver —se quejó el falso rey.

El templario se acercó con curiosidad a la única ventana que había en toda la habitación, donde uno de los secuaces del conde examinaba una invención de dos lentes superpuestas. El templario miró el documento en sus manos y miró el artilugio, y fue atando cabos.

—¿Me permitís? —le dijo al secuaz, que jugueteaba con el invento sin descubrir su utilidad. El cristiano se apartó para que el caballero mirara a través de los cristales.

—¿Qué es? —preguntó Ramón, acercándose.

—Mirad vos mismo, señor —invitó el templario.

La primera reacción del falso rey fue desenvainar la espada ante lo que veía.

—¿Qué magia es esta? —dijo extrañado.

—No es ninguna magia, mi señor. Son lentes de aumento. Los sarracenos han estudiado muy bien la luz y los espejos y, con este artilugio, son capaces de ver aquello que está lejos. ¿Qué veis vos?

El falso rey volvió a mirar.

—Mmmm. ¿Un hombre? Un campesino que recoge higos en aquella higuera.

—Muy bien —dijo el templario—, pero el artilugio está falcado a la piedra y solo mira en aquella dirección... Sin duda el médico real quiere tener bien vigilado ese árbol y, si observáis más detenidamente, los campesinos no visten con ropas tan elegantes.

El falso rey volvió a mirar a través de los cristales y comprendió las palabras del templario, aunque lo miró con cierta molestia.

—La próxima vez no seáis tan críptico —dijo Ramón Berenguer—, la claridad de palabra es un don del que a veces vos carecéis.

La reprimenda no fue a mayores y el falso rey ordenó a sus hombres ponerse en marcha pero, una vez que los cristianos habían salido de la estancia y habían dejado solo al caballero templario, este aprovechó para esconder el pergamino que había ojeado con anterioridad bajo sus ropas.

XXII

El edificio junto a la noria es un molino de dos plantas que parece estar abandonado. Cuando el río recupera su fluir y vuelve a discurrir con normalidad, la noria gira y hace que una luz en la ventana del segundo piso se encienda. Bajo la ventana hay un conjunto de cañas que no permiten acceder a ella debido a su espesura. El joven sarraceno sumerge el pie entre la maraña de ramas secas, y los plumones morados de las cañas parecen estandartes de guerra que el viento agita para golpearle una y otra vez e impedir que avance. Los latigazos de las altas cañas son molestos y hasta dolorosos, y el joven da la vuelta al caserón en busca de alguna otra entrada, pero no la hay; el único acceso a través del edificio está en la ventana custodiada por las plantas. El sarraceno no se da por vencido. Así como se abrió paso por el agua con la espada de filo negro, también lo hará entre las cañas. Lanza largos mandobles a derecha e izquierda que parten los juncos por la mitad. Poco a poco se abre camino entre ellas, pero las cañas cercenadas crecen milagrosamente a una velocidad sorprendente. Se elevan furiosas y lanzan al sarraceno por los aires. El joven se levanta dolorido y dispuesto a arremeter de nuevo contra las plantas pero, cuando empuña la espada con fuerza, ve que esta se ha convertido en un azadón con la lámina de metal negra. La espada ha sido más inteligente que el muchacho y se ha adaptado a las necesidades del sarraceno casi antes de que este las supiera. Él nunca ha usado una herramienta como esa, pero la ha visto infinidad de veces en las manos de los jornaleros para quitar las malas yerbas del campo. El joven clava con fuerza la lámina de metal para remover la tierra y consigue arrancar la planta desde la propia base. Los bulbos que se enraízan en el suelo quedan al descubierto y, de esta manera, la caña ya no vuelve a crecer más. El esfuerzo es pesado, molesto, agotador, pero el triunfo es innegable. Finalmente se abre un pequeño camino hacia la ventana, pero allí no hay una puerta o una escalera que facilite el acceso, sino una cuerda para escalar por la pared. Junto a la soga hay una flecha dibujada que presenta tres vértices apuntando hacia arriba, hacia la ventana, como invitando al sarraceno a subir por la pared. La espada vuelve a su forma original y el joven se la ata al cinto para ascender por la cuerda, y al cruzar el ventanal no se encuentra ante una habitación de paredes blancas

como cabría esperar, sino ante una amplia y abierta pradera en la que brilla la luz del día. Un manto de brezo florado, con sus diminutos pétalos rosados, cubre por completo el suelo. El sarraceno ha de encontrar a la hija y a la mujer del régulo Edecón, que custodian el espíritu del pueblo edetano bajo la forma de un algarrobo, pero allí no hay ni árbol ni damas, y ante él se muestra una nueva dimensión que se le antoja infinita, a tan solo metro y medio del suelo. La ventana todavía sigue a su espalda y, a través de ella, puede ver la alquería abandonada que duerme bajo la noche. Podría descender la pared y volver a la seguridad de su mundo, sin arriesgarse a penetrar en un lugar mágico que no conoce pero, al asomarse por la ventana y mirar hacia abajo, ve cómo las raíces de las cañas se extienden de nuevo y ocupan la tierra que él ha desbrozado. Todavía le duelen los moratones de las cañas, y casi prefiere aventurarse a lo desconocido que enfrentarse de nuevo a la tozudez de las plantas.

XXIII

El monarca sigue inconsciente en el lecho del río y, por un momento, sus pies parecen pesarle más que el resto del cuerpo. El barro se mueve para hundirle los pies en el fango y el agua comienza a subir lentamente. El rey parece un muñeco de trapo mecido por la corriente del río. Cuando el agua le rebasa la nariz y se queda justo por debajo de su punto de visión, un trueno ensordecedor rompe la noche y cae sobre el río. El torrente deja de subir y la electricidad se transmite por la corriente hasta llegar al rey, que se despierta sobresaltado. Al verse rodeado de agua, intenta levantar la cabeza para arrebatarse un poco de aire con el que respirar, pero la descarga del rayo lo ha dejado paralizado y no puede moverse. Su reflejo respiratorio le traiciona y se activa solo, y sin poder hacer nada, se llenan los pulmones con una intensa inhalación que comienza a inundarlo por dentro. El monarca teme por su vida y no quiere una muerte tan desagradable como esa.

—Tranquilo —dice el río—, respira con normalidad, el oxígeno de mi agua corre por tus venas.

El rey siente cómo el río entra y sale de sus pulmones sin necesidad de aire que lo mantenga con vida. No puede moverse, pero sus ojos buscan por encima de la superficie del agua y lo único que ve en la oscuridad de esa larga noche son las diminutas gotas de lluvia temblando contra el torrente. ¿Quién le está hablando?

—No me busques muy lejos —dice el río—. Soy el agua que te rodea, el líquido que corre por tus venas, pero no intentes hablar conmigo porque los hombres no podéis hablar bajo el agua, sería inútil, así que calla y escucha.

Las leves ondulaciones del agua llevan a Jaime a un momento del pasado, cuando reinaba con apenas once años.

—La primera vez que te conocí eras un pequeño mocoso con más coraje que cabeza, aunque parece que eso no ha cambiado mucho.

Por entonces, el joven monarca trataba de apoderarse de la ciudad de Albarraçín porque un traidor a la corona se refugiaba en ella; sin embargo, la guerra hace compañeros de armas muy dispares, y esos mismos hombres que le traicionaron ahora guerrearán bajo sus órdenes en la conquista de la ciudad de los valientes.

Durante el asedio a la ciudad de Albarracín el muchacho soñó que vagaba por los bosques circundantes al campamento. Recorrió un camino abierto por la luz de la luna que seguía el recorrido del escarpado río y llegó a un claro, donde unas imponentes rocas rojas escondían pequeñas cavidades entre sus entrañas. Se adentró por una de ellas y encontró unos trazos finos y oscuros en las paredes curvadas. Eran dibujos hechos por los remotos pobladores de aquellas tierras. Siguió las líneas de las figuras con la yema de los dedos, intentando completar y dar sentido a los dibujos, pero Jaime no supo interpretarlas más allá de lo que veía: simples líneas negras que simulaban animales de poderosa cornamenta y alguna figura humana que pretendía representar a un arquero.

Mientras el joven estaba ensimismado en la magia y en la mística de los dibujos, una sombra grande e imponente se proyectó sobre la pared. Sonó una campanita y, frente a él, se abrieron las rocas dando paso a un oscuro y profundo pasadizo que descendía hasta las entrañas mismas de la tierra. Pero el peligro no estaba frente a él, sino detrás, y al girarse para descubrir a su atacante, se encontró de lleno con el majestuoso ciervo que había conocido en la gruta del castillo de Monzón. El animal era tan alto como dos hombres uno puesto encima del otro, y su cornamenta de hielo se derretía sobre su cuerpo peludo. Sus puntas eran romas pero fuertes, y de una de ellas colgaba la pequeña campanita cuyo sonido había abierto el acceso entre las piedras.

El ciervo bloqueó la salida y golpeó con su poderosa pezuña en el suelo. Resopló con fuerza y su mirada se volvió firme, autoritaria. El pequeño Jaime, lejos de asustarse a pesar de su corta edad, blandió la espada de filo negro y la golpeó contra la aspereza de una de las rocas. La hoja prendió fuego y el joven se lanzó contra el animal dispuesto a matarlo, pero el ciervo reaccionó con fuerza y rapidez y embistió al niño con sus imponentes cuernos. Lo lanzó fuera de la cavidad y fue a caer cerca del río, cuyas aguas apagaron el fuego de la espada. Antes de que el joven monarca pudiera recuperar su arma, el ciervo lo cubrió con un frío aliento de color azul que emanaba de su boca. Lo dejó congelado, pero no lo cubrió de hielo o escarcha, sino que disminuyó la temperatura de su sangre hasta dejarlo frío e inmóvil, con el cuerpo y los labios azulados, y el monarca se quedó profundamente dormido.

Mientras esto ocurría, el pequeño murciélago, que también había asistido a la reunión de los animales en las grutas del castillo de Monzón, apareció volando y se colgó de los cuernos del ciervo.

—¿Lo ves? —dijo el animalillo—, todavía no está preparado. Es insensato y arrogante.

—Dejadlo tranquilo —interrumpió el río—, ¿no veis que es un crío y está asustado?

—¿Asustado? —recriminó el murciélago—. Ha intentado matar al ciervo.

—¿Qué otra cosa querías que hiciera? Se estaba defendiendo. Esa es una reacción tan noble y legítima como cualquier otra; además, estas no son las tierras del ciervo y es él quien tiene que decidir.

—No deberías interferir en las acciones de los animales —se quejó el murciélago.

—¿Acaso no estáis interfiriendo vosotros en el devenir de los hombres...? Hasta la luna lo está haciendo.

El murciélago calló ante las acusaciones del río.

—¿Por qué lo defiendes? —preguntó el animal—. ¿Qué sabes que no nos dices?

—No sé más que el futuro y el pasado, y mi voluntad fluye con el devenir del destino, actúo según me dictan, y no dependo ni del designio de los animales ni de las divinidades de los hombres. No hay mano humana o animal que pueda detenerme.

—¿Eso crees? —preguntó retóricamente el murciélago—. Esa espada podría acabar contigo y con todos nosotros de una sola estocada.

—Lo sé. En ella está el espíritu humano del cambio y la transformación, de la guerra entre los hombres, de la guerra dentro del propio hombre y de su lucha contra lo que le rodea. Es poderosa y no puedo destruirla porque afectaría al orden de las cosas pero, si dejáis que me lleve al muchacho, la enterraré bajo mis aguas durante siglos.

El crujido de unas ramas delató la presencia de un intruso cercano.

—Rápido —dijo el murciélago—, no deben vernos.

El ciervo trotó entre los árboles hasta perderse por la espesura de los bosques y el río amainó su caudal hasta dejar al descubierto la espada.

Las imágenes del recuerdo se vuelven borrosas y se mezclan con las ondulaciones del río en el presente, donde el monarca, de adulto, sigue con el agua por encima de la nariz.

El rey recordaba aquel acontecimiento como un simple sueño, que ahora el río le devolvía como un recuerdo muy vívido.

—Debí enterrar aquella espada cuando tuve oportunidad —se lamenta el torrente—, pero en ese tramo todavía soy joven e ingenuo, demasiado

benevolente, y mi voluntad no depende de mí sino del irremediable destino que nos empuja a todos.

El río dibuja imágenes de tiempos pasados sobre la superficie del agua y las escenas avanzan tan rápidamente que se superponen unas encima de las otras, creando una realidad indescifrable para el monarca.

—Veo en ti el latido de un rey que no solo es un batallador sino también un conquistador, y en eso te estás convirtiendo, aragonés, pero has de tener presente que la conquista no siempre implica grandeza.

El tiempo se acelera y, como en una ensoñación, el rey vislumbra el pendón real de la Corona de Aragón, que cuelga de la torre de Ali Bufat.

—Serás rey de la ciudad, pero solo cuando el murciélago te dé su beneplácito y, así y todo, si tu gente gobierna mal y tan solo obedece a los limitados criterios de los hombres, yo me volveré vengativo e inundaré la ciudad. Convertiré las calles en torrentes de agua y arrasaré todo lo que hayáis levantado. Ya lo hice en el pasado y no dudaré en volver a hacerlo, pero no me culpéis a mí por esta actitud, pues está en mi naturaleza ser violento a veces y no puedo evitarlo. Las leyes naturales que me rigen me empujan a hacerlo y, aunque vosotros siempre queréis domarme porque vuestra inteligencia nace de vuestra persistencia, tenéis que saber que una animal nunca pierde su instinto natural por mucho que lo encarcelen. Nació con él y en él está.

»Lloverá donde tenga que llover, creceré donde tenga que crecer, y mi elegante serpenteo en ocasiones se volverá funesto. Si pudiera llorar lloraría con vosotros, pero soy un río y no sé cómo se hace. En cambio, puedo advertiros y deciros que seáis cautos. Tengo bastantes más años que vosotros y aun así se me escapan al entendimiento algunos de los misterios de este mundo.

»Puedo ser simplemente agua que baila y se escurre pero, allí donde estoy, estoy en todas partes. Tengo olores, colores, sonidos que me necesitan, incluso algunos de ellos no podrían existir sin mí.

»Los hombres fuisteis los últimos en llegar a mis aguas, pero los que más territorio ocupasteis, y habéis sabido utilizar el movimiento de mi corriente en vuestro provecho. Habéis movido molinos, habéis detenido mi curso, me habéis acumulado, me habéis hecho saltar desde más alto y correr más rápido... Pero también tendré caminos de brea que ignorarán mi presencia, hormigón que me aprisionará y me encajonará, paredes de piedra que encerrarán mis aguas y las asustarán.

El río se vuelve tan pesado como una nube de humo tóxico, y una sensación asfixiante envuelve al monarca.

—Me llenaréis de escombros... —continúa el río—. Plástico, metal, cartón, vidrio, tela, piedra... Acumularé tantos desperdicios a lo largo de mi lecho que, aunque emplee todas mis fuerzas en hacerlos desaparecer, algunos permanecerán siglos enteros en mi agua. No seré capaz de destruirlos al ritmo al que aparecen y, aunque no sé de dónde vienen, todos llevan vuestra firma. Ya no pido que los recojáis, sino que no echéis más.

El agua recupera su espesura original y fluye con normalidad alrededor del monarca.

—Morir es fácil, o en mi caso lo es, no hace falta que haga nada y sin embargo muero todos los días. Nacer cuesta más, pero también es relativamente sencillo. Lo verdaderamente complicado es sobrevivir, porque a los factores naturales, que cuando quieren son cíclicos y constantes, y cuando quieren me abandonan, hay que añadir vuestras virtuosas manos que tanto son capaces de crear como de destruir. Habéis construido canales y acequias que me han hecho viajar más allá de donde yo hubiera llegado jamás, más allá de los humedales del sur y de las marismas del norte; pero tenéis que saber que no soy exclusivo de vuestras necesidades y, si solo para vosotros me queréis, terminaré siendo un fino hilo de plata que se seca.

XXIV

El falso rey retenía en el suelo al médico real con la espada de hoja negra. Su hija, que había visto cómo el cristiano rajaba la cara de su padre, gritó delatando su escondite.

—¡Bajadla! —ordenó el falso rey—. Si este miserable no me dice dónde ha escondido el tesoro, verá cómo su hija sufre el peor de los tormentos.

—¡Señor! —interrumpió asombrado uno de los secuaces—. ¡El árbol se defiende!

La higuera apartaba a los cristianos moviendo sus poderosas ramas e impedía que alcanzaran a la muchacha.

—¡Mirad! —exclamó uno de los cristianos—. ¡Ha florecido de repente!

El árbol explotó en una esponjosidad de flores blancas que cubrió toda la copa.

—Dicen que si ves la flor de la higuera, viene el demonio y se te lleva.

—¿Sí? —dijo Ramón Berenguer, harto de tanta impertinencia—. Pues matemos al mensajero antes de que llegue al infierno.

El aragonés clavó con ímpetu la espada en el tronco del árbol y sus ramas languidecieron hasta tocar el suelo. Las diminutas flores blancas se depositaron sobre la tierra como nieve recién caída.

—Bajadla del árbol —dijo molesto el falso rey. Y al intentar extraer la espada del tronco, vio que no podía. La había clavado con tanto ahínco en la higuera que ahora era incapaz de recuperarla—. ¡No os quedéis ahí parados! —gritaba, cada vez más enfurecido—. ¡Ayudadme!

El médico real aprovechó el momento de confusión para arrastrarse por el suelo sin ser descubierto y alcanzó la mitad de la caña con la que había recogido higos. Aunque el trozo de madera no parecía un arma muy eficaz, cuando el falso rey la partió por la mitad hizo que uno de sus extremos se astillara en puntas afiladas.

—¡Señor! —advirtió uno de los secuaces—. ¡Se acercan sarracenos!

En la línea del horizonte se divisaba el polvo de los cascos de los caballos. Los jinetes se acercaban a gran velocidad y en gran número, y todos ellos eran los partidarios del rey Zaen que venían desde Onda para ocupar la ciudad.

Ramón Berenguer sabía que él y sus hombres no eran suficientes para repeler un ataque de esa envergadura, y debía actuar con rapidez.

—Montaos en los caballos —ordenó—, nos los llevamos.

Pero antes de que pudiera terminar la frase, el médico real se lanzó contra uno de los secuaces y le clavó el trozo de caña por la espalda. El grito del moro se fundió con el grito de dolor del cristiano y este, a su vez, respondió ensartando el estómago del sarraceno.

—¡No! —gritó el falso rey, que dejó la espada clavada en la higuera y corrió hacia el médico real—. ¿Dónde está el tesoro? —exigió mientras sostenía al moribundo sarraceno—. ¡Contesta!

Pero al sarraceno le costaba respirar y apenas tenía un hilo de voz. Aunque hubiera querido —que no era así—, no hubiera podido responder la pregunta del cristiano.

—¡Los tenemos encima, señor! —advirtió de nuevo uno de los cristianos.

El brillo plateado de las cimitarras indicó que los sarracenos habían descubierto a los cristianos y que estaban dispuestos a atacarles sin piedad. En los ojos de Al Yusef tan solo quedaba un leve suspiro de vida y Ramón Berenguer consideró que sería un lastre para su huida. Lo mejor era dejarlo morir en el polvo del camino.

—¡Nos la llevamos a ella! —gritó el falso rey, y uno de los cristianos tiró de la pierna de la muchacha hasta bajarla del árbol. Zaida, que se resistía con todas sus fuerzas, no pudo hacer nada contra la fuerza del corpulento cristiano y, en escasos segundos, montaron en sus caballos y huyeron.

Las monturas de los jinetes sarracenos no pudieron aguantar mucho tiempo la persecución porque venían desde Onda y estaban cansados del largo trayecto. Los caballos cristianos, por el contrario, estaban frescos y eran veloces, y en el frenético cabalgar de su huida Zaida trató de centrar su mirada en los moribundos ojos de su padre. El continuo trotar del caballo emborronó su último recuerdo.

Extrañas palabras por parte del río, piensa el monarca después del monólogo que le ha soltado el torrente; de hecho, no ha comprendido gran parte de su discurso, pero no es necesario comprenderlo.

El torrente se introduce con mayor ímpetu dentro de sus venas y la cantidad de agua aumenta de manera dolorosa. El cuerpo del monarca no puede soportar tanta presión dentro de su cuerpo y la brecha de su frente se abre. El veneno de la alicatena se escurre por su ojo y, cuando el río lo ha limpiado exhaustivamente por dentro, la herida sangra con normalidad. El torrente desciende de nivel, vaciándole los pulmones de agua. Inmediatamente, el monarca los llena con una bocanada intensa de aire y recupera la normalidad de su respiración. El río sigue bajando y él recupera la movilidad en todo su cuerpo.

Deja de llover y las nubes se disipan, descubriendo un cielo radiante picoteado con mil estrellas y coronado con una luna gorda y hermosa.

El agua se escurre por la tierra embarrada y deja al descubierto un pañuelo azulado. Es la tela que Zaida perdió en la acequia y que el mismo monarca utilizó para cubrirse la herida. Los canales de la huerta lo han dejado impoluto y lo han arrastrado hasta los pies rey, que lo utiliza para cubrirse la cicatriz que el agua del río ha abierto de nuevo. El fango libera al monarca y, como bien puede, zaquea por la tierra hacia la pared del río. Piensa volver a la seguridad del campamento. Considera que ya es inútil ir detrás de un bichejo tan escurridizo y esquivo como el murciélago, y por tan poca cosa como su casco, siendo además que, en una sola noche, ha sido atacado por una higuera, un espectro vengativo, un ciempiés gigante, y un río nostálgico.

El monarca se dispone a subir por la pared del cauce cuando su caballo se asoma por el borde del desnivel y le relincha impaciente. Como siempre, el caballo ha sido un cobarde y le ha abandonado en los momentos de mayor peligro, pero Jaime, que no se lo tiene en cuenta, siente un gran afecto hacia aquel animal y, con la misma paciencia con la que los adultos tratan a los niños, le dice que «ya va», que «tenga paciencia», que «no es tan fácil subir como bajar»; pero, justo en ese momento en el que el monarca le pide calma, aparece junto al caballo el mismo hombre que vio en el campo de batalla, el

que recogió al murciélago herido y vestía túnica verde con cruz de San Jorge bordada en el pecho; San Al Jadir, el mata-dragones, el mensajero de Dios, que mira con toda la parsimonia del mundo al monarca y coge al caballo por las riendas para llevárselo con él. Ante tal osadía, Jaime se afana en subir la escarpada pared para recuperar su montura, pero la premura le vuelve torpe, desatento, y sus manos, que están manchadas con la sangre de la frente, resbalan y lo hacen caer. Sus dedos ensangrentados dejan una marca de cuatro franjas rojas sobre la arena amarilla, y ahí mismo, donde ha dejado la señal, la tierra tiembla y se desprende, y se abre en la pared una cueva donde el murciélago, todavía plateado y con el casco del rey entre sus garras, lo espera. El animal bate sus alas de acero y se adentra en la oscuridad de la gruta. El rey, sin otra luz que la de la luna llena rebotando en el cuerpo metálico del animal, se aventura a lo desconocido.

Zaida no puede dormir. Se ha sentado en el camastro de la tienda para observar las facciones de su rostro pero el espejo que le ha regalado Don Jimeno está roto y le devuelve un reflejo partido. A través de sus propios rasgos, reconstruye mentalmente el rostro de su padre. El tiempo ha vuelto borrosos algunos de sus detalles y las lágrimas de sus ojos enturbian el recuerdo. Se obliga a no llorar y centra la mirada en la reina, que duerme plácidamente en la cama de enfrente. Examina cada detalle de la cara de la soberana y los compara con los suyos: los ojos de la reina son planos, rasgados; los ojos de Zaida son redondos, oscuros, muy distintos a los de la monarca. Los labios de la reina son rosados y pálidos; los suyos, carnosos y rojos. El color de la piel también la delata. La reina viene de alta cuna, mientras que la mora se crio en una tierra quemada por el sol. Aunque nunca ha trabajado en el campo, sus manos son oscuras, de sierva, y siente vergüenza por la finura de las manos de la soberana, que descansan con elegancia sobre su regazo. Su pelo encrespado y moreno es el propio de los salvajes, mientras que el de la reina es liso y dorado, el propio de las princesas.

Sobre el pecho de la soberana resalta una pequeña cruz latina que se eleva cada vez que la reina respira. El símbolo instiga a Zaida a preguntarse a qué religión pertenece. De pequeña fue instruida en el islam, pero su educación no fue férrea ni cerrada. Era la única mujer de la casa y la sexta de nueve hermanos varones, por lo que la relación con su padre no tenía nada que ver con una figura autoritaria y represiva, todo lo contrario. Él le decía que ella no era su principio, pues no era la mayor de los hermanos, pero tampoco era su final, pues no era la menor; ni siquiera ocupaba el centro... «Para mí, tú eres tú», le decía su padre, pero cuando los cristianos la raptaron rápidamente esa frase se le olvidó. Cuando pasó a servir en la corte aragonesa, dejó las costumbres musulmanas, que nunca había practicado fervientemente y, como nunca fue bautizada, tampoco intervenía en las celebraciones cristianas. Ahora no sabe a qué dios encomendarse y se siente como la grieta que rompe la perfección del espejo circular. No quiere mirar más. Ya ha visto suficiente, ya ha recordado demasiado. Le estará eternamente agradecida al monarca

aragonés por haberla convertido en lo que es, pero sabe que ella no tiene nada que ver con el mundo que la acogió y, en ocasiones, como ha ocurrido esta tarde, se vuelve hostil contra ella.

En mitad de sus plomizos pensamientos, el espejo le devuelve un reflejo que no debería estar ahí. Detrás de la doncella asoma el espectro de Al Yusef que, con una sonrisa de felicidad, le dice:

—Quería verte antes de marcharme.

Zaida se gira asustada, pero no hay nadie detrás de ella. Juraría que ha visto y oído a su padre, pero en la tienda tan solo está la reina y la noche sigue en silencio.

Al levantarse rápidamente del camastro ha golpeado los candelabros que iluminaban la estancia y los cirios han rodado por el suelo hasta apagarse pero, como en esta tierra el aire caliente se puede tornar en fuego, una pequeña corriente de viento se filtra por debajo de la tienda hasta encender de nuevo las velas. Los cirios prenden las sabanas de la cama de la reina y las llamas y el humo alertan a la doncella. Se afana en pisar la tela para sofocar el incendio, pero no lo consigue. La reina se despierta y, en menos de un segundo, se da cuenta de la situación. Lanza con presteza el agua de la jarra que utilizan para el aseo matutino y el pequeño fuego se extingue.

—¡Zaida! —exclama alertada la soberana—. ¿Estás bien? ¿Te has quemado? —La reina se levanta para comprobar el estado de la doncella.

—Yo... —intenta contestar Zaida—. Lo siento, disculpadme, majestad...

—¡Qué susto me has dado, niña! —dice aliviada la reina—. ¿A dónde ibas?

Zaida no puede decir lo que ha visto, porque ni siquiera sabe si lo ha visto.

—Iba... —trata de contestar—, yo, oí un ruido...

—¿Te encuentras bien? —pregunta la reina mientras coloca la mano en la frente de la doncella—. ¿No habrás enfermado...?

—¿Yo? No... —Zaida cae rápidamente en la cuenta de que está incumpliendo sus obligaciones de sirvienta y ha puesto en peligro la vida de la reina—. Lo siento muchísimo, mi señora, le juro que no volverá a ocurrir. Ahora mismo recojo todo este estropicio.

—Estate quieta —la detiene la reina—, lo mejor es que te acuestes e intentes descansar. Te traeré algo para los nervios.

La reina sale de la estancia y Zaida se queda a solas en la penumbra de la tienda. Mil y un pensamientos le pasan por la cabeza y finalmente, cuando deja de pensar, un instinto inconsciente la empuja a salir de la tienda, pero nada más cruzar la abertura de la tela, uno de los halcones reales pasa

zumbando delante de ella. El ave se posa sobre la tienda, donde todavía permanece el arrugado nido de golondrinas y, regurgitando el alimento de su estomago, da de comer a las crías de otra madre. El paso del animal tan solo detiene la huida de Zaida por un instante, pero la mora consigue escabullirse por las tiendas de los nobles aragoneses sin ser vista, hasta salir del campamento.

XXVII

El joven sarraceno se ha adentrado en la onírica pradera y ha ido rompiendo una ramita de brezo cada veinte pasos, pero ha llegado un momento en que ha perdido de vista la ventana por la que accedió a este mundo y se siente perdido, desorientado, y todavía no ha avistado nada parecido a un algarrobo ni a las mujeres que deberían custodiarlo; tan solo brezo, hermoso brezo, florido brezo, infinito y repetitivo brezo.

—¡Lo está pasando mal! —dice una voz tras el joven. El moro se gira pero allí no hay nadie. Piensa que el sonido ha sido fruto de su imaginación, una frase que su subconsciente le ha traído. Sigue avanzando hacia donde sea, hacia ningún lugar. Lo único que puede hacer es seguir adelante.

—Este no es su mundo —dice la voz de una anciana detrás de él. El sarraceno vuelve a girarse rápidamente y de nuevo no se le muestra nada—. Es joven y estúpido —vuelve a decir la voz de la anciana—, se cree que tiene voces en la cabeza.

—Pero no parece un ladrón —dice la otra voz con amabilidad—, más bien parece que se ha perdido.

—Eso creímos la última vez y mira lo que ocurrió...

Los sonidos son claros. El sarraceno los oye continuamente detrás de él e incluso los siente, pero cada vez que se gira y cree ver algo por el rabillo del ojo, nunca hay nadie.

—Dejemos de jugar y mostrémonos —dice la voz femenina de menor edad.

El joven sarraceno se gira lentamente, como si tan solo pudiera descubrir a sus interlocutoras por el rabillo del ojo y, finalmente, aparece ante él el esperado algarrobo y las dos mujeres que lo custodian. El árbol no está directamente plantado en el suelo, sino que su tronco se retuerce sobre sí mismo y atraviesa un agujero en la tierra, como si estuviera enraizado en un piso inferior, en el mundo dormido al que pertenece el sarraceno.

—Hemos estado siempre a tu espalda —dice con una sonrisa en la cara la más joven de las mujeres.

—Es el mejor lugar para ocultarse de alguien.

—Si no quieres que alguien te vea, permanece todo el rato detrás de su espalda.

—A menos que lleves un espejo —apuntilla la vieja.

—A menos que lleves un espejo —afirma la joven con una gran sonrisa.

Las dos mujeres cubren sus cuerpos con mantos púrpuras de pies a cabeza. Se sientan sobre gruesas piedras a cada lado del árbol, mientras una teje y la otra observa.

—¿A qué has venido, muchacho? Si vienes a robar la bandeja de plata, llegas tarde.

—No busco ninguna bandeja, señora, sino a la mujer y a la hija del rey Edecón. ¿Sois vosotras?

—Yo soy el recuerdo ideal de su mujer —dice la más joven.

—Y yo la larga y eterna descendencia de su pueblo... ¿Y tú? ¿Tú quién eres?

—Soy el hijo menor de Al Yusef, médico real de la corte del rey Zaen.

Las dos mujeres se miran con complicidad.

—¿De cuál de las cuatro ciudades vienes?

—De la medina al-Turab, la ciudad del polvo...

—¿La ciudad de los valientes? —dice exaltada la anciana—. ¿La que destruyó Edeta?

El sarraceno teme por la violenta reacción de la vieja y da un paso hacia atrás.

—Tranquila, hija... —dice la joven para tratar de calmar a la anciana—, sabes que fue decisión del dragón.

—¡Lo sé, madre! —se disculpa la anciana—, pero cada vez que lo recuerdo, me hierve la sangre.

—¿Qué es este lugar? —pregunta el sarraceno, deteniendo la discusión de las damas.

—Este es el sueño de la tierra —dice con amabilidad la más joven de las dos.

—¿Estoy soñando? —pregunta el moro mirando a su alrededor.

—¿Tú? ¡Tú no, estúpido! —se adelanta a responder la anciana—, es la tierra la que sueña.

—Sueña con este lugar —dice la joven mientras abre los brazos para mostrarle la hermosura del paisaje—. Cuando nuestro pueblo estaba avocado a la desaparición, el Gran Dragón de alas negras nos permitió vivir aquí, siempre y cuando no molestáramos a la tierra.

—¿Y tú por qué vienes a molestarnos? —se queja la anciana—. ¿Qué quieres?

—Vengo de parte de San al-Jadir...

—El mata-dragones...

—El mentiroso...

—El que lo sabe todo...

—Dijo que me daríais hombres para mi causa.

—No damos hombres, damos guerreros.

—Fieles a la causa de la tierra.

—¿Cuál es tu causa, sarraceno? —pregunta la joven.

—Vengar la muerte de mi padre.

—Esa no es una causa.

—Eso es un mal negocio.

—¿Qué nos ofreces a cambio?

—No tengo nada que ofreceros.

Las mujeres se miran entre ellas, dejando escapar una mueca de descontento.

—¿Quieres que te ayudemos en una causa insensata y no tienes nada con qué pagarnos? —ríe la anciana.

—Tan solo tengo cuanto veis.

—Esa espada que lleváis es de buen acero —dice la más joven—. Vos no lo veis, pero es un arma que ha pasado por muchas manos y ha matado muchas cosas, no solo hombres, y por ella fluye tanta cantidad de magia como la que hay desde los orígenes de la humanidad. Sería muy útil para la lucha de nuestro pueblo.

—No puedo ofreceros esta espada —dice el sarraceno—, con ella he de matar al rey cristiano.

—Es joven —dice la anciana—, sería un buen guerrero para nuestra causa.

—Pero no es de los nuestros —se queja la joven—, nuestra causa es la de la tierra y la suya la de matar a un hombre, no tienen nada que ver.

—Sí, pero mírale los ojos.

Las mujeres se sorprenden al ver una luz amarilla que brilla en las cuencas oculares del sarraceno.

—¡Es el hijo del hechicero! —dice sorprendida la más joven.

—Tiene en los ojos la precisión del arco y la flecha, como su padre.

El sarraceno teme las palabras de las damas: hablan de quitarle los ojos, y retrocede un paso hacia atrás. Echa mano de la espada, pero la anciana es más

rápida y se lanza sobre el sarraceno. Una mujer tan frágil y vieja como aquella no debería suponerle un problema, pero la mujer cuenta con el ímpetu de un pueblo entero y no puede quitársela de encima. Mientras la anciana lo retiene, la dama más joven se arrodilla frente a la cabeza del sarraceno y coloca sus manos sobre los ojos del moro:

—Te dolerá un poco —le dice con dulzura—, pero tú no cierres los ojos.

El joven siente cómo la magia amarilla fluye de sus pupilas hacia las palmas de la dama. La operación es dolorosa, y el moro lanza un grito escalofriante que se pierde en la inmensidad de la pradera. Una vez que las mujeres han conseguido lo que querían, dejan libre al muchacho, que queda tendido en el suelo. El dolor del momento hace que su respiración se agite y sea incapaz de levantarse. Desde el suelo, su trémula visión recupera la normalidad y ve cómo la joven deposita el brillo luminoso de sus ojos dentro de un pebetero de arcilla.

—Su padre no gritó tanto... —dice la anciana, mientras arranca un puñado de pequeñas flores verdosas que cuelgan del algarrobo. La mujer las deja caer por el agujero que rodea el tronco y, poco a poco, la tierra engulle al sarraceno atravesando la capa blanda del sueño para pasar al mundo de la vigilia.

Ya no se encuentra en la pradera rodeado de brezo, sino en las huertas que pertenecen a la ciudad y sobre las que ha caído la noche. Sigue estando el mismo árbol plantado a unos metros de él, pero ahora no atraviesa ningún agujero, sino que se agarra con fuerza a la tierra y se proyecta hacia el cielo estrellado. Quince hombres robustos le esperan bajo el árbol. Van cubiertos con cascos de cuero decorados con una crin de caballo. Adornan sus bíceps con brazaletes y van vestidos con túnicas cortas de ribetes morados. El primero de ellos, el más grande de todos, se adelanta y saluda al sarraceno.

—Soy Edecón, rey de los edetanos. Has pagado por nuestros servicios y te acompañaremos hasta la muerte.

XXVIII

El lugar ha cambiado muy poco desde la última vez que Zaida lo visitó. Esperaba que la higuera estuviera seca y muerta, pero no es así, sino que se alza majestuosa a la noche estrellada. Sensaciones y sentimientos se entremezclan en una difícil contorsión dentro de su pecho. La doncella prefiere no escuchar los recuerdos de su cabeza para poder soportar la incomodidad de encontrarse en aquel lugar. La sordera interior de su mente le impide saber para qué ha venido, y le da la vuelta al árbol en un ejercicio de contemplación pasiva. Descubre la cicatriz que la espada de hoja negra dejó sobre la corteza de la higuera y la recorre con la yema del dedo índice, siguiendo su forma flechada, y algo dentro de su pecho da un respingo. Las lágrimas acuden a sus ojos, pero no quiere llorar. Abraza el tronco del árbol, cuya fuerza natural le calma la respiración. El poderoso tronco le transmite consistencia y la lisa corteza de su cuerpo le empapa la mejilla con una fría felicidad, muy agradable para una noche tan cálida como esta. Para sorpresa de la doncella, la higuera mueve sus frondosas ramas y le devuelve el abrazo:

—¡Llora, pequeña, llora! —dice la higuera—. ¡Llora todo lo que tengas que llorar...!

Ya sea por la extrañeza del momento, o bien porque no puede retener la tristeza que siente dentro de ella, la muchacha rompe a llorar sobre la corteza del árbol.

—Pero no llores de pena, mi niña —dice el árbol—, llora de alegría, porque tu padre no murió. —Zaida abre los ojos, sorprendida—. Tu padre reptó por el suelo hasta alcanzar uno de mis frutos y se lo comió. ¿Recuerdas el sabor tan desagradable que tenían? Pues tu padre lo soportó con estoica firmeza y consiguió sanar todas sus heridas, todas menos una: aquella que los cristianos abrieron en su corazón. Tras recuperar sus fuerzas, agarró con rabiosa decisión la espada negra que los cristianos habían clavado en mi tronco y nació en él un fuerte sentimiento de venganza. Gracias a esa llama que ardía en su interior consiguió extraer el arma de mi cuerpo y me devolvió la vida, pero nunca más volví a dar frutos. Tu padre nunca dejó de buscarte, pero las cabalgadas por tierras cristianas se hacían cada vez más peligrosas.

Lo disuadieron, le dijeron que seguramente los cristianos ya te habrían matado pero, hasta hoy mismo, siempre trató de limpiar tu nombre.

La muchacha cae en la cuenta.

—Entonces... ¿Mi padre sigue vivo? —dice entusiasmada.

Las ramas de la higuera se separan con suavidad y dejan libre a la doncella. El árbol busca con cuidado las palabras para contarle lo sucedido, pero no es sencillo decirle que su padre estaba vivo hacía apenas unas horas.

—No es tan fácil de explicar... —dice la higuera, pero Zaida está decidida y quiere encontrar a su familia. Antes de que la higuera pueda decir nada más, la doncella levanta la cabeza y ve cómo la puerta de Xerea, que se encuentra frente a ellos, se abre y despidе una luz anaranjada. La entrada a la medina se le presenta libre y despejada, y la mora no duda en aprovechar la oportunidad.

—¡No! —grita el árbol—. ¡Tú padre murió en la torre de Boatella! —Pero Zaida no oye la advertencia de la higuera—. ¡Vuelve! ¡En la ciudad solo encontrarás miedo!

La siniestra luz que sale de la puerta se hace cada vez más intensa y a Zaida le queda muy poco para alcanzar la entrada. Pero, en ese momento, los portones se cierran de golpe y tras ella aparece la alicatena. La criatura se levanta todo lo alta que es e impide que la doncella escape. Zaida pasa de una eufórica alegría a un temor súbito en apenas unos segundos, y ese profundo y delicioso terror vuelve loca a la alicatena. La criatura se acerca sinuosa a la mora y la rodea, no tiene escapatoria, y abre su redonda y profunda boca proyectando sus dos colmillos curvos. Por un instante la doncella ve la oscuridad que se oculta en lo más hondo de su ser e, inmediatamente, el animal se lanza sobre ella. La mora cierra los ojos para recibir el doloroso bocado, pero algo lo detiene. San Al Jadir ha llegado al galope y las briosas pezuñas de su montura han golpeado a la criatura. La alicatena se aleja de la muchacha y San Al Jadir aprovecha el momento para bajar del caballo. El animal se interpone entre la criatura y la doncella y la defiende con sus pezuñas.

—El murciélago ha ordenado que los monstruos abandonen la ciudad —dice autoritario San Al Jadir—. ¿Por qué sigues aquí?

—Allí donde haya hombres estaré yo —aclara la alicatena con su crujiente voz—. Me alimento de vuestros miedos y me teméis tanto como me necesitáis. Todos quieren deshacerse de sus pesadillas, aunque algunos disfrutan cuando alimento sus miedos.

—No intentes confundirme, criatura —amenaza el santo—. Te maté una vez y no dudaré en volver a hacerlo.

—Por mucho que me mates nunca podrás deshacerte de mí —ríe la alicatena—, resurgiré una y otra vez, porque me escurro entre vuestras piernas temblorosas desde los albores de la humanidad. Os escondéis en cuevas húmedas y oscuras, pero siempre os encuentro.

—He de reconocer que has hecho un buen trabajo con la ciudad —dice San Al Jadir—, todos están aterrorizados, pero en el campamento hay un gran número de valientes. Cristianos valerosos que no puedes oler porque estás hecha de miedo y no tienes nariz. El campamento huele a valentía, a todo tipo de valentía, e incluso su coraje se vuelve imprudente, pero eso a mí me vale.

El santo inhala profundamente el aire que le rodea y su cuerpo aumenta de tamaño. Zaida siente como si algo dentro de ella se vaciara. El valor que sale de su pecho deja un vacío interior que la asusta. San Al Jadir vuelve a inhalar y su cuerpo aumenta. Cada vez que respira se hace más grande, y cada vez que se hace más grande su respiración es más potente. Sobrepasa la altura de las murallas de la ciudad y la altura de cualquier edificio. Se vuelve tan alto que la mora no sabría compararlo con nada que ella conozca. Se le puede ver en varios kilómetros a la redonda y, cuando la alicatena se convierte en lo que es para él, un pequeño insecto del suelo, deja de crecer y la aplasta con su gigantesco pie. El crujido de la criatura es desagradable. Zaida tiene que saltar hacia atrás para no verse envuelta en el líquido viscoso que se escapa de la bota del santo. Reprime una arcada y ve cómo el gran pie arrastra el cuerpo aplastado de la alicatena hasta el foso. La pequeña corriente desmiga el exoesqueleto de la criatura y se lo lleva por las acequias hasta llegar al mar.

San Al Jadir exhala profundamente el aire de sus pulmones y mengua de tamaño. Recupera su altura normal y moviliza y estira todo su cuerpo.

—¡Mmm! —exclama con placer—. Nunca subestimes el poder de la respiración, te deja tan relajado...

La muchacha vuelve a sentir el valor dentro de su pecho, pero no termina de fiarse de aquel individuo. Es capaz de convertirse en un gigante, y la mora no tiene muy claro si es un sarraceno que viene de la ciudad o un cristiano que se ha alejado del campamento. La cruz roja de San Jorge lo delata como creyente en Dios, pero Zaida no lo conoce, y puede que la confunda con una de las moras de la ciudad. La muchacha se mantiene alerta frente a la puerta.

—¿Queréis entrar en la ciudad? —pregunta San Al Jadir—. No creo que la puerta os deje —dice, señalando el portón de madera.

Zaida se gira y da dos pasos atrás. En el torreón que se levanta encima de la puerta hay dos ventanas cuadradas con dos candelas en sus alféizares. Las llamas de los candiles asemejan las pupilas tintineantes de unos ojos.

—Aquí dentro intentamos dormir —dice la puerta con una gruesa voz femenina—, agradeceríamos un poco de silencio.

La amabilidad de la puerta no disimula el enfado que tiene, y el torreón refuerza la seriedad de su expresión con la curvatura del portón.

—Mi más sinceras disculpas —agasaja el santo de manera exagerada—. Ahora mismo nos marchamos.

Pero entonces la torre mira con altivez a Zaida, que ni ha hecho una reverencia ni se ha disculpado.

—Agachaos y pedid disculpas —le dice San Al Jadir entre dientes.

La muchacha reacciona y hace la reverencia:

—Lo sentimos... —se disculpa con algo de timidez—, lo sentimos mucho... no... no volverá a ocurrir.

—¡Más exagerado! —vuelve a insistir San Al Jadir entre dientes. La muchacha repite la reverencia con unos aspavientos que llegan a ser ridículos.

—Le ruego el mayor de los perdones, su majestad...

—No es una reina —advierde rápidamente San Al Jadir—, es una torre...

—Su, su... —vuelve a intentar Zaida—, su... ¿Su torridad? —San Al Jadir asiente por el acierto y Zaida termina la frase—. Mil perdones por las molestias su torridad, pero... ¿habría alguna posibilidad de que me dejara entrar en la ciudad?

—¿A estas horas?! —se exalta la torre—. Ni hablar, vuelve mañana por la mañana. Esta noche la luz de luna será tu manta y la hierba del suelo tu colchón.

La torre los mira con la seriedad implacable que la caracteriza y, poco a poco, hace que la luz de las velas se consuma lentamente hasta quedarse dormida.

—¿No sabes que es muy peligroso andar a solas por una ciudad sitiada —advierde San Al Jadir—, en medio de la noche y sin escolta? —La doncella no sabe qué contestar, porque todavía no se fía—. La medina está llena de miedo y de terror, ahora mismo es como un perro asustado que se siente atrapado y, si se le aborda directamente, puede morder. Hay que acercarse con sigilo y amabilidad, y yo conozco el lugar idóneo.

San Al Jadir invita a la mora a que le acompañe. La doncella accede y ambos se alejan de la puerta, siguiendo la curva que la muralla realiza en su giro hacia el sudoeste. Entre ellos se coloca el caballo, cuyos cascos producen el único sonido de la noche.

XXIX

La gruta por la que se aventura el monarca no es muy estrecha pero, como el rey es alto y grande, tiene que encorvarse para no golpearse la cabeza. Todavía lleva atado el pañuelo azulado a la frente y avanza pegado a la pared de su derecha mientras, con el brazo contrario, tantea el aire para no chocar contra nada. Hace un buen rato que perdió de vista el brillo plateado del murciélago y ya no tiene nada a lo que seguir. De repente, un pensamiento fugaz surca su mente: ¿cómo es posible que un animalillo tan endeble como aquel pueda cargar con un yelmo tan pesado como el suyo... y durante toda la noche? Pero antes de que el rey pueda contestarse, las paredes de los lados desaparecen. Se siente totalmente desorientado en mitad de la oscuridad y no sabe qué camino tomar. Apenas levanta los pies para avanzar, inseguro y temeroso, y nota algo en el suelo. Se agacha y lo examina. Parece una antorcha empapada en aceite y, desde lo más profundo de la cueva, sopla un aire suave y caliente que la prende por arte de magia. El monarca consigue ver lo que le rodea. Las paredes no han desaparecido, sino que el pasillo le ha llevado hasta una cámara más ancha. Sus ojos se abren para acostumbrarse a la luz de la tea y no puede creer lo que ve ante él: montañas de gemas, monedas, piezas ornamentales y todo un sinfín de objetos de oro se alzan hasta casi tocar el techo. Un botín olvidado y escondido bajo tierra que esperaba ser descubierto. El monarca no sale de su asombro. El brillo dorado de las monedas no le sorprende pero, al comprobar que las leyendas templarias son ciertas, perfila una pequeña sonrisa. Con el tesoro podría financiar todas sus campañas desde aquí hasta Grecia pero, más importante que el tesoro, es ganar el enclave de la ciudad de los valientes, así que no se deja apabullar por el metal y se pregunta qué habrá sobre su cabeza: ¿se encontrará directamente bajo la ciudad? ¿Habrá algún pasadizo secreto que le permita asediar por sorpresa la medina?

El monarca ilumina las paredes de la cámara y descubre seis portentosos pilares que se proyectan hacia el techo y se retuercen sobre sí mismos. De repente, la llama de la antorcha baila durante unos segundos. Al rey le falta el aire y nota en su pecho un vacío ocupado por el miedo y la inseguridad. Cualquier ruido le asusta, cualquier sombra le aterra. Se siente cada vez más

apretado y agobiado por todo lo que le rodea. Tiene miedo, mucho miedo, y no sabe por qué. No se siente a salvo ni seguro y, como el buen cobarde que es, echa a correr. El miedo y el estrés le impiden saber cuál es la gruta por la que accedió, y se cuela por el pasillo más cercano para escapar de un peligro que ni siquiera ha visto. Es un miedo primario a lo desconocido, un terror en lo más profundo de su interior.

Llega al final del pasillo a toda la velocidad que sus encorvadas piernas le permiten y, al detenerse para recuperar la respiración, levanta la mirada y descubre frente a él el rostro demacrado de un hombre incrustado en la piedra. El rey salta hacia atrás y se queda quieto y asombrado, pero no vuelve a huir corriendo. Siente cómo la sangre le corre por las venas y el oxígeno le nutre de nuevo los músculos. El angustioso vacío de su pecho desaparece, y una respiración amplia y relajada le devuelve la confianza. El hombre empotrado en la pared parece muerto, o debería estarlo pues, aunque su carne no ha sido corrompida por los gusanos, parece haber perdido toda el agua de su cuerpo. La pared es lisa, y el difunto parece fundirse con la roca como si el caballero hubiera querido escapar del interior de la piedra dejando al descubierto tan solo algunas partes de su cuerpo. Se muestra su rostro, parte de sus brazos y sus antebrazos, sus piernas y su pecho, guarecido por una vestimenta blanca hecha jirones en la que el monarca reconoce la cruz roja de los templarios. Aunque la piel del difunto se ha convertido en tiras secas que amortajan sus huesos, sus venas más superficiales siguen activas, y por ellas fluye un líquido gris plomizo que torna la carne más inmediata en un color dorado, como si el cadáver quisiera convertirse en oro. El rey ilumina la imagen para observar más de cerca el fenómeno, y descubre que el cadáver retiene en una de sus manos una pequeña bandeja de plata. El rey se atreve a acercarse la mano para examinar el objeto pero, cuando está a punto de cogerlo, siente cómo algo blando y jugoso se aplasta bajo sus pies. En el suelo de la gruta hay una bandeja de plata que debió caérsele al difunto antes de morir. Sobre ella, y esparcidos alrededor, el monarca encuentra una serie de higos maduros que se agacha a recoger.

—No te los comas... —dice de repente el difunto—... son para el dragón.

El monarca retrocede sorprendido por la inesperada reacción de quien debería estar muerto. Tan solo se atreve a acercarse la llama de la antorcha para ver los ojos grises y ciegos del cadáver. El difunto olisquea el aire para identificar a su intruso.

—¿Don Jaime? —dice, articulando una mandíbula acartonada que lleva años sin abrir—. ¿Sois vos? Os reconozco por el olor. ¡Alabado sea el Señor,

porque habéis venido a matarme!

—¿Mataros? —se extraña el soberano—. No, ¿por que debería hacerlo?

—Porque os traicioné... —El monarca no comprende las palabras del extraño individuo—. ¿No me reconocéis? —insiste—. Mi carne se ha transformado tanto que se ha convertido en algo estático e inhumano. Soy aquel aprendiz de templario que os guio por las grutas subterráneas del castillo de Monzón.

Por mucho que el monarca afine la mirada, no es capaz de reconocer aquel que dice ser, pero su voz y su historia parecen confirmarlo.

—Os ruego vuestro perdón, majestad, pues el castigo por mi traición ya lo estoy padeciendo. Fui yo quien se llevó vuestra espada de los montes de Albarracín.

—Pero... —duda el monarca—, los templarios no me acompañaron en el asedio de Albarracín. De hecho, creía que no podíais guerrear contra otros cristianos.

—Así es, majestad, pero el Maestre de Montredó me obligó a seguiros. Sospechaba que vuestros partidarios os traicionarían y temía por vuestra seguridad.

—¿Cómo conseguisteis mi espada?

—Os encontré frío e inconsciente en la orilla del río. Os llevé de vuelta al campamento para dejaros a salvo en vuestra tienda, pero el pecado de la avaricia pudo conmigo y, rápidamente, pensé cómo sacarle provecho a vuestra arma. Os la robé para ofrecérsela a vuestro primo Ramón Berenguer, y con él y con sus hombres asaltamos estas tierras a fin de hacernos con todas sus riquezas. Quizás vos no lo recordéis pero, tanto yo como vuestro primo, sabíamos que teníamos que doblegar al murciélago de la ciudad de los valientes para hacernos con sus tierras y con el tesoro de los emires musulmanes. Continuamente fracasamos en nuestro empeño, hasta que decidí encontrarlo por mis propios medios. Sin embargo, cuando llegué a la encrucijada donde se unen los pasillos subterráneos, una bandada de murciélagos salió a mi encuentro y me arrastró hasta el final del pasadizo. Me golpearon contra la pared, y de la roca surgió un medio hombre que me apresó entre sus brazos y tiró de mí hasta fundirme con la piedra. Los moros y su magia son terribles. No os fieis de ellos. —Pero el difunto no cuenta que fue él quien prendió fuego a la hoguera que consumió al jardinero real, convirtiéndolo en un medio hombre—. Aquí permanezco quieto y contemplativo, sin ni siquiera saber cuánto tiempo ha pasado. ¿Qué año es?

—1238 —responde inseguro el monarca.

—Diez años. Apenas han pasado diez años y a mi me ha parecido una eternidad —se lamenta el hombre—. Deseé tan fervientemente el oro y las gemas de esta tierra, que la presión de las rocas me está convirtiendo en una de ellas. La piedra te succiona todo el arrojito que hay en tu cuerpo, y cada milímetro de tu carne se queda quieta y temerosa de correr cualquier riesgo por miedo a morir. No muero, pero tampoco vivo, sino que tan solo soy, y estoy, hasta el final de los días, hasta el día del juicio final en el que todos los dragones del mundo alzarán el vuelo sobre la tierra. No será un dragón con mil cabezas como dicen las sagradas escrituras, sino mil dragones, cada uno con la suya. Me lo ha dicho la piedra. —A pesar de la valentía del monarca, las palabras del hombre cada vez le infunden más miedo—. Este lugar es demasiado peligroso, mi señor. Debéis huir, pero no lo hagáis por donde habéis venido, utilizad la bandeja que cuelga de mi mano. Primero tendréis que ablandar mis dedos para conseguirla.

El monarca observa las falanges del hombre-roca. Sus dedos se han endurecido tanto como la piedra y se han unido a la pared.

—¿Cómo lo hago? —pregunta el monarca.

—Con un beso —responde el medio hombre—, con un acto de clemencia hacia mis faltas. Tan solo el perdón de un rey puede ser tan fuerte como una piedra.

El monarca se acerca a la cabeza del hombre-roca y posa sus labios sobre su frente. El rey siente la frialdad de su carne endurecida pero, al contacto con su boca, recupera por unos instantes el color de la piel humana. El hombre-roca articula levemente sus dedos petrificados y deja caer la bandeja de plata. El monarca la recoge y descubre en su reverso una serie de inscripciones. La primera frase está escrita en un idioma de puntos y rayas que el monarca desconoce y no sabe leer. La línea inferior presenta letras latinas y otra, más abajo, surcos redondeados que asemejan la grafía sarracena.

—Leed la frase en latín, o en árabe si lo conocéis, pero la primera línea pertenece a un lenguaje arcaico que nadie conoce y nadie ha sabido descifrar.

El rey carraspea preparándose para leer, pero la preparación es excesivamente larga y el hombre sospecha.

—¿No sabéis leer?

El monarca agacha la cabeza, ofendido.

—¿No os enseñaron los templarios?

—Sí, pero con nueve años empecé a reinar y tuve que aprender sobre la marcha. Nunca vi necesario aprender a leer o a escribir. Tenía buenos consejeros.

—Pero los consejeros también mienten —replica el hombre—. Si de verdad queréis ser un buen rey, aprenderéis a leer y a escribir. Lo digo por vuestro bien.

El monarca, lejos de acobardarse, acerca la precaria luz de la antorcha a la bandeja de plata y trata de leer la línea escrita en latín:

—¡O... os... o, os, to... osto... dal! ¡Ostodal! —dice triunfante, y en un recodo del pasillo las potentes raíces que se insertan en el techo de la gruta se mueven sibilinas y dejan al descubierto una precaria escalera de raíces que llevan a la superficie.

El hombre sonríe por el éxito del monarca.

—Gracias —dice el rey.

—Gracias a vos por no guardarme rencor. ¡Ahora marchaos! Este no es lugar para mortales.

—¿Cómo puedo ayudaros? —pregunta el monarca.

—No merezco vuestra ayuda y no podríais ayudarme aunque lo quisierais. Este es el castigo que he recibido por no tener en cuenta las consecuencias de mis actos. Tan solo la espada de hoja negra podría matarme, pero no la lleváis con vos, ¿verdad? No siento su magia.

—Cuando la recupere, volveré para aliviar vuestro tormento, os lo juro.

—Os daré un consejo —dice el hombre—, jurad solo cuando sea estrictamente necesario y, cuando recuperéis vuestra espada, utilizadla con sabiduría, no como hice yo.

El monarca apenas sube un par de peldaños cuando divisa en lo alto del hoyo la poderosa higuera que lo mantuvo sujeto en el aire.

—¿Vos otra vez? —dice el árbol—, os habéis equivocado de camino.

—Dejadlo marchar —insiste el aprendiz de templario—, no ha cometido ningún pecado como para que lo retengáis.

—Callad, insensato. Vuestro castigo es más que merecido, pero las fuerzas de esta tierra tienen un destino diferente para él.

El monarca no presta atención a la discusión entre el aprendiz y el árbol, sino que se fija en la marca alargada que muestra el tronco de la higuera: la flecha de un solo vértice que señala hacia el interior de la gruta. El monarca mira hacia abajo e ilumina en esa dirección, descubriendo en el suelo otra línea recta cruzada por dos vértices que apunta hacia el interior de la cueva. El silencio del momento y la indecisión del monarca hacen entender al hombre que el rey ha descubierto las flechas.

—¿Las reconocéis? —pregunta el aprendiz—, fueron las mismas flechas que nos guiaron por los túneles del castillo de Monzón. —El monarca sigue

indeciso y no sabe si subir o bajar las escaleras—. Indican la dirección hacia el conocimiento puro, yo mismo las dibujé —continúa hablando el hombre—, pero si buscáis la verdad absoluta, yo os la diré: la inmortalidad duele, y mucho, ese es el conocimiento que encontraréis al final de estas grutas. —El monarca calla, pero el hombre intuye perfectamente que sus palabras no han convencido al rey—. No está en vuestra naturaleza huir, ¿verdad...? Si tenéis que ir, id, pero no lo hagáis con miedo como hice yo, sino con cuidado y, por lo que más queráis, no dejéis que los murciélagos os cojan.

El monarca baja los dos últimos peldaños del árbol y se dispone a surcar de nuevo la gruta.

—No olvidéis la bandeja —advierte el aprendiz—. Los higos calmarán al dragón.

El monarca recoge la mayor cantidad de frutos que puede y los coloca sobre la bandeja. Desanda con cautela el pasillo y, a medida que se aleja de la higuera, las raíces del árbol se repliegan y ocultan la salida.

Cuando el monarca llega a la cámara donde se haya el tesoro musulmán, el murciélago plateado le espera con el yelmo todavía agarrado entre sus patitas. El animal sale volando por uno de los pasillos, y el monarca no duda en seguirlo.

XXX

Zaida examina de arriba abajo al santo que camina a su lado, junto al caballo. Su barba poblada y su tez oscura lo delatan como sarraceno, pero los rasgos perfilados de su rostro dicen que procede del norte. No lleva turbante en la cabeza, pero viste con túnica verde que le llega hasta los pies, y la cruz roja de San Jorge que lleva bordada en el pecho resalta sin ningún tipo de pudor. Zaida no sabría decir si es cristiano o sarraceno, y se aventura a romper el incómodo silencio que les acompaña.

—¿Sois de la ciudad? —pregunta la muchacha.

—No —responde escuetamente el santo.

La doncella espera algo más de información por parte de su acompañante pero, como este no vuelve a abrir la boca, Zaida pregunta de nuevo:

—Entonces, ¿venís del campamento?

—No, tampoco. No soy ni musulmán ni cristiano, o ambas cosas a la vez, no sabría decirte pero, si vuestra verdadera pregunta es saber si estáis a salvo conmigo, habéis de saber que no os haré ningún daño si vos no me lo hacéis antes. —La conversación queda unos segundos suspendida en el aire, hasta que el santo pregunta—: ¿Y vos...? —dice mientras mira de reojo a la doncella—. Claramente sois mora, pero es tarde y deberías estar dentro de la ciudad.

—No vivo en la medina —dice Zaida—, sino en la corte del rey aragonés. —La mora se da cuenta de que ha hablado de más, porque decir que es cercana a la figura del rey puede suponerle un peligro.

—¡Ah! —reconoce el santo—. Vos sois la famosa sarracena —asiente San Al Jadir—. Pues he de deciros que vuestra belleza hace justicia a los rumores.

Zaida respira aliviada y se sonroja por la reacción del santo. De repente, la mora se percata de que el animal que los acompaña le es familiar.

—Este caballo... —dice, sospechando—. ¡Este caballo es la montura del rey! —exclama sorprendida.

—Eh... —trata de responder el santo—. Sí —dice, encontrando la excusa perfecta—, sí que lo es. Se había escapado del campamento y lo estaba

devolviendo a su dueño... Vos... ¿Vos no seréis una espía? —pregunta el santo para cambiar radicalmente de tema.

—No, no —se defiende rápidamente la mora—, mi lealtad es hacia el rey aragonés y a ningún otro monarca pienso servir.

—A quien sirváis me da igual —dice el santo quitándole importancia—. Ya puede ser moro o cristiano, que todos son reyes al fin y al cabo. Lo que realmente le hace falta a esta ciudad es una buen reina; una con mano firme que ponga a cada uno en su sitio.

Ambos sonrían por el comentario.

—Una mujer no podría gobernar una ciudad —dice la mora, resaltando la obviedad.

—¿Eso creéis? —pregunta incrédulo San Al Jadir—. Pues esta ciudad la tuvo, y una muy buena por cierto.

—¿Y qué le ocurrió? —pregunta Zaida con curiosidad, pero el santo no contesta porque llegan al vértice alargado de la ciudad, donde los soldados cristianos abrieron un agujero en la barbacana.

El santo pasa con nostálgica ternura la mano sobre las pequeñas muescas que los picos de los cristianos dejaron en la piedra.

—Cuenta la leyenda que un ejército de tortugas ayudó a construir las murallas, y que por eso son tan fuertes y resistentes... pero yo sé un secreto —dice San Al Jadir con complicidad—: la muralla tiene cosquillas. —El santo arranca un poco de pinocha de las ramas que saturan el foso y elige de entre ellas la que considera más fina y alargada—. Esta servirá —dice, acercando las hojas allí donde los cristianos comenzaron a rascar—. Hay que tener en cuenta que las cosquillas de una piedra no son las mismas que las de una persona —aclara el santo—, y si se incide demasiado hondo, allí donde la muralla es más sensible, esta se desmoronará y nos aplastará bajo sus cascotes. La punzada ha de ser precisa y exacta. Lo justo para que se abra un agujero.

El santo acerca el trozo de pinocha al muro, su pulso tembloroso no acierta a clavar la hoja en la pared y suda como si estuviera realizando una operación a corazón abierto. Trata de templar los nervios. Traga saliva. Sabe que toda muralla está destinada a desaparecer, tarde o temprano, porque tiene que liberar a los hombres que protege en su interior, pero esa misma tarde ya ha caído una de sus torres y su barbacana ha sido agujereada. La muralla lo está pasando mal, y el santo lo siente.

Cuando está a punto de clavar la hoja de pino sobre la roca, el caballo del rey relincha excitado.

—¡No puedo! —dice retrocediendo el santo—, soy incapaz de hacerle daño.

La doncella se extraña de ver cómo un hombre, que apenas unos minutos era tan grande como una montaña, ahora tiene miedo de unos simples cascotes de piedra; pero no es miedo lo que siente el santo, sino admiración, amor por aquellas rocas apiladas unas encima de las otras que desearía que no desaparecieran jamás.

—¿Pruebo yo? —pregunta Zaída.

—¡Sí! —piensa de repente el santo—, he oído decir que sois buena con la aguja. —El santo le ofrece la hoja de pino—. Pero id con mucho cuidado.

Zaída acerca la hoja de pino y San Al Jadir cierra los ojos, no quiere ver el momento. Si Zaída incide con demasiada presión, la muralla se derrumbará y, aunque él volvería a nacer, Zaída no tendría tanta suerte, y las murallas no volverían a ser las mismas.

El pinchazo es limpio y simple, propio de un cirujano o una costurera, y la ramita ni siquiera se parte por la mitad. La muralla se quiebra levemente con un par de grietas que desprenden la roca y dejan al descubierto un pequeño orificio por el que pasar. El santo suspira aliviado y acaricia la muralla. —¡Ya está! ¡Ya pasó!— Y cuando se gira hacia Zaída, ve en ella el brillo amarillo de la precisión reluciendo en sus ojos.

—¡Sois la hija de Al Yusef! —dice sorprendido.

La mora retrocede un paso al ver que el santo conoce su origen, pero el hombre no se muestra hostil sino entusiasmado, aunque se da cuenta de que una parte de la realidad se le escapa.

—¿Cómo... cómo sobrevivisteis? —pregunta extrañado el santo.

Zaída nunca le ha contado esa historia a nadie porque la tacharían de loca. En ocasiones ni ella misma se cree que ocurriera de verdad. Pero después de todo lo que ha vivido esta noche, y de lo que es capaz de hacer el santo, la mora se siente libre de contar su historia.

—Me salvó un toro —comienza a contar la sarracena...

XXXI

Cayó la noche y los siete cristianos que acompañaban al falso rey Ramón Berenguer V se ocultaron cerca de los bosques de Teruel. Allí ataron a la muchacha a un árbol para que no se escapara, y le amordazaron la boca para que no pidiera auxilio. Encendieron una hoguera junto a la que durmieron, mientras el templario curaba la herida de aquel que había recibido la caña astillada de Al Yusef. Con lo poco con lo que contaba, tan solo pudo limpiar y proteger la herida con una tela.

—Descansad —le dijo a su compañero—. La primera ronda la haré yo.

El cristiano no tardó en acostarse sobre el mullido suelo y cayó rendido como el resto de sus compañeros.

El templario esperó lo justo para oír cómo los ronquidos de los cristianos le indicaban que estaban profundamente dormidos. Aprovechó el momento para extraer el documento que había sustraído de la torre de Ali Bufat y lo examinó a la luz de la hoguera. El documento mostraba un mapa de los túneles subterráneos que discurrían bajo la ciudad, pero el templario tampoco sabía cómo descifrarlos. Se acercó a la muchacha maniatada y, con cautela, le puso el dedo sobre la boca para que no gritara. Una vez que el templario vio que la muchacha lo entendía, le quitó la mordaza de la boca.

—Voy a soltarte —le dijo el templario—, pero necesito que me digas dónde está la alquería de Mahabit.

La muchacha miraba fijamente a los ojos del templario sin entender muy bien sus palabras. Todavía no había aprendido la lengua de los aragoneses, pero el nombre de Mahabit resaltaba sobre el resto del discurso. Zaida recordaba la visita de dos mujeres que le dieron a su padre ese mismo mapa. No sabía qué importancia tenía pero, desde entonces, los ojos de su padre se volvieron secos y cansados, porque con la magia que brillaba en ellos había pagado por dicho documento. Al cabo de un tiempo, las damas volvieron para decirle que «había enojado al dragón». Su padre había plantado una higuera mágica en uno de los túneles que daban acceso al corazón de la ciudad, y solo la criatura podía interferir en esos accesos. Su padre había actuado de manera desconsiderada y, por eso, la criatura le quitaba su beneplácito. «No vuelvas por Mahabit», dijeron las damas, que se llevaron la bandeja de plata con la

que su padre accedía a los túneles de la ciudad, y según tenía entendido, aquella bandeja había pertenecido a su familia desde tiempos remotos, desde el mismísimo general Tariq.

La mora entendía perfectamente el ruego del caballero y asintió con la cabeza. El templario cortó la soga que la ataba al árbol y, agarrándola con firmeza por la muñeca para que no saliera corriendo, insistió:

—¡Mahabit! ¿Dónde?

La muchacha, con pulso tembloroso, acercó la mano al mapa y señaló un lugar alejado de la ciudad.

—¡Mahabit! —repitió la doncella.

—¿Mahabit? —preguntó de nuevo el templario.

—Mahabit —repitió la mora asintiendo, y el templario le soltó la mano.

El caballero malherido se despertó aquejado por la herida de la espalda. Al ver a la mora suelta y al templario con el mapa, dio la señal de alarma y los cristianos rápidamente se pusieron en guardia. Zaida corrió en una dirección mientras el aragonés lo hacía en otra, pero ambos fueron perseguidos por los cristianos.

De la suerte del templario no tuvo noticias, pero ella, que estaba perdida en una tierra en la que nunca había estado, pronto volvió a ser capturada por los cristianos. Esta vez lo hizo uno solo, aquel que todavía llevaba la herida sangrante en su espalda. Saltó sobre ella y la tumbó en el suelo. La mora forcejeó con los brazos y las piernas, pero el cristiano la retuvo y la amenazó con un cuchillo en la garganta. A través del filo del puñal el frío de la noche se hizo más intenso, y Zaida se estuvo quieta. Vio en los ojos del cristiano sus verdaderas intenciones. Sin ningún otro cristiano que lo juzgara o recriminara, iba a dar rienda suelta a sus instintos más salvajes y primarios. Su sonrisa mellada desprendía lascivia, mientras el tacto áspero de su mano era desagradable. Cuando la mora sintió el pesado aliento del cristiano sobre sus labios, un temblor inesperado sacudió la tierra. El aragonés se detuvo y levantó la mirada. En lo alto de la colina dominaba la figura de un toro que portaba una estrella entre sus cuernos. El animal estaba enfadado, enojado, no permitía que tales atrocidades ocurrieran en su tierra, y volvió a pisar con fuerza para que el astro que adornaba su cornamenta brillara con intensidad. La noche se tornó en un manto blanco de calma que dejó inconsciente a la muchacha. Cuando despertó de nuevo, se encontraba en las estancias reales de Teruel, mientras las damas de la corte le curaban las heridas. Le dijeron que un toro la había traído sobre su lomo y la había depositado frente a las puertas de la ciudad, y desde entonces, su presencia fue señal de buen augurio.

XXXII

El santo no puede creer la increíble historia de Zaida, pero no porque la considere inverosímil, sino porque le sorprende el total desconocimiento que tiene de ella. Sabía de la leyenda entre el toro de Teruel y la doncella mora que servía en la corte del rey aragonés, pero siempre la había considerado una leyenda, y ni por asomo había relacionado a aquella sarracena con la hija de su amigo Al Yusef. Hasta el momento, había creído que estaba moviendo los hilos según las indicaciones de Dios pero, o bien le estaba ocultando información, o a la divinidad se le escapaba algo.

San Al Jadir mira a la doncella y mira el agujero. Si Zaida pretende encontrarse con su familia y con su padre dentro de la ciudad, está muy equivocada.

—No os he preguntado por qué queréis entrar en la ciudad —dice con amabilidad el santo—, y no lo voy a hacer, pero os ruego que recapacitéis vuestra decisión. Ahí dentro ya no quedan ni los fantasmas del pasado.

La muchacha no quiso oír las últimas palabras de la higuera que le decían que su padre había muerto, pero no puede negar la evidencia y, si ha pasado diez años creyendo que su padre estaba muerto, seguir creyéndolo será lo mejor.

—¿Me haríais un favor? —le pregunta el santo—. Entréis o no en la ciudad, ¿podríais devolver el caballo al campamento cristiano?

—No sé si volveré —se lamenta la muchacha.

—No importa, en ese caso os lo regalo. —El santo le da las riendas de la montura y se aleja en dirección al río.

—¡Pero este es el caballo del rey!

—Lo sé —dice el santo mientras se aleja corriendo—, pedidle perdón de mi parte... —y desaparece por el recodo de la muralla.

La mora se queda sola con el animal. Al mostrarse manso y no encontrar dónde amarrar sus riendas, lo deja allí mismo. Se dispone a cruzar el muro por el agujero abierto cuando el caballo relincha y agita la cabeza. Se acerca al animal para calmarlo, pero este la recibe alzando sus patas delanteras. Está excitado, nervioso, y llamará la atención de los vigilantes sarracenos.

«Está en un lugar que no conoce» —Zaida recuerda las palabras de Don Gimeno. «Tiene miedo. No sabe lo que le va a pasar... Acércate, despacio, háblale con dulzura...».

La muchacha se acerca al corcel blanco con pasos cortos. El caballo se encabrita de nuevo.

«Cúbrete la cara con la mano... no lo mires fijamente, que vea que no eres una amenaza...».

La mora se tapa la cara y espera. El animal, más confiado, se acerca ante el olor reconocible de la doncella.

«Acarícialo el cuello... con suavidad... con presencia... que note que estás aquí para protegerlo...».

Zaida pasa la mano con ternura sobre la dureza de sus músculos, y el caballo comienza a relajarse.

«Muéstrale la palma y dile que no le dañará...».

La mora lo hace, y acaricia la frente del animal.

«... descubre qué es aquello que le asusta».

El caballo mira, dirige las orejas hacia al agujero en la muralla y la mora entiende lo que el corcel quiere decirle. De nada va a servirle cruzar la muralla y volver a una ciudad que ya no conoce y en la que ni siquiera la esperan los fantasmas, así que se resigna y vuelve al campamento; pero es una resignación dulce, porque sabe a dónde quiere ir.

XXXIII

Inquietantes chillidos se transmiten a lo largo de la gruta. Millones de murciélagos alfombran la piedra de terciopelo negro y observan a Jaime con sus diminutos ojos. Cree que los animales le están mostrando un pasadizo por el que atacar al ejército sarraceno por sorpresa pero, en vez de ascender, cada vez se adentra más en las profundidades de la tierra. La oscuridad engulle la luz de la antorcha, que es absorbida por la negrura de los animales, y tan solo el brillo plateado del murciélago le proporciona algo de visibilidad a lo lejos. El monarca sigue al animal hasta llegar a una inmensa caverna, donde el sonido de las gotas cayendo de las estalactitas retumba en el eco cavernario.

El murciélago deja el casco en el centro del recinto y se aleja por la oscuridad de la cueva. La gruta parece no tener fin, y el monarca coge el yelmo, deja la bandeja de higos en su lugar y escudriña a su alrededor. No hay nadie, no pasa nada, y entonces...

—Bienvenido a mi hogar, forastero —dice una voz desde lo más oculto de la caverna—. ¿Qué me traes ahí? ¿Higos mágicos? —La voz ríe y su risa es pesada—. Ni mis hijos ni yo comemos higos, sino mosquitos, y eso demuestra lo poco que conocéis vuestro mundo. —La misteriosa criatura debe ser enorme. Su voz es profunda e inunda la estancia. Se mueve de un lado para otro entre las estalactitas que cuelgan del techo, pero el monarca es incapaz de ver su cuerpo por completo—. Los humanos sois muy curiosos —dice la criatura de un modo paternal—, y vuestras creencias graciosas.

—¡Mostraos a la luz! —ordena el monarca.

—Me mostraré si quiero —responde con impertinencia la criatura—. No creas que eres el primer hombre que trata de encontrarme.

—Yo no trato de encontrar nada en absoluto —se excusa el rey—. Me han traído hasta aquí.

—Pues conténtate con oír mi voz —dice tajante—, y si buscas riquezas no tengo nada que darte. El tesoro que has visto no es mío, sino de los musulmanes, que querían mantener la ciudad agasajándome con joyas... ¡Pobres infelices! ¿Para qué iba a querer yo sus gemas?

—Yo no quiero dinero. Quiero la ciudad.

—Eso es aún más difícil —ríe la criatura.

—¿Quién sois? —pregunta Jaime con cierto temor—. ¿Eres el demonio? Si lo eres, juro a Dios que acabaré contigo. —El caballero va desarmado, pero no duda en blandir la antorcha llameante contra todo lo que se mueve a su alrededor.

—Baja la antorcha, necio, no soy ninguno de tus dioses, ni pretendo serlo. Soy esta ciudad, esta tierra, a ella pertenezco y de ella soy dueño.

—Si esto es brujería árabe, nada podrás hacer contra mis tropas. Dios está de nuestra parte y todo lo puede.

—Ni con vosotros ni con vuestro Dios quiero luchar. He visto de lo que sois capaces y no os temo, aunque prefiero llegar a un acuerdo.

—San Jorge guiará mi espada y mataré de nuevo al dragón.

La criatura ríe aún con mayor estridencia.

—Ni el Jorge al que te refieres fue santo, ni mató al dragón, sino que negoció con él. Fue un gran hombre, eso es cierto, quizás un poco manipulador y muy difícil de matar, pero buena persona al fin y al cabo. Supo muy bien cómo amansar al Toro de Teruel, pero aquello a lo que tú llamas dragón en verdad era una serpiente gigantesca que se escondida en las llanuras del sur de Francia y, a día de hoy, todavía lo hace.

—Eso es imposible —se queja el monarca—. Yo soy señor de Montpellier y por mis tierras no hay ninguna serpiente, como tampoco la hay en el condado de Barcelona ni en las tierras de...

—Sé muy bien quién eres y cuáles son tus posesiones. No hace falta que me lo recuerdes —interrumpe la criatura—. Me recuerdas mucho a aquel al que los moros llamaban El Cid, porque ambos sois igual de impulsivos y batalladores. Quizá sea algo intrínseco a vuestra condición de cristianos, pero fue una pena tener que desterrar a su mujer —piensa con cierta nostalgia la criatura—, era una mujer muy serena, calmada, pero carecía del espíritu necesario para mantener esta ciudad. Sí que lo tenía, pero le hicieron creer que no, y eso terminó por derrumbarla... Otros tantos han querido hacerse con mi ciudad, una y otra vez, pero no todos lo han conseguido, no todos son merecedores de tal privilegio. Los primeros en llegar a mis tierras fueron los descendientes del armenio Tubal, hijo de Jafet, nieto de Noé, que vino de las lejanas tierras de oriente para fundar la ciudad de Edeta y de Arse, a la que los romanos luego llamaron Lauro y Saguntum. Los dejé quedarse con la única condición de que no trajeran la religión a mis tierras pero, como ves, eso fue imposible. Dieron lugar a una descendencia de 25 reyes bíblicos, siendo Herculano Egipciano quien fundó la ciudad de Sait, la que los romanos

llamaron Saetabis, y vosotros Játiva. De esta manera las tres ciudades limitaban y controlaban el norte, el sur y el oeste de mis dominios. El edetano fue, y todavía es, un pueblo que respetaba los designios de la tierra. A cambio recibió toda su riqueza y por eso les dejé quedarse en el sueño de la tierra cuando los romanos estuvieron a punto de aniquilarlos.

—Yo no llegaré a acuerdos con infieles —interrumpe el monarca.

—Calla, mentiroso, y escucha. Sé que has hecho acuerdos con infieles anteriormente. Los poblados de Paterna y de Bétera te cedieron sus sitios a cambio de dejarlos con vida, ¿me equivoco? Soy esta tierra y conozco todo lo que en ella pasa, así que no intentes engañarme. Has de saber que conseguiste estos lugares porque yo lo permití. Podría haber suministrado más alimento a los moros que allí defendían las plazas, pero no lo hice; vi más conveniente ofrecértelas para el bien de tu empresa y también para el mío, pero no lo consideres una victoria, sino más bien un favor...

—No necesito el favor de nadie.

—¿Eso crees...? ¿Quién sopló desde el oeste para que las galeras tunecinas no atracasen en la costa? ¿Fue acaso tu dios? ¿Quién le dijo a la higuera que te protegiera mientras la ciudad se vaciaba de fantasmas? ¿Quién te salvó de la flecha, o le dijo al río que te extrajera el veneno de la alicatena? Si por mi fuera, te hubiera dejado morir en todas esas ocasiones, pero a mis hijos les caes en gracia, y fueron ellos los que te protegieron, no tu dios. No creas que lo tienes todo ganado, aragonés, ahora mismo podría acabar contigo de un bufido.

—Tus amenazas no me espantan, criatura.

Jaime, con la antorcha en alto, no teme sumergirse en lo más profundo de la oscuridad para matar a aquella bestia que tan soberbia amenaza le lanza, pero una bocanada de aire, caliente y pesada, surge de la nada y empuja al monarca por los aires.

—La confianza desmedida es la imprudencia de los ignorantes —dice la criatura—, y esta ciudad siempre ha tenido un exceso de valientes. ¿No te das cuenta de que no vas armado? ¿Acaso una simple antorcha bastará para vencerme? —la criatura ríe de manera desmedida—. ¡Los valientes...! De vez en cuando hay que pararos los pies para que no convirtáis la ciudad en polvo. Pero no quiero que me temas, aragonés, sino que veas que un solo hombre no puede conquistar una ciudad. Puedes esperar a tu dios y creer que tus hombres son suficientes, e incluso leales a tu causa, pero te aseguro que nunca pondrás un pie en mi ciudad si yo no te lo permito.

—Arrasaré la ciudad si hace falta y a todo el que haya dentro de ella.

La criatura ríe con condescendencia.

—Si acabas conmigo acabarás con la ciudad y entonces no tendrás nada que conquistar, pero si arrasas la ciudad yo seguiré con vida y haré de tu existencia un jardín de sufrimiento. No te mataré, te haré sufrir, y cuando hayas muerto, mi poder te seguirá allí a donde vayas a parar. Además, aunque acabaseis conmigo, aunque acabaseis con todos nosotros, detrás de nuestra alegoría física hay una fuerza mayor que nos respalda y a la que no creo que tu dios sin nombre quiera enfrentarse.

La criatura mueve su pesado cuerpo por la oscuridad de la caverna sin llegar a mostrarse totalmente al monarca.

—Cuando dejé que los hombres os asentarais en mis tierras sabía que erais animales a los que les gustaba el conflicto y la pelea, pero nunca creí que vuestras ansias de destrucción superarían vuestro buen juicio. Antes de yacer bajo esta ciudad, me resguardaba bajo la montaña donde se erguía la ciudad de Edeta, en un cerro desde donde se podía divisar la majestuosidad de la llanura fluvial sobre la que gobiernó. Por aquella época, incluso salía de mi escondite para surcar las esponjosas nubes y los niños, al ver mi envergadura, señalaban mis imponentes alas al pasar. No me temían, sino que me admiraban. ¡El gran dragón que sobrevuela los cielos! Pero entonces los romanos comenzaron a luchar entre ellos e hicieron de mis tierras el escenario de su guerra. Yo no tomé partido y dejé que cada ciudad y cada pueblo tomara posición en un bando. Los de Edeta se unieron al general Pompeyo y los de Sagunto, y la recién creada Valentia, al General Sertorio. Ante las murallas edetanas, los romanos lucharon contra otros romanos, y la tragedia fue espantosa. No solo ardió la ciudad, sino que los romanos robaron esa misma bandeja con la que me has traído los higos y entraron en los túneles subterráneos. Nunca sospeché que su intención era echar abajo los pilares de toda una ciudad, y no hice nada, no intervine, no creía que los hombres fueran capaces de sesgar un pueblo entero y aún menos desde sus cimientos; pero, sea como fuere, la ciudad de Edeta cayó y tardó mucho en levantarse. Dejé que los edetanos y los romanos del otro bando se tomaran la justicia por su parte. Como no contaban con la bandeja de plata para atacar, entraron en la ciudad de la única manera que sabían: a sangre y espada, y atacaron la ciudad de los valientes hasta reducirla a cenizas. Los hombres del General Pompeyo, no contentos con eso, torturaron y descuartizaron a cuantas víctimas pudieron. Nunca vi tanto dolor y sufrimiento enterrado bajo mi tierra, y nunca más permití que algo así volviera a ocurrir. Estando Edeta destruida, me quedé bajo la ciudad de los valientes para que nadie se asentara sobre ella y, durante

más de cincuenta años, el viejo santuario del dios Escolapio se encargó de curarle las heridas. A los edetanos les permití quedarse en el sueño de la tierra cuando duerme porque allí custodiarían la llave de mis tierras, que solo entregaré a aquel que se lo merezca.

—Yo lucho por recuperar la tierra que pertenece a los verdaderos cristianos por derecho divino.

La criatura se enfurece por las palabras de Jaime y lanza un escalofriante chillido que hiela la sangre del monarca. La bestia bate sus alas y los murciélagos de las paredes aletean nerviosos alrededor del aragonés.

—¡Esta tierra no le pertenece a nadie! —dice la criatura, con la voz quebrada—. ¡Ni a moros, ni a cristianos, ni a romanos! ¡Esta tierra me pertenece a mí! ¡Solo a mí!

La cueva vuelve a la tranquilidad y los murciélagos a sus lugares. El aragonés recupera la compostura, no sin un poco de temor.

—¿Ves? —prosigue la criatura, más calmada—. Hasta mis hijos te protegen de mi ira. Eso es porque tienes algo especial. No eres perfecto, aragonés, ningún hombre lo es. Incluso en la elección de mis hijos hay ciertas contradicciones, porque en ocasiones eres misericordioso y en ocasiones actúas sin piedad. Algunos dirán que no eres el más adecuado para gobernar mis tierras ni para ser dueño de mi ciudad, pero sé que en el fondo eres un buen hombre.

—¿Qué es lo queréis de mí, criatura?

—Más bien sería qué es lo que quieres tú de mí, pero respetaré tu inocente ignorancia. Solo yo decido quién puede y quién no puede gobernar la ciudad y la tierra que la rodea. Solo lo hará aquel que respete a mis hijos, el que mantenga limpios sus ríos y conserve el color del mar calmado en el cielo, el que respete el poder de las montañas y las playas, de los marjales y los acantilados. El que proteja los bosques del dolor y del humo, del fuego y del acero. Podréis gobernar y reinar todo lo que queráis, y el tiempo que queráis, pero este lugar nunca os pertenecerá, porque pertenece a mis hijos, a aquellos que han poblado la tierra desde hace millones de años y aún, después de vosotros, seguirán aquí.

Jaime levanta la mirada. Observa las pequeñas bestias de las paredes, que se mueven nerviosas y agitadas.

—Lo mismo habréis de enseñar a vuestra descendencia y a todas las generaciones que estén por venir. Si incumplen su promesa o hacen caso omiso de los lamentos de la tierra, caerá sobre vosotros la venganza más cruenta que hayáis vivido jamás. Sed arrogantes y egoístas y vuestro pueblo

morirá de hambre, de todas las hambres posibles. Haré que la primavera y el otoño desaparezcan. Pondré a prueba la resistencia de vuestros cuerpos. Viviréis un invierno eterno y helado y un verano sofocante y sin fin. Si respetáis a mis hijos y su tierra, os cubriré con las riquezas que nacen de este lugar. No faltará comida para tu pueblo ni agua para tus campos. Las bestias crecerán sanas y fuertes, y tu pueblo será poderoso al calor del sol.

El rey intenta mover la antorcha para ver el cuerpo de la criatura, pero sus intentos son en vano.

—Los musulmanes han sabido entender las virtudes de este lugar y han hecho de él un sitio grande y prospero, hermoso, pero ya no son merecedores de tal privilegio. Las luchas internas entre hermanos están haciendo que su pueblo se vuelva egoísta y descuidado. Están más preocupados por sus intereses individuales que por el bienestar de aquellos a los que rigen. Quiero que reines sobre mi ciudad, pero has de tener paciencia. No quiero que entres en batalla, sino que esperes a que el moro se rinda y negocies con él. Procura que vuestras acciones causen las menos bajas posibles. No hace falta que muera nadie. Yo defenderé tu persona y a tus hombres y, finalmente, entrarás triunfante en la ciudad.

—Pides poco y ofreces mucho, criatura. Eres generoso, y juro que tus hijos seguirán viviendo en esta tierra, y todo aquello que les pertenece les será respetado.

—Juras demasiado, caballero, lo que quiero es que lo cumplas. Además, no estoy dispuesto a sacrificar a ninguno más de mis hijos por ti.

El monarca recuerda el murciélago que le salvó la vida en el campo de batalla. No fue la providencia quien lo envió, sino la criatura, y Jaime piensa que debe estar a la altura del tal sacrificio. La criatura sopla desde la oscuridad, y el monarca se ve rodeado por un aire caliente y pesado que hace que los cristales de la roca reluzcan con luz propia. La caverna y sus habitantes quedan iluminados y la criatura se acerca con su torpe pisar para que la antorcha del rey lo alumbre. El dragón es enorme, como de cinco pasos de altura. Sus orejas puntiagudas chocan contra el techo de la cueva, y de su nariz chata y arrugada emana un vapor caliente. Muestra un ala replegada sobre su cuerpo peludo y oscuro. Es un ala sin plumas de piel negra estirada como la de los murciélagos. Se acerca a Jaime, y el monarca se ve reflejado en sus pequeños ojos esféricos. El monstruo abre su carnosa boca para sentenciar la conversación, y deja al descubierto unos colmillos largos y delgados.

—Ahora, aragonés... ¡despierta!

Los murciélagos cubren al monarca hasta convertirlo en una sombra oscura que se escurre por los pasadizos de la gruta. Lo llevan hasta la cámara del tesoro, donde lo alzan hasta el techo y lo sacan por un agujero que coincide con el pozo flanqueado por los albaricoqueros del palacio real. Los animales surcan las casas sarracenas sin levantar sospechas y llevan al monarca directamente hacia el campamento cristiano.

XXXIV

Zaida camina tranquila y segura junto al caballo real. Vuelven al campamento mientras cruzan las huertas esquiladas. Algunas parcelas todavía presentan partes de sus cosechas, porque los cristianos rodearon la ciudad antes de lo previsto y los alimentos no se pudieron recoger. Los vegetales se están echando a perder en los bancales, salvo por aquellos que el corcel aprovecha para rumiar.

El animal levanta brioso la cabeza para advertir a la muchacha de un peligro. No muy lejos de donde se encuentran, el punto rojo de una antorcha se acerca con celeridad. La mora se detiene y se esconde tras la montura, pero el caballo la mira delatando su cobardía. La doncella entiende que no está bien escudarse tras el animal; sea quien sea el que viene, ya sea moro o cristiano, ella afrontará su suerte tal cual le venga. Por fortuna, el caballero que se acerca con la tea no es otro que Don Jimeno.

—¡Zaida! —grita, acercándose a la muchacha—. ¡Por fin te encuentro! — El caballero examina a la doncella de arriba abajo—. No deberías salir en mitad de la noche —recrimina paternalmente el caballero—, es muy peligroso. —Pero al observar el caballo que acompaña a la dama, sus ojos delatan sospecha—. ¿Adónde has ido?

—A ningún sitio —responde tajante la doncella, pero el silencio de Don Jimeno demuestra su falta de convicción—. ¿Vos también me creéis una espía? —pregunta con molestia la doncella.

—¿También? —acusa el caballero, sorprendido—. ¿Con quién has estado? ¿Te han hecho daño?

Zaida se da cuenta de que no tiene por qué guardarle secretos a Don Jimeno, porque no ha hecho nada malo, así que suaviza el tono de su discurso.

—¡Disculpadme! —dice la mora, agachando la cabeza—. Quería entrar en la ciudad.

—¿Por... por qué? —trata de entender Don Jimeno.

—Quería encontrarme con mi padre.

—Creía que había muerto.

—Y así es, pero al parecer ha muerto esta misma tarde, mientras asaltábamos la torre de Boatella...

El caballero no sabe qué decir.

—Lo siento... —trata de mostrarse comprensivo.

—No tenéis por qué disculparos. Llevo diez años creyendo que mi padre estaba muerto. Hoy simplemente lo he confirmado.

Entre la dama y el caballero se cruzan miradas incómodas que el silencio vuelve más punzantes. Don Jimeno se muere de ganas de abrazarla y ablandar su dureza, pero sabe que la mora es reticente.

—La reina me ha pedido que te lleve ante ella...

—¿He hecho algo malo?

—No, por supuesto que no, pero la reina está preocupada por ti y me ha pedido que te lleve directamente al campamento nada más encontrarte.

—Don Jimeno —interrumpe la doncella—, si no quisiera volver con vos... —mira al caballero con ojos de humildad—, ¿me obligaríais?

La pregunta queda suspendida en el aire. La lealtad del caballero se enfrenta al amor por la doncella.

—No puedo obligarte a nada —dice mientras se acerca a la montura real—, ni siquiera puedo evitar que este caballo se escape —se jacta mientras le acaricia la frente—, pero al final siempre vuelve con nosotros.

—Porque le dais de comer —sonríe la muchacha.

—No —bromea Don Jimeno—, porque echa de menos las caricias de su jinete.

La tensión entre ambos queda liberada y sus miradas se vuelven tiernas y amables, sonrientes, pero la armonía del momento se ve interrumpida por una bandada de murciélagos que los sobrevuela.

—¿Qué es eso? —pregunta la mora.

—No lo sé —responde el caballero—, pero va directo al corazón del campamento.

Don Jimeno monta sobre el caballo del rey y ayuda a la doncella a subir sobre la grupa del animal. La mora se coge con fuerza de la cintura del caballero y galopan con premura hacia el cuartel de los cristianos.

Uno de los animales se aleja del conjunto de murciélagos y acude al silbido de San Al Jadir, que lo llama desde una elevación en el terreno.

—Sé que estás cansado —le dice el santo con ternura—, pero necesito que me hagas un último favor.

El santo saca la pequeña cruz latina con la pata inferior acabada en punta y, con ella, se pincha la yema del dedo índice. Deja escapar una gota de sangre y el animal se afana en lamerla. El santo le susurra el plan al oído y lo empuja hacia el aire para que salga volando.

El régulo Edecón, con una voz atronadora, pregunta al muchacho:
—¿Quién eres?

—¿Yo? —se sorprende el joven sarraceno—. Soy el hijo menor de Al Yusef, médico real de la corte, sirviente del rey Zayyán, descendiente del general Tariq...

—Eso no es un grito de guerra —se queja el edetano—. ¿Cuál es vuestro nombre?

—¿Mi nombre? ¿Por qué queréis saberlo?

—Porque, cuando vayamos a caer sobre el enemigo, tenemos que gritar vuestro nombre. ¡Decir que luchamos por la gloria del hijo menor de Al Yusef, médico real de la corte y sirviente del rey Zayyán es demasiado largo!

—¡No, no, no! —se adelanta a advertir el sarraceno—, no podéis decir nada. Vosotros limitaos a atacar el campamento, y yo aprovecharé para matar al rey cristiano.

—¿Sin decirle vuestro nombre?

—No es necesario.

—Necesario no, pero deshonroso sí —se lamenta el régulo—. Quizás yo no sepa el nombre del soldado que me mate esta noche, pero espero que me mire a los ojos cuando lo haga, porque eso demuestra valor.

El joven sarraceno no se atreve a recriminar las palabras del edetano. Se refleja en ellas su propia cobardía y, como no sabe qué responder, se limita a mandarles callar porque ya se encuentran cerca del campamento.

Los edetanos se agazapan entre los matorrales y se esconden bajo los árboles que rodean las tiendas. Al ver la tranquilidad que reina en el campamento, el régulo Edecón se sorprende.

—Están durmiendo... —dice con cierto enojo.

—Así es.

—No pienso atacar a un enemigo mientras duerme.

El edetano está desafiando al joven sarraceno y este no sabe qué hacer para imponer su autoridad.

—He pagado por vuestros servicios —alega.

—Y os seguiremos hasta la muerte —se lamenta el edetano—, pero nadie debería morir mientras duerme. Si su sueño es placentero y bueno se irá con él hasta la tumba, pero si el sueño lo atormenta, la pesadilla le acosará durante toda la muerte.

El joven no puede creer que esté tan cerca de conseguirlo y a la vez tan lejos de alcanzarlo. Agarra con fuerza la empuñadura de su espada negra y se enfrenta a la tozudez del edetano:

—En ese campamento está el hombre que mató a mi hermana —dice entre dientes—, por su culpa mis hermanos y mi padre murieron sin honra, y a él no le importó si se fueron a la otra vida con pesadillas o con dulces sueños. Creo que tengo derecho a atacarle cuando menos se lo espere.

El sarraceno mantiene la mirada. El edetano, sin retirarla, acepta las condiciones del muchacho.

—Ese derecho no se gana —dice con firmeza—, pero si así lo creéis, mis hombres y yo os seguiremos hasta la muerte.

El sarraceno calma los nervios y ordena a los soldados avanzar en silencio. La bandada de murciélagos abandona el campamento y los animales se esparcen por todas direcciones.

—Recordad —advierte el sarraceno—, atacad cuando el último murciélago alce el vuelo. —Y en sus ojos reluce la satisfacción de la venganza.

XXXVI

Jaime duerme profundamente en su camastro. El fuerte sonido de unos tambores retumbando lo despiertan. Abre los ojos de golpe y escruña a su alrededor, para comprobar que se encuentra en el campamento cristiano. Unos segundos le bastan para saber que ha estado soñando, un mal sueño quizás, pero no se queda en el camastro más tiempo del necesario. Se levanta y comprueba que el yelmo de su armadura sigue intacto sobre la repisa del fondo de la tienda, junto al capelo agujereado, pero además, se encuentra la bandeja de plata con la que le llevó los higos a la criatura. Se da cuenta de que todavía lleva el pañuelo azulado rodeándole la frente, pero antes de que pueda darse alguna respuesta, el sonido de los tambores vuelve.

El monarca sale de la tienda para descubrir al culpable de tan desagradable sonido nocturno, y descubre a uno de los hijos de la criatura golpeándose contra la piel de los tambores. Parece que el murciélago está herido, o enfermo, y es incapaz de alzar el vuelo. Tropieza contra todo lo que encuentra a su alrededor y con ello despierta al ejército cristiano, a los nobles y a la reina, que se acercan para ver qué ocurre. Cuando el animal ya ha captado la atención del monarca y la de todos sus soldados, sale disparado hacia el cielo y se pierde en la frondosidad de las copas de los pinos. Desde su tienda, el monarca descubre el brillo plateado de los escudos edetanos, que están a punto de caer sobre el campamento.

—¡A las armas! —grita el monarca, y el ejército, que ya está despierto gracias a los avisos del murciélago, rápidamente se prepara para la batalla.

Los atacantes apenas son unos veinte hombres que luchan con bravura, pero los soldados los reducen con facilidad y el monarca ordena que no les hagan daño.

—Nos sois moros —dice examinándolos de arriba abajo—, ¿trabajáis para el sarraceno?

—Trabajamos para un sarraceno —responde el régulo Edecón—, pero en última instancia servimos al señor de este lugar, y él no es ni moro ni cristiano.

—¿Quiénes sois? —pregunta el monarca.

El edetano responde con una enigmática sonrisa.

—Nosotros ya hemos cumplido con nuestra parte. No nos queda nada más que hacer aquí.

El régulo se lanza contra la espada de uno de los soldados, que le atraviesa el pecho, y se disuelve en una pequeña explosión de humo violeta. El vapor se escurre por el cielo estrellado y la corriente lo dirige hacia Mahabit. El resto de los edetanos hacen lo mismo con las armas que tienen más a mano, y se convierten en volutas de humo que el aire dispersa. Cuando las armas de los edetanos tocan el suelo, estas prenden en una rápida combustión hasta desaparecer y, donde antes estaban los cuerpos de los hombres, ahora queda el fruto alargado y ennegrecido del algarrobo. La intención de los atacantes no era matar al rey, sino distraer al ejército cristiano y, avanzando entre las sombras, el hijo menor de Al Yusef sale de su escondite y levanta la espada para descargarla contra el monarca. Zaida, que llega cabalgando junto a Don Jimeno, descubre la estratagema del moro y grita para delatar su presencia. El monarca se gira rápido y veloz, pero al joven igualmente le da tiempo a descargar la espada. Como las sacerdotisas edetanas le arrebataron la precisión en sus ojos, el joven sarraceno yerra la estocada y tan solo le produce un rasguño en el brazo.

Don Jimeno baja del caballo y se interpone entre el rey y el sarraceno.

—No hay nada más deshonoroso que atacar a un hombre por la espalda — dice el caballero, blandiendo su espada.

—Aprovecharse de una joven indefensa es igual de nefasto —recrimina el sarraceno.

—Pues si tan buen justiciero te crees, demuéstralo con la espada.

El caballero se lanza contra el sarraceno y el joven se defiende de las estocadas de Don Jimeno. La experiencia y la fuerza del mesnadero superan al joven, quien recibe la ayuda del medio hombre, que asoma su brazo bajo tierra y agarra a Don Jimeno de la pierna. El caballero cae y el medio hombre vuelve a esconderse bajo tierra. El sarraceno aprovecha el momento para caer sobre la reina y retenerla. Don Jimeno se afana en volver a empuñar su arma, pero el rey lo detiene.

—Un paso más —amenaza el joven sarraceno—, y la degüello.

Todos permanecen quietos y expectantes.

El rey se acerca con cautela y le dice al sarraceno:

—¡Esa espada me pertenece!

—Este arma perteneció a mi padre, y con ella terminaré su venganza.

—¿Venganza? ¿Qué ofensa os ha hecho la reina para tratarla así?

—Ella no. La ofensa me la hicisteis vos secuestrando y matando a mi hermana. Mancillasteis el nombre de mi familia y, por vuestra culpa, mi padre y mis hermanos murieron sin honor. Si no puedo mataros a vos, os quitaré lo que más apreciáis.

—Os equivocáis, sarraceno —se adelanta a decir el monarca—. Soy el rey de Aragón, pero yo no maté a vuestra hermana...

El rey se acerca demasiado, y el sarraceno aprieta el arma contra la reina.

—¿Sois el hijo de Al Yusef? —pregunta el monarca—. No conocí a vuestro padre en vida, pero lo vi tras su muerte y, al igual que él, me confundís con otra persona.

—No intentéis confundirme, cristiano, fuisteis vos quien mancilló el honor de mi hermana hasta matarla y, en esta vida o en la otra, habréis de pagarlo.

—¡No me mataron! —grita Zaida—, ni llegaron a mancillar mi honor. — La muchacha se acerca con el caballo y cede la montura a Don Jimeno—. A pesar de los años que han pasado, aún os reconozco —le dice al joven sarraceno—, pero ¿me reconocéis vos a mí?

El joven mira extrañado a la doncella y examina cada uno de los rasgos de su cara. Finalmente, descubre en ellos a la hermana que creía perdida.

—Pero nuestro padre nos dijo...

—A padre le hicieron creer que estaba muerta. Y yo también lo creía de él, pero ambos nos equivocamos. No fue el rey de Aragón quien nos atacó, sino un impostor, un desleal a la corona. El verdadero monarca me acogió en su corte y me convirtió en doncella de la reina.

El sarraceno duda de la historia de la mora, pero atisba un brillo amarillo de sinceridad en sus ojos y comprende que ha cometido un error.

—Si vuestra historia es cierta —dice con pesadumbre—, nuestro padre murió engañado, y nuestros hermanos también, pero no por vos —se dirige al monarca—, sino por sus ansias de venganza.

El muchacho libera a la reina y esta cae en brazos de Don Blasco, que se encuentra junto al rey.

Los soldados del monarca se abalanzan sobre el sarraceno para hacerlo preso.

—Soltadlo —ordena el rey, pero los caballeros se miran desconcertados—. ¿No me habéis oído? Soltadlo. —Los cristianos dejan libre al sarraceno y se apartan para que el monarca hable con él—. ¿Cómo os llamáis?

—Soy el hijo menor de Al-Yusef, médico... —el joven se percata de sus palabras y se detiene. Retoma el discurso desde el principio—: Soy Ib-Aniez

al Yusef, hijo menor del médico real de la ciudad de los valientes, sirviente del emir Zayyán, descendiente del General Tariq.

—Muy bien, Ib-Aniez, ¿podrías hacerme un favor?

—¿Un favor? ¿Qué favor se le podría hacer a un rey? —pregunta extrañado el sarraceno.

—Aunque no lo creas, un monarca reina gracias al favor de sus hombres. —El sarraceno escucha—. Ninguno de mis soldados os impedirá volver a la ciudad, porque quiero que le digáis a vuestro dirigente sarraceno que los cristianos no atacaremos la medina a menos que ellos nos ataquen primero. Aguantaremos, resistiremos y, si vuestro emir está dispuesto a negociar con nosotros la paz, de buen grado le abriremos los brazos y ninguno de sus súbditos será hecho prisionero. Serán libres de ir allá donde les plazca y con todos sus bienes intactos.

Las palabras del monarca sorprenden tanto al sarraceno como a los nobles que allí se encuentran, y el Arzobispo de Narbona se destaca del tumulto.

—Majestad —ruega con humildad—, no creo que esa medida sea conveniente.

—¿Por qué no?

—Porque luchamos por las riquezas de la ciudad.

—No os equivoques, Don Amiel, luchamos por la ciudad misma, no por su oro.

El lugarteniente templario también se acerca a los caballeros para intervenir en la conversación.

—Siento disentir con su majestad, pero el arzobispo tiene razón: ofrecemos nuestros servicios a cambio de una recompensa.

—Creía que los templarios luchabais por recuperar la tierra de Dios.

—Así es, pero Dios necesita sustento.

—No os preocupéis, lugarteniente, el reparto de las tierras y las casas se realizará igualmente.

—Perdón por insistir —interrumpe el Arzobispo de Narbona—, pero su alteza debería escuchar a sus consejeros.

—Tenéis razón, Don Amiel —dice el monarca, girándose hacia la reina y Don Blasco—, ¿qué me aconsejáis?

—Me refería a... —trata de corregir el Arzobispo.

—Sé a qué os referís, Don Amiel, pero es más conveniente escuchar a todos los consejeros...

El rey le cede la palabra a Doña Violante que no se esperaba tener que hablar pero, tras pensar detenidamente su postura, dice con firmeza:

—En casos como este prefiero escuchar la opinión de expertos en conquista y asedio, y creo que Don Blasco es el más experto de cuantos hay aquí.

Todos miran a Don Blasco a la espera de sus palabras. El caballero se siente orgulloso de la postura de su monarca, y dicta su consejo.

—Es la decisión más cabal de cuantas os he oído pronunciar —dice, para descontento de los nobles—, y la apoyaré por encima de cualquier interés personal.

—Pues decidido está —dice el monarca, levantando la voz—. Ningún cristiano robará o agredirá a los sarracenos que salgan de la ciudad.

El joven sarraceno se acerca al monarca aragonés y le devuelve la espada de hoja negra. Al ver el pequeño corte que le ha hecho en el brazo, el sarraceno le dice:

—Mi padre se quejaba de que cuando esta espada le rajó la cara, todo el perdón que había dentro de él desapareció, y es un alivio ver que en vos no ocurre lo mismo. Sois un buen hombre, cristiano, y Alá sabrá recompensaros.

La luz del alba asoma por el horizonte del mar y algunos cristianos se vuelven a sus tiendas a seguir durmiendo. Otros, los más laboriosos, comienzan a realizar sus quehaceres matutinos para aprovechar el día, pero ninguno, por muy belicoso que se sienta, prepara la gran batalla que el monarca había anunciado la tarde anterior.

El joven insta a su hermana a que le acompañe a la medina, pero la mora lo rechaza educadamente.

—Si fuerais con él —interviene Don Jimeno—, no tendríais ningún problema para entrar en la ciudad. Podríais estar con los vuestros.

La mora acaricia la frente dura pero suave del caballo real, y al animal le agrada su ternura.

—Por ahora —dice sonriente la doncella—, prefiero quedarme con los nuestros.

El joven sarraceno se despide con un saludo musulmán y les dice que pronto volverán a verse.

El caballero Don Jimeno y la doncella mora se adentran en el campamento para devolver el caballo real al lugar que le corresponde.

La reina examina el tajo que la espada negra ha dejado en el brazo del rey. Es apenas un rasguño, pero igualmente le desata el pañuelo que le cruza la cabeza y le rodea el brazo con él. La reina deja al descubierto la cicatriz que la flecha marcó en la frente del monarca y que, gracias a la magia de la higuera y a la presión del agua del río, ha mejorado notablemente.

—¿Qué os ha hecho cambiar de opinión? —pregunta con curiosidad la soberana.

—La flecha que me hirió en la frente perjudicó mi buen sentido —dice el monarca mientras contempla al murciélago que realiza giros infinitos sobre sus cabezas—, pero quien me salvó de ella, también supo cómo devolvérmelo.

El animal sale disparado y se dirige hacia una elevación en el terreno, donde San Al Jadir y el medio hombre han observado toda la escena. El santo escarba en la tierra hasta dejar al descubierto la media luna musulmana y la moneda romana fusionadas a la roca, y saca la pequeña cruz latina de punta afilada.

—Finalmente —dice el medio hombre, con cierto resentimiento—, ha sido como tú querías.

—En absoluto —se defiende el santo—. Aquí cada uno ha jugado el papel que le tocaba, pero ha sido la ciudad la que ha decidido.

El santo presiona la cruz latina contra la piedra del suelo hasta que el símbolo se queda fusionado a la roca.

El murciélago vuela de regreso a la ciudad y cruza de nuevo el campamento cristiano. Rebase la majestuosidad de las murallas musulmanas y se adentra por el antiguo entramado de la colonia romana. Llega al palacio del antiguo emir musulmán y se sumerge por el pozo del jardín que lleva al corazón mismo de la urbe, donde se reúne con sus hermanos y su padre que lo esperan.

—¿Ya está hecho? —pregunta el dragón con escepticismo—. Veremos cuánto duran esta vez.

Los animales se acurrucan los unos contra los otros para conciliar el sueño, y su sueño se filtra por las grietas de la tierra. La hierba crece hasta esconder las armas de los hombres y las flores apoyan sus tallos sobre los escudos olvidados. El rocío de la mañana apaga la viveza de las hogueras y el trino de los pájaros silencia cualquier grito de guerra. En la ciudad de los valientes, amanece un nuevo día.

Mientras la historia gira y gira como una noria impulsada por el agua, los habitantes de la ciudad de los valientes la embellecen y la rompen, la engrandecen y la odian, la repudian y la ensalzan; pero ella, bajo la protección del dragón que duerme en sus entrañas, se mantiene orgullosa y amada.

Agradecimientos

Ha sido un trabajo con cabeza y mucho corazón; pero sin todas aquellas personas que me han apoyado no habría sido posible. Gracias a todos los patrocinadores que han depositado su confianza en mi trabajo y aportado su granito de arena (en ocasiones montañas enteras) para sacar adelante este proyecto. Gracias a mis compañeros de trabajo por aguantar horas y horas de rarezas vespertinas. Gracias a Mar Ortiz por no darse por vencida, y a Yolanda y a todo su equipo por guiarme en este trabajo de locos. A Pili por la grandeza de su persona y a todos mis amigos que ven más allá del tiempo y del espacio. A toda mi familia que literalmente me lo ha dado todo. A mis padres y a mi hermana que son los pilares de mi vida. Gracias a mi ciudad cuya luz es imposible de describir.

Y por supuesto, mi eterno agradecimiento a las personas que han hecho posible con su aportación y ánimo que este libro esté publicado, como es el caso de Purificación Ballester Picó, Miguel Chulvi Boix y Paula Bovaira. Así como a los patrocinadores: Familia Chulvi-Deogracia, Antoni Palau, Merche Ballester, José March Sorní, Rosa Vivó Belenguer, Gloria March Chulvi, Vicenta Chulvi Ballester, Rafael March Sorní, Miguel Chulvi Ballester y Pilar Belmonte. Sin vosotros no hubiera sido posible.



DAVID MARCH CHULVI (Tavernes Blanques, Valencia, 1984). Es licenciado en Comunicación Audiovisual por la Universidad San Pablo-CEU, especializado en producción y guión. Tras experimentar en el campo de la interpretación, donde desarrollaría su faceta como actor, y residir en Madrid durante ocho años, elaboró el guión del largometraje: *Los hermanos Couso*. Sin embargo la faceta en la que más destacaría este levantino sería en el área de producción, colaborando en películas como *Promoción fantasma*, *Fin*, o el telefilme *Niños robados*.

Tras quedar finalista en 2102, en el 5º Certamen de Relato Corto de TMB online, con la obra *Un catalán en Nueva York*, se especializa en este género. En 2013, obtiene el XVII concurso de narrativa corta Real Villa de Guardamar con la obra *La oruga que no quería ser mariposa*, o el Certamen Internacional Primavera Cultural de Arbo, con la obra *Segundo Toro*. Actualmente prepara su primera novela titulada *El martirio de Santa de Mona* y tres historias más.

El dragón bajo la ciudad

David March Chulvi



Lectulandia